don Pedro el Cruel) eligió amigos a los particulares, y no á los príncipes? ¿Plaza le padece la dominación, un que es menester descansar con algún confidente. Dificultades se ofrecen en ella que no se pueden vencer á solas. El peso de reinar es grave y pesado á los hombres de uno solo. Los más robustos se rinden y, como dijo Job, se encorvan con él. Por esto Dios, aunque asistía á Moisén y le daba valor y luz de lo que había de hacer, le mandó que en el gobierno del pueblo se valiese de los viejos valientes y que los ayudasen á llevar el trabajo; y á su suegro Getho le pareció que era mayor que sus fuerzas. Alejandro Magno tuvo á su lado á Parmeno, David á Joab, Salomón á Zabud, y Darío á Daniel; los cuales causaron sus aciertos. No hay príncipe tan prudente y tan sabio, que con su escuana no pueda alcanzar todo; ni tal solicitu y trabajador, que todo lo pueda obrar por sí solo. Estas hazañas humanas obligó á formar consejos y tribunales, y á criar presidentes, gobernadores y virreyes, en los cuales estuviera la autoridad y el poder del príncipe: «Ca él solo (palabras son del rey don Alouso el Sabio) no podría ver, ni librarse de las cosas, porque un monarca por fuerza ayuda de otros, en quien se fie y cumplan en su lugar, usando del poder que del recibe, en aquellas cosas que él no podría por sí cumplir.» Así pues como se vale el príncipe de los ministros en los negocios de los de abajo, ¿qué mucho que los tenga también para los de su retrete y de su ánimo? Conveniente es que alguno le asista al ver y resolver las consultas y consejos que suelen á él, con el cual confiera sus dudas y sus desengaños, y de quien se informe y se valga para la expedición y ejecución de los. ¿No sería por él, embarazando con tantos despachos, no los abrójase? Fuerza de que es menester que se halla cerca del príncipe algún ministro que, desembarazado de otros negocios, oiga y relebra, siendo como mediador entre él y los vasallos, porque no es posible que pueda el príncipe dar audiencia y satisfacer a todos, ni lo permito el respeto á la majestad. Por esto el pueblo de Israel pedía á Moisén que hablase por ellos á Dios, temerosos de su presencia; y Absalón, para hacer odioso á David, le acusaba de que no tenía ministro que oyese por él á los afligidos.

El celo y la prudencia del valido pueden, con la licencia que concedía la gracia, corregir los defectos del gobierno y las inclinaciones del príncipe. Agrícola con

---

1 Sub sustentum tecum omnes populi, et non tu solus gravares. (Num. 11, 17.)

5 Ultra vitas tuae est angustius, salus illud non potierit sustinere. (Exod. 12, 18, 19.)

7 L. 5, l. 1, cap. 2.

10 Salutum erurum frequentar sibi adhibent materi Recus, et his meliores assecurantur, si soli omnia non praesumant. (Cass. lib. 8, repit. 3.)

12 Leucon su nobilis et audacius: non sequatur nullus Dominus, ne forte moriar. (Exod. 30, 9, 10.)

15 Videtur mihi, eum tenuit. (1reg. 14, 5, 3.)

17 Qui in regibus familiaribus suceurum admittaturn, multa facie possunt, et decere, quibus panemur necessitas solvereut,
traspasar su gracia con su autoridad y con los méritos del
valido, sirviéndose solamente del en aquella parte del
gobierno que no hubiera sufrido por sí solo; porque, si
todo se lo entrega, se entregará el oficio de príncipe,
y experimentarán los inconvenientes que experimentó el
rey Anastoro por haber dejado sus vasallos al arbitrio
de Juan 33. La que puede dar o firmar su mano, no lo
ha de dar ni firmar la ajena. No ha de ver por otros ojos
lo que puede ver por los propios. Lo que toca a las traba-
juales y consejos, corre por ellos, resolviendo des-
pues en vez de sus presidentes y secretarios, con quien
relación se hizo capaz de las materias, y serán sus reso-
luciones más breves y más acertadas, conferidas con
los mismos a los que han criado los negros. Así lo hacen
los papas y los emperadores, y así lo hacen los reyes
de España, hasta que Filippo II, como proclamado de
el plebiscito, introdujo las consultas por escrito: estilo que
después se observó y ocasionó el valimiento; porque,
repujados los reyes con la proclama de varios papeles,
la vez que los comienzo a uno, y que este sea valido.
Haga el príncipe muchos favores y mercades al valido,
que quien mereció su gracia y va a la parte de sus fad
figas, bien merece ser preferido. La sombra de san Pe
dro hasta milagros 34; ¿qué mucho puede que esté con
mas autoridad que todos el valido, que es sombra del
príncipe? Para que se deben también reservar algunos fa
vores y mercedes para los demás. No sean tan grandes
las demostraciones, que excedan la condición de vasal
lllo. Obre el valido como sombra, no como cuerpo. En
esto pidieron los reyes de Castilla que en los tiempos
pasados tuvieron privados; porque, como entonces no
era tan la grandeza de los reyes, por poeta que les
diesen, bastaba a poner en polígono el reino, como suce
dió al rey don Sancho el Fuerte 35 por el valimiento de
don Lope de Ato, al rey don Alonso XI por el del con
de Alvaro Osozio, al rey don Juan el Segundo y a don
Enrique el Cuarto por el del don Alvaro de Luna y don
Juan Pacheco. Todo el punto del valimiento consiste en
que el príncipe sepa medir cuánto debe favorecer al
valido, y el valido cuánto debe dejarse favorecer del
príncipe, lo que excede de esta medida causa (como dirí
mos) celos, desvalías y peligros 36.

14 Malintado autem hominum abducta per speciem operis, com
qui ante tempus tangunt homos honoratas facerit, nos Deum ace
striandam. (Sap., 14, 20.)
15 Tiberiun variis artibus devinit, adeo ut absurram adversum
alios, sihi ani lacantum, intellectuque effeceret. (Tac., lib. 1,
Ann.)
16 Multi requirunt faciun Principum, et judicium a Dominio en-
ditar singulorum. (Prov., 29, 22.)
17 Non tan solaet (quippe iudaei artibus victos est) quem
Sehon facit a rea Romana, egeni part exilio vigint, cecidisse.
(Tac., lib. 1, Ann.)
19 L. 2, hist. 9, part. 2.
30 De populo age, qua tribuit pabæt. (Esth., 3, 11.)
31 Ut venientes Peæa, saltem annos tenuerant quem
quam librum, e liberantur ab intratumulis suis. (Act., 9, 15.)
32 Sib., Hist. Hisp., 1, 4, c. 10.
33 Ut singularem impleret notarii, Principes quantum tri
bauer unico possi, et hic quantum a Principio accipere: cadera
invidiae augens. (Tac., lib. 14, Ann.)
EMPRESA L.

Desprecio el monte, las demás obras de la naturaleza, y entre ellas se levanta á comunicarse con el cielo. No inviste el valle su grandeza; porque, si bien está más vecino á los favores de Júpiter, también está á las iras de sus reyes. Entre sus sierras se recogen las nubes, allí se arman las tempestades; siendo el primero á padecer sus iras. Lo mismo suceda en los cargos y puestos más vecinos á los reyes. Lo activo de su poder ofende á lo que tiene cerca de sí. No es menos veneno su comunicación que la de una víbora. Quien anda entre ellas, anda entre los lazos y las armas de enemigos ofendidos. Tan inmediatos están en los principes el favor y el desdén, que ninguna cosa se interpone. No toca en lo tibio su amor. Cuando se convierte en aburriéndose, salta de un extremo al otro, del fuego al hielo. Un instante mismo los vio armar y aborrecer con efectos de rayo, que cuando se oyó el trueno ó ve su luz, ya deja en caída los cuerpos. Fuego del corazón es la gracia; con la misma facilidad que se enciende, se extingue. Algunos creyeron que era fatal el peligro de los favorecidos de principes. Bien lo testifican los ejemplos pasados, acreditados con los presentes, derrumbados en nuestra edad los mayores valiosos del mundo: en España el duque de Lerma, en Francia el mariscal de Ancré, en Inglaterra el duque Bolingran, en Holanda Juan Olden Vornbelt, en Alemania el cardenal Cisnello, en Roma el cardenal Nazaret. Pero hay muchas causas á que se puede atribuir: ó porque el príncipe dió todo lo que pudo, ó porque el valido alcanzó todo lo que deseaba; y en llegando á lo sumo de las cosas, es fuerza caer; y cuando en las mercedes del uno y en la ambición del otro haya templanza, ¿cómo puede haber constancia en la voluntad de los principes, que, como más venta-iente, está más sujeta á la variabilidad y á obrar diversas efectos opuestos entre sí? ¿Quién afirmará el de los que se paga de las diferencias de las especies, y según la materia primera, que no reposa en una forma más deliciosa con la variedad? ¿Quién podrá calmar y mantener el agrado sujeto á los achiques y afecciones del ánimo? Quién será tan cabal, que conserve en un estado tanto elevado la estima que hace del el príncipe? A todos en los ojos el vallamento. Los amigos del príncipe eran el valiente el disimuló la gracia; los enemigos, que fueron los que aumentan los odios. Si estos se reconciliaban, se pese por considerar su desgracia del valido; y si aquéllas se rotaran, cae la culpa sobre él. Siempre está á merced del valido, la emulación y la inviada, atentos á las accidentes para desbararlo. El pueblo lo aborrece la algarabía, que aun el mal natural y viscoso del príncipe los atribuye á él. En defensa de Bernardo de Galien resultaron las violencias del rey don Pedro el Curioso Aragon, de quien no favorecido. Con lo mismo que procuraba el valido agradar al príncipe, se hacen odios los demás; y así, dijo bien aquel gran varon Alfonso de Alburquerque, gobernador de las Indias Orientales, que si el ministro satisfacía á su rey, se odian los hombres; y si procuraba la gracia de los hombres, perdía la de él.

Si la privanza se funda en la adoración externamente sentada de las artes del palacio, es violenta y hurada; y siempre la libertad del príncipe traba por libre de aquella servidumbre, injusta, y no voluntaria. Si la inclinación, está dispuesta á las segundas casas, y se va mudando con la edad ó con la ingravidad del suspto, que desacostumbró á quien lo dio el ser. Si es fuerza de las gracias del valido que prende voluntad del príncipe, ó brevemente se marchita, ó dan en rostro, como sucede en los amores ordinarios.

4 Longo absinto ab homine potestatem habebatur occasi
ti, et non
5 Quoniam in medio inuentus infra erat, suor delictum
6 Fato potentiore servio semptustum. (Tac., lib. 10, Ann.)
7 An estats caput, ut illos, cum omnia frumenti; et alios
8 Quoniam ignavigit, ut se natum, et quia sapientissimi
10 Quoniam ignavigit, ut se natum, et quia sapientissimi
11 (Tac., lib. 10, Ann.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Si es por las calidades del ánimo, mayores que las del príncipe, en reconociéndolas, cada la gracia; porque nada sufre ventajas en el entendimiento o en el valor, mas estimables que el poder.

Si es por el desvelo y cuidado en los negocios, no menos peligra la vigilancia que la negligencia; porque no siempre corresponden a los medios, por la diversidad de los accidentes, y quieren los príncipes que todo salga a mediación de sus deseos y apetitos. Los buenos negocios se atriunfaron al caso o a la fortuna del príncipe, y no a la prudencia del valido y a los errores a él solo, aunque sea ajena la culpa; porque todos se abrazan a si las felicidades, y las adversidades a otro, y este siempre es el valido. Aun de los casos fortuitos le hacen cargo, como a Sevilla el haberle caído el antecedente y quemado el monte Cello 9. No solamente se culpan en los negocios que pasan por su mano, sino en los hechos, en los accidentes que pueden del arbitrio del príncipe y de la naturaleza. A Séneca atribuyen el haber querido Xeron alterar a su madre 10. No cabía en la imaginación de los hombres maldad tan ajena de la verdad, que no se creyese de Sócrates 11. No hay menuda naturaleza de ministros grandísimos bien afectos al príncipe, ni de partiante suyo, que no se asemejen injustamente al valido, como al duque de Lerma la muerte del príncipe Filipe Emanuel, hijo del duque Carlos de Saboya, habiendo sido natural.

Si el valimiento nace de la obligación a grandes servicios, se causa el principio con el peso del delito, y se ve en oído la gracia, porque mira como a acreedor al valido; y no pudiendo satisfacer, busca pretextos para quebrar y levantarse con la doble 12. El reconocimiento es especie de servidumbre, porque quien obliga su buen superior al otro, cosa incompatible con la majestad, cuyo poder se disminuye en no siendo mayor que la obligación; y agradecen los príncipes con la fuerza del agradecimiento y con el peso de la deuda, en un notable ingratitude para librarse ella. El emperador Adriano hizo malar a su hijo Ticiano, a quien delía el imperio; fué hasta de muchos años de finesse se pierden con un descuido, siendo los príncipes más fáciles a castigar una ofensa ligera que a premiar grandes servicios. Si estos son gloriosos, dan censura y juzgar al mismo príncipe que los recibe, porque

7 Hasce est confidio Regum, ut casas tendan adversas hominum tributum. (v. 6) (Actum. Prév.)
8 Prospere obnule se vendidum, atversa omnipotens. (Tec., in v. 6. Agric.)
9 Fere externo xeni fereant, et omnes adversus suscipient Principem constitui misericordia. (v. 6) (Actum. Prév.)
10 Ergo nos, si semper, quo magnos hominum omniquest genes caractet, sed adversa rumore Seneae est, quod omnes tali confessissimae scriptaesse. (Tec., in v. 6. Agric.)
11 Sed qua Seneae factorum omnium reputor historiam, ex extrema curitai eam usu eadem, et eademque in utrinque odio, quos titulus est et inania cerebri. (Tec., in v. 6. Agric.)
12 Non bene dictis in egea lectori sunt, dum videatur egi pulvis: si quidem antecedere, pro gratia ultima redditor. (Tec., in v. 6. Agric.)
13 Quodamque, quo plus debita, magna ubera. Leve ait alienum sedclere facile, grave minimecum. (v. 6. eip. in v. 6. Agric.)
14 Similis maxime homines, privati homines supra Principis atitul. (Tec., in v. 6. Agric.)
15 Integram causam ad Senatam renuntiat. (Tec., in v. 6. Agric.)
16 Similis maxime homines, quoniam quod Tiberium sine misericordia, sine tua obstantiis cessans se di, neque affecta per
rumpantur. (Tec., in v. 6. Agric.)
17 Gracae est atque etiam a pudendum, quam quisque sitidem est aliis vita illius, at hominum sunt via ejus. (v. 6. eip. in v. 6. Agric.)
de Agrippina, en desgracia de Neron 20; y Tiberio se cansaba de los ministros que eligía para sus crue
dades, y diestramente los oprimía, y se vati de otros 21. Con la ejecucion se acabó el odio contra el muerto y la gracia de quien lo mató, y se parece al príncipe que se purga con que esto sea castigado, como suce
dió a Plancina 22.

Si el valimiento se funda en la condauna ya hecha de grandes secretos, peligra en ellos, siendo viboras en el pecho del valido, que lo roen las entrañas y salen afuera; porque, á la ligereza y ambición de parecer favorecido los rebela, ó se descubran por otra parte, ó se secan por discurso, y causan la indignación del príncipe contra el valido; y cuando no sucede esto, quiere el príncipe desensayar de su cuidado de haberlos a subdivida, rompiendo el saco donde están. Un secreto es un peli
gro 23.

No es menor el que corre la gracia fundada en ser el valido sabio de las flaquezas y indignidades del príncipe; porque tal valimiento más es temor que inclinación, y no sufre el príncipe que su honor penda del silencio ajeno, y que haya quien internamente le des
time.  

Si el valimiento es poco, no basta á resistir la furia de la invidia, y cualquier viento le derriba como á árbol de fresas raíces.

Si es grande, al mismo príncipe, autor del, da celos y temor, y procurá librárselo, como cuando, po
niendo unas piedras sobre de otras, tememos no caiga sobre nosotros el mismo cúmulo que hemos levantado, y lo arrojamos á la parte contraria. Recon
ece el principio que la estatua que ha formado hace sombra á su grandeza, y la derriba. No sé si diga que gustan los principes de mostrar su poder tanto en desestimar sus hechuras como en haberlas hecho; porque, siendo limitado, no puede parecerles el inmenso, si no vuelven al punto donde salió, ó anda en círculo.

Estos son los esenciales en que se roba la nave del valimiento, recibiendo mayor daño la que las tendidas lleva las velas; y si alguna se salvó, inés, ó porque se retiró con tiempo al puerto, ó porque dió antes en las costas de la muerte. Quién pues será tan diestro piloto, que sepa gobernar el timón de la gracia, y navegar en tan peligroso golfo? ¿Quién prudencia, qué artes la librarán del? ¿Qué ciencia quinéfica fijará el azogue de la volun
tud del príncipe? Pues aunque su gracia se funda en los mártires del valido con cierto conocimiento dellos, no podrá resistir á la invidia y oposición de sus émulos unidos en su ruina, como no pudieron el rey Darío ni el rey Achis sustentar el valimiento de Daniel y de Dav
did contra las instancias de los sátrapas 24, y para com-

20 Levi post admissum sedes gratia, decl iae gratia; sed quia mulierem facinoris ministravit quasi exprobrantes aspicientem. (Tac., lib. 14, Ann.)
21 Qui sceletum ministros, at perventur ab alicui notabit, ibi ple
ruram satisfici; et obstatis in consilium operantes recentias, vetos
res in praebentes afficit. (Tac., lib. 14, Ann.)
22 Quo odiem et gratia defecerat, ius valuit. (Tac., lib. 6, Ann.)
23 Secretum maevum mihi? Quae mihi? (Isaa., 24, 16.)
24 Parthox Rex cogitabat constituere cum super eunum regnum;
IDEA DE UN PRÍNCIPE

POLÍTICO-CRISTIANO.

y á Agríppina que Tiberio le quería dar veneno 41.

Si un caso destos sale bien al valido, cobra con beneficios para otros mayores. Muerto Bruto, trató Seiano de extinguir toda la familia de Germánico. Ciego pues el valido con la pasión y el poder, desprecia los artes ocultas, y usa de obietos olhos contra los parientes, como sucedió á Seiano contra Agríppina y Nerón. Ninguno se atrevía a adversar al valido el peligro de sus acciones, porque en su presencia, ilustrada con la majestad, tiembian todos, como temblaban en la de Meisen cuando bajaba de privar con Dion 42; y viéndose respetado como príncipe, maquina contra él 43 y opine con desesperar á los vasallos, no asegurándose que los podrá mantener grados; con que desesperados, llegan á diñar si sería menor su avaricia y crudelidad si le tuviesen por señor; porque no siendo ás, los trata como á esclavos propios, y los desprecia y tiene por viles, como a enemigos; lo cual ponderó Otón en un favorito de Gallo 44.

Todos estos empiezan hacen mayores los peligros, porque crece la invidia y se arma la maldad contra el valido; y juzgando que no la puede vencer sino con otra mayor, se vale de todas aquellas artes que le dicen los celos de la gracia, mas rudos que los del amor; y como su firmeza consiste en la constancia de la voluntad del príncipe, la cobra a delicados y viscos, instrumentos principales del valimiento, de los cuales usan los cortesanos de Vitelio para conservar sus favores 45. Porque no dá crédito al príncipe ni admite la hecho el valido difidente de todos, y principalmente de los buenos, de quien se tiene más. Con este artificio llegó á ser muy favorecido Valerio 46 y también Seiano 47.

Considerando el valido que ninguna cosa es mas opuesta al valimiento que la capacidad del príncipe, procura que ni sepá ni entienda ni vea ni nigga, ni tenga cerca de sí personas que la despierten, que aborrezcan los negocios, trayéndoles embellecidos con los divertimientos de la caza, de los juegos y fiestas; con que divirtidos los sentidos, ni los ojos atienden á los despachos ni las orejas á las inmutaciones y lamentos del pueblo, como hacen en los sacrificios del idolo Molesch, tocando panderos para que no se oyesen los gémidos de los hijos sacrificados. Tal vez con mayor artificio le pone en los negocios y papeleras, y la causa, como á los potros en los barbechos, para que les cobra ma-

39 Calíquen per theatra, et forae effigies ejus, interque principes legiones inaneae. (Tac., lib. 4, Ann.)
40 Bals cum illae acceptas, formatem opus facerat, et lector ad eis virtum satis. (Exod., 53, 4.)
41 Avasten et arroganti, praecipua validorion vita. (Tac., lib. 4, Ann.)
42 Pelletas in tallegia avasten, superbus, existera occulta maius palecevul. (Tac., lib. 3, Hist.)
43 Al Seiano nimirum fortuna sacerd, multo inebriisper cublince incaescus, promissum matrimonium fugatissima éxi saxo compactum. (Tac., lib. 4, Ann.)
44 Muricam con expulsa numinum sacer magis imperat, quam Nhiratam, agem. (Tac., lib. 9, Ann.)
45 Via Principis amplificat, numinum reveresce. (Tac., 4, Ann.)
46 Ece nunc Adonis rex niv., Domine mi Rex, Ignorant. (Es, Reg., 1, 18.)
47 Vannahor corta virorum Israel. (Es, Reg., 43, 6.)
48 Regnum Securitania quinto abhurit etiecit etiam honoribus aut Provincias erumpit. (Tac., lib. 4, Ann.)
49 Exercitum plumbi Caesarum domus, juventutis finust, nepotes adulti, morans capillis sufferentibus. (Tac., lib. 1, Hist.)
40 Inmisitas qui per aequa amicitia monument, parum et venenum, vitianas societatem. (Es, lib. 4, Ann.)
41 Videntes suum Aaron, et illi Israel conunium Naessi fuctum, timuerunt prope accerere. (Exod., 51, 50.)
42 Multi hincas Principum et hunc, qui in eos collatus est, abatu susput subiectis Regibus uelatorum opprimentes, sed datam ait gloriam non ferentem, in ipso, qui ordinatus, multo multier insatiabil. (Es, Reg., 6, 3.)
43 Minores avistoria uti lectoria gentium ensat Vitellius, et in imperat; nunc et subiectos nos habuit quam omnes et, et, nunc. (Es, lib. 1, Hist.)
44 Usque ad potential ite procedere opus, et honesta, genere saepe incomplectibilis Vitellii libidinis. (Es, lib. 2, Hist.)
45 Optinent quosque criminationes cos uque valuit, ut grafo, peccula, vi nocendi etiam motus praecernere. (Es, lib. 13, Ann.)
46 Si obtinientes, in artem criminari. (Es, lib. 4, Ann.)
yor horror, y se rinde al franco y á la silla. Con el mismo fin le persuade la resistencia á las audiencias, de las cuales salga tan rendido, que deje al valido los negocios, pareciéndole haber satisfecho á su oficio con otras de los negociantes. De suerte que, como dijo Jerónimo de los Idíolos de Babilonia, no es más el príncipe que lo que quiere el valido 48.

No desean que las cosas corran bien, porque en la bananz a cualquiera sabe huyere, sino que está siempre tan alto el mar y tan turbadas las olas del Estado, que toma el príncipe poner la mano al timón del gobierno y necesite más del valido, y para cerrar todos los requisos á la verdad y guardar arbitrio de los negocios, lejos de la invasión, le tras fuera de la corte y entre pocos, que es lo que movió á Sefaneo á persuadir á Tiberio que se retirase de Roma 49.

Todas estas artes resultan en grave daño de la república y de la reputación del príncipe, en que viene á pecar más quien con ellas procura su gracia que quien le ofende 50; porque para la ofensa se comete un delito, para el valimiento muchos, y estos siempre tocan al honor del príncipe y son contra el beneficio público. Mucho se ofendi á la república con la muerte violenta de su príncipe; pero al fin se remedia luego con el sucesor; lo que no puede ser cuando, dejando viva al príncipe, le hacen con semejantes artes inconcep ción útil para el gobierno; mal que dura por toda su vida, con gravísimos daños del bien público; y como cada día se sientan más, y los floran y nutrían muchos, persuadidos de que tal valimiento no es voluntad, sino violencia, no elección, sino fuerza, y muchos fundan su fortuna en derribrarlo como ó pedimento de su gracia, estando siempre armados contra él, es imposible que no se les ofrezca ocasión en derribrallo, á que el príncipe no llegue á penetrar alguno de tantos artificios, y que cae sobre él la invasión y los oficios conocidos con él el valido, como lo llegó á conocer Tiberio 51; y en empezándose á desoñar el príncipe, empieza á temer el poder que ha puesto en el valido, que es lo que hizo dudar á Tácito si Tiberio amaba ó temía á Sefanoe 52; y como antes lo procura sustentar la gracia, le procuran después deslazar el odio.

Este es el punto crítico del valimiento en que todos peligran; porque ni el príncipe sabe disimular su mala satisfacción, ni el valido mantenerse constante en el desdén, y socándose uno el otro, se descompone.

Mira el príncipe como á indigno de su gracia al valido, y este al príncipe como á ingrato á sus servicios; y creyendo que le hará menester y que le llamará, se retira, y da lugar á que otro se introduzca en los negocios y cele los disgustos, con que muy aprisa se va convirtiendo en ados recíprocos la gracia, siendo la impaciencia del valido quien mas ayuda á romperlo. Como luego la voz de la desgracia y disfayar, y todos se animan contra él y se lo atreven, sin que baste el mismo príncipe á remediarlo. Sus parientes y amigos, anticipándose su caída y el peligro que le amenaza, temiendo que no los lleve tras sí la ruina 53, como suele el órfel levantado sobre el monte llevado cuando cae ó los demás que estábamos debajo en sombra. Ellos los primeros á cooperar en ella por ponerse en salvo; y finalmente todos tienen parte, unos por amigos, otros por enemigos, procurando que acabe de caer aquella pared ya inclinada 54. El príncipe, corrido de sí mismo, busca librarse de aquella sujeción y restituir su crédito haciendo causa principal al valido de los males pasados; con que esto viene á quedar enredado en sus mismas artes, sin vallelo su atención, como sejedió á Sefaneo 55; y cuanto más procura librarse de ellas, mas acerca su ruina; porque la vez una enfermedad la gracia, nunca, sin que haya remedio con que pueda cometer.

De todo lo dicho se infiere claramente que el mayor peligro del valimiento consiste en las trazas que aplica la ambición para conservarse, sucediendo á los favorcidos de principios lo que á los muy solicitos de su salud, que, pensando mantenerse con variedad de medicinas, la gastan, y abriven la vida; y como ninguno remedio es mejor que la abstención y buen gobierno, dejando obrar á la naturaleza, así en los docençes del valimiento el mas canso consejo es no curarla, sino servir al príncipe con buena y recta intención, libre de intereses y pasiones, dejando que los mérito y la verdad, mas segura y mas durável que el arteficio, y usando solamente de algunos preservativos, los cuales á miran la persona del valido, á la del príncipe, ó á la de sus ministros, ó al palacio, ó al pueblo, ó á los extranjeros.

En cuanto al valido, debe conservarse en aquel estado de modestia, sabiduría y agradado en que le halló la fortuna. Despeje de la frente los resplandores de la privanza, como hacía Mosen para hablar al pueblo cuando bajaba de privar con Dios 56, sin que en él se convengan motivos de majestad ni ostentaciones del valimiento. Daniel, aunque fué valido de muchos reyes, se detenia con los demás en las antecámaras 57. Excece

48 Nihil aliud erat, nisi quod valeret esse Sacerdotis. (Bar. 6, 85.)
49 Si no se asisten en hainas ecos acordon, infringendo potestas, sin recepción, facultadamentas príncepes: ibo flexit, ut Tiberius ad viam procul Roma, amenae loco degeneram impellert. Multa quisque provocabat: sae in manu atque historiae magnis es parte se ordinabant fer, cumque in meriti commens; non Caesarum urgenque jam sacro sacro sanctoque bono moliturum munia importi felicis transsumerem; et inviisb mutam inviisb mutum salutans tecum, sublatissimus imminens vera potentia sugeti. (Tac., Lib. 4, Ann.)
50 Mira exspecta perverta, dare demenciare, quem cum offendisses. (Tact., Lib. 4, Ann.)
51 Porque insidiabuntus me quum mecum insidiarent. (Tact., Lib. 4, Ann.)
52 Dom Sejanum dedit, insulam. (Tact., Lib. 6, Ann.)
53 Quibus usque aliter, quibus industriam antelabat gravis saevis intinmibet. (Tact., Lib. 4, Ann.)
54 Quounque usuatus in hominem 7, intellecontem universalis vas, in quam pariis intellato, et maxime depotato. (Paul., 3, 1.)
55 Non tanta solitaria, quibus intender arbustus visibus est. (Tact., Lib. 4, Ann.)
56 Sed operibus illa rursus faciem sua, si quando ingerentur ad eas. (Exod., 34, 35.)
57 Daniel autem erat in foribus Rujis. (Dan., 2, 48.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

aquellos honores que ó pertenecen al príncipe ó exceden la esfera de ministro; y si alguna se os quiere hacer, alviértelo que, como él, es criado del príncipe, á quien solamente se deben aquellas demostraciones, como lo advirtió el ángel á san Juan, queriendo adorarlo. No ejecute sus afectos ó pasiones por medio de la gracia. Escuche con paciencia y responda con agradecer. No afecte los favores, ni tema los desdén, ni cele el valimiento, ni ambíe el hombre y autoridad, ni se arriñe contra la invia, ni se prevenga contra la emulación, porque en los reparos destas cosas consiste el peligro. Tema á Dios y á la infancia.

En la familia y paratenía peligra mucho el valimiento; porque cuando sus acciones agradan al príncipe y al pueblo, no suelen agradar de sus domésticos y patientes, cuyos desórdenes, indiscreción, soberbia, avidez y ambición le hacen odioso y le desprecian. No se engañe con que las hechuras propias son firmeza del valimiento; porque quien decide de muchos, en muchos peligros; y así, conviene tenerlos muy cuidadosos y compuestos, de la mano de los ministros, desenfrenándose á los demás de que no tienen alguna parte en el gobierno ni en su gracia; ni que por ser domésticos hayan de ser preferidos en los puestos; pero sí fueren buenos hombres, no han de perder por criados é patientes del valimiento. Cristo nos enseñó este punto, pues dió á primos susy la dignidad de procurar y del apostolado; pero no la de doctor de sus gentes ni del pontificado, debidas á la fe de san Pedro y á la santidad de san Pablo.

Con el príncipe observe estas máximas. Lleva siempre pendientes sus afectos y favores; y si hallare alguna manía, ni quiera la causa ni se dé por entendido, que si el príncipe entre en desconfianza, ni los objetos en esparcimiento de su caída, la cual peligra cuando se plante que se pueda suceder. No arrime el valimiento á la inclinación y voluntad del príncipe, fielmente de mudarse, sino á el mismo; porque, si con él no está ligado el oro de la gracia, no podrá resistir al martillo de la emulación. Anca en el príncipe más la dignidad que la persona. Templo el celo con la prudencia, y su entendimiento: con el príncipe; porque ningún sufre á quien compite con él en las calidades del ánimo. Considérese valioso, no comparen susy, y que, como hechura, no se ha de ignorar con el recreador. Tenga por gloria el perdón (en los casos forzosos) por adelantar su grandeza. Acompañado con libertad gracia, humildad y senilidad, sin temer al peligro y sin ambición de parecer cioso, continuzech de su opinión. Ninguna negación haga suyo, ni ponga su reputación en que salgan destos de...

38 Vide ne feceris; conservans primum suas, et fratrum bona hseci testimonium, ut mortem aemias. (Apoc. 17, 18).
39 Andi taceas, et pro reversione accedat tal bonae gratiae. (Eccles., 3, 6.)
40 Quid est, iniqua, homo, ut aequi possit legem factorem perficie? (Eccles., 3, 12.)
41 Quis est hic dixit mihi mittam, propter gratiam labiavum sacerdostiam animum legem? (Prov., 22, 14.)

62 Cum feceritis omnes, quia praeecepta sunt vobis, dicta: Seruit lustros sumus. (Eccles., 15, 10.)
63 Sed gentilis nostri, hic introitus quiconque, adeo reverenter se habet, quod opportunum tactus, necessitatem capaci. (Cass., II, 5, cap. 5.)
64 Quis coripit bonam, gratiam postea inducit apud eum magiam, quinque qui per linguam et quod amicitia dicat. (Prov., 25, 13.)
65 Quis ambulat ad profundum, ambulat confidens. (Prov., 25, 20.)
66 Nec tamen te posse ruinam custodir? et si illis quasi unus ex ipsis. (Eccles., 35, 14.)
Dure. No hay en él piedra que no trabaje por desastre y cace a destruir la estatua del valido, no menos sujeta a deshacerse la de Nuhucondonosor, por la diversidad de sus metales. Ninguno en el palacio es seguro amigo del valido; si olvido algunos, cria odios y envidias en los demás. Si los pone en la gracia del príncipe, pone a peligro su privanza, y si no, se vuelven enemigos; y así, parece más seguro caminar indiferentemente con todos, sin mezclarse en sus oficios, procurando tenimientos satisfactorios, si es posible, y no embarazos; antes asistirles en sus pretensiones y intereses. Si alguno fuera adalidante en la gracia del príncipe, mas prudente consejo es tenéle grato, por si acaso sucediere en ella, que tratar de retirarla a descomponer; porque á veces quien se abrazó con otro para derrumbarlo, cayó con él, y suela la contradicción encender los favores. Mas privados se han perdido por deshacer á unos que por hacer á otros. Desprecia sus acusaciones ó aprobaciones con el príncipe, y déjales al acaso.

El valimiento está muy sujeto al pueblo; porque si ese aborrecido del, no puede el príncipe sustentarlo contra la voz común; y cuando la desprecie, suele ser el pueblo juez y verdugo del valido, habiéndose visto muchos despedazados á sus manos. Si lo ama el pueblo con exceso, no es el peligro, porque le causa invi- siones y émulos, y de celos al mismo príncipe, de donde nace el ser braves y infiustos los amores del pueblo; y así, para caminarse seguro el valido entre estos extremos, hay las demostraciones públicas que le levantan los aplausos y elogios de los vulgares, y procure solemnemente cobrar buen crédito y opinión de sí con la piedad, liberalidad, cortesía y agrado, solicito en que se administra justicia, que haya abundancia, y que en su tiempo no se perturbe la paz y sosiego público, ni se dereguen los privilegios, ni se introduzcan novelidades en el gobierno; y sobre todo, que se excedan diferencias en materias de religión y conciencia con los eclesiásticos, porque levantará contra sí las iras del pueblo si lo tueren por impío.

Los extranjeros, en los cuales falta el amor natural al príncipe, puedan más del valido que del, y son los que más se aplican á su adoración y á conseguir por su medio los fines que pretenden, con gran desestimación del príncipe y daño de sus estados, y días van causando á la caída del valido cuando no corresponde á sus deseos y fines. Por esto debe estar muy atento en no dejarse adorar; rehusando los inciutos y culto extranjero, y trabajando en que se desenganjen de que es solemne quien corre los velos al rey, y solo el príncipe quien hace los milagros.

Los embajadores de príncipes afectan la amistad del valido, como medio eficaz de sus negocios; y juzgando por conveniencia dellos los daños y desórdenes que resultan del valimiento, procuran sustentarlos con buenos oficios, inducidos tal vez del mismo valido; y como tienen ocasión de alabar en las audiencias, y pa-
EMPRESA LI.

Ninguna cosa mejor ni más provechosa a los mortales que la prudente diligencia. Custodia y guarda es de la hacienda y de la vida. La conservación propia nos obliga al recelo. Donde no le hay, no hay prevención, y sin esta todo está expuesto al peligro. El príncipe que se fiara de poco, gobernará mejor su estado. Sólo cuando venga la confianza hay seguro, que es no estar á arbitrio y voluntad de otro; porque quién podrá asegurarse de la protección humana, retirada á lo más oculata del pecho, cuyos destinos encubra y disimula la lengua y desminten los ojos y los demás movimientos del cuerpo? Golfo es de encontradas alas de afectos, y un mar lleno de serenos y ocultos bajos, sin que hay nadie que pueda darle pudez e pernicios. ¿Qué aguja ni petaca de su confianza se le podrá dar al príncipe para que sepa guardarlo por tantos y tantos mares y mares? Quán rústicas y advertencias de las señales de los vientos, pero que, reconocido el tiempo, tienda ó recoja las velas de la confianza. En esto consiste el mayor arte de reinar. Aquí son los mayores peligros del principio por falta de comunicación, experiencia y noticias de los sucesos y de los suelos; siendo así que ninguno de los que tratan con él, parece más. Todas en su presencia compiten el rostro y ajustan sus acciones. Las palabras estudianse suenan á amor, celo y lealtad; sus semblantes, rendimiento, respeto y obediencia, retirados al corazón el descontento, el odio y la ambición. En lo cual se fundó quién dijo que no se hace el principio de nadie. Pero esto no sería menos vicio que farse de todos. No farse de ninguno es recelo de tirano; farse de todos, facilidad de principio imprudente. Tan importante es en él la confianza como la diligencia. Aquella es digna de un pecho sincero y real, y ésta conveniente al arte de gobernador, con la cual obra la prudencia política y asegura sus acciones. La dificultad consiste en saber usar de la una y de la otra á su tiempo, sin que la confianza dé ocasión á la inseguridad de los vientos, pero que, reconocido el tiempo, tienda ó recoja las velas de la confianza? En esto consiste el mayor arte de reinar. Aquí son los mayores peligros del principio por falta de comunicación, experiencia y noticias de los sucesos y de los suelos; siendo así que ninguno de los que tratan con él, parece más. Todas en su presencia compiten el rostro y ajustan sus acciones. Las palabras estudianse suenan á amor, celo y lealtad; sus semblantes, rendimiento, respeto y obediencia, retirados al corazón el descontento, el odio y la ambición. En lo cual se fundó quién dijo que no se hace el principio de nadie. Pero esto no sería menos vicio que farse de todos. No farse de ninguno es recelo de tirano; farse de todos, facilidad de principio imprudente. Tan importante es en él la confianza como la diligencia. Aquella es digna de un pecho sincero y real, y ésta conveniente al arte de gobernador, con la cual obra la prudencia política y asegura sus acciones. La dificultad consiste en saber usar de la una y de la otra á su tiempo, sin que la confianza dé ocasión á la inseguridad.
y a los píleros por demasidadamente crédula, ni la difi-
dencia, por muy prevenida y sospechosa, provoque
el odio y desesperación, y sea intratable el príncipe no
asegurándose de nada. No todo se ha de medir y jus-
gar con la confianza ni todo con la diferencia. Si nun-
ca se asegurase el príncipe, ¿quien le podría asistir sin
evidente peligro? ¿Quién duraría en su servicio? No es
menos peligroso infección privarse de una sospe-
chosa de los ministros fieles que entregarse por ligera
crédula a los que no lo son. Confía y crea el prínci-
pe, pero no sin alguna duda de que puede ser enga-
nado. Esta duda no ha de retardar en la obra, sino
advertirla. Si no dudase, sería descuidada. El dudar es
cautela propia que la segura, es un contrapeso las
cosas. Quien no dudase no puede conocer la verdad. Con-
fía como si creyese las cosas, y desconfía como si no
las creyese. Mezcladas así la confianza y la diferencia,
y gobernadas con la razón y prudencia, obrarán mara-
villosos efectos. Este el príncipe muy advertido en los
negocios que trata, en las confesiones que asiente,
y en los pocos que ajusta en los demás tratados tecan-
tes al gobierno; y cuando para su confirmación diere
la mano, sea mano con ojos (como representa esta em
praza) que primero mire bien lo que hace. No se mova
en Plauto por las promesas del amante la tercera, di-
cendiendo que tenía siemprev con ojos sus manos, que creían
lo que veían. Y en otra parte llamó día con ojos a aquel
en que se vendía y compraba de contado. Ciegas son las
resoluciones tomadas en confianza. Simbolo fue de Pla-
tegóros que no se había de dar la mano a cualquiera.
La facilidad en llasos de todos sería muy peligrosa.
Considero bien el príncipe cómo se empeña, y tengo
entendido que casi todos, amigos o enemigos, tratan
enganche, unos grave y otros ligeramente; unos
para despegar de sus estudios y usurparle su hacienda,
y otros para ganarlo el agrado, los favores y las mer-
cedes. Pero no por esto ha de reducir á mala y
enganásteo este presupuesto, dándose por libre de conser-
var de su parte la palabra y las promesas, porque se
hubiera la fórmula y se huriera su reputación. No
da ha de ser en el este recaudo más que una prudente cir-
cepcion y un recato político. La diferencia biea de
la sospecha condenamos en el príncipe cuando le li-
ega y vieja, que luego descubre su efecto y se ejecu-
ta; y aquella circunstancia y universal, que igual-
mente mira á todos sin declararse con alguno, mien-
tras no obliga á ello las circunstancias examinadas de
la razón. Bien se puede no fiar de uno y tener de la
buena opinión; porque esta desconfianza no es particular
de sus acciones, sino una cautela general de la prudencia.
Están las fortalezas en medio de los reinos propios,
y se mantienen los presidios y se hacen las guardas ca-
mo si estuvieren en las fronteras del enemigo. Este
recato es conveniente, y con él no se acusa la fidelidad
de los subditos. Confía el príncipe a sus parientes, a
sus amigos, a sus vasallos y ministros; pero no sea
sumovolenta esta confianza, que duermen descuidada de
los casos en que la ambición, el interés ó el odio sue-
len perturbar la fidelidad, violados los mayores víncu-
los del derecho de la naturaleza y de las gentes. Cuando
un príncipe es tan fiel que tiene por peso esta diligen-
cia, que estima en menos el daño que viva con los es-
brazos del rey, que deja correr las cosas sin reparar
en los inconvenientes que puedan suceder, hace
malos y tal vez inútiles a sus ministros; porque, atribu-
yéndose a incapacidad, se desaprobas, y cada uno pro-
curará finanzar la parte de gobierno que tiene á su cargo.
Porque cuando el príncipe es vigilante, que, siendo con-
fiado, no pierde de vista los recaudos; que está siempre prepa-
rido para que la infección no le halle desarmado de
consejo y de medios; que no condena, sino previene;
que arroja, sino conserva la lealtad, sin dar lugar á quie
peligre, esto mantendrá segura en sus sienes la coro-
nia. No hubo ocasión para que entrase en el pecho
el rey don Fernandez el Católico ó sospecha alguna de la
fidelidad del Gran Capitan, y con todo eso la tenía per-
sonas que de secreto nosusan y advirtiesen sus accio-
nles, para que, penetrando aquella diligencia, vivese
mas advertido en ellas. No fió en esta derecho des-
confianza, sino oficial de prudencia, prevendos todos
los casos y celos de la dominación; los cuales no siem-
presenta en la razón, y de vezes conviene tenellos
con pocas causas; porque la maldad obra á ciegas y
fera de la prudencia, y aun de la imaginación.
Con todo esto, es menester que no sea ligero esta te-
mor, como sucedió después el mismo rey don Feran-
dez con el mismo Gran Capitan, que aunque, perdida
la batalla de Ravenna, había menester su persona para
las cosas de Italia, no se vino de ella; un tanto vió el
aparato con que todos en España querían sellar servir
y militar debajo de su mandó y previo para en cual-
er que acontecimiento al duque Valentín, procurando
medios para asegurarse del, y de suerte que, defendía de
una fidelidad ya experimentada, se expoliaba otra sus-
pueche. Así los sumos demasidadamente recelosos, por
huir de un peligro, tan en otros mayores, aunque un
tasjen la mayoría de los principes el no valerse de tan grandes
gastos mas es invienda á ingratitude que sospecha. Pudo
filmar que juzgase aquelustro rey no que le convenga servirse de quien tenía mal satisfecho. Al
Principe que una vez desconfiada, poco le debe lealtad. Cuento uno no es ingenioso y generoso de ánimo, mas
siente que se duce de su lealtad, y más fácilmente
se arroja, deshaciendo, á faltar á ella. Por esto contraríró
GF lo a escribir á Tiberio que sería firme su; y si no le
pusiese asombrosos 8. El luego uso y experiencia de
casos propios y ajenos han de enseñar al príncipe cómo se
ha de fiar de los sujetos. Entro los acuerdos que
rechazó Enrique el Segundo de su hijo el príncipe
el de Juan, uno fue que mantuvieses las mercedes hechas á
la que habian seguido su parcialidad contra el rey
4 Mar., Hist. Hisp.
5 Id. id.
6 Sin démer intempe., et si nullis insanis pateretur, mansa
ran. (Inc., lib. B. Ann.)
7 Mar., Hist. Hisp.
Los ingenios grandes, si no son modestos y dóciles, son también peligrosos; porque, soberbios y pagados de sí, desprecian las órdenes, y todo les parece que se deben gobernar seguros de sus dictámenes. No menos embarazoso suele ser uno por sus excelentes partes que por no tenerlas; porque no hay lugar donde quepa quien presuma mucho de sus méritos. Tiberio no busca para los cargos grandes virtudes, y abolrece los vínculos, por el peligro de aquellas y por la infamia de estos.

No son buenos para ministros los hombres de gran espíritu y riquezas; porque, como no tienen necesidad del príncipe y están hechos al regateo, se ofrecen a los peligros y trabajos, ni quieren al sabio encenderle ni dejarle gobernar 14. Por esto dijo Sosipatro Britónico que eran odiosos a los príncipes las riquezas de los particulares 26.

Cuando pues fuere elegido un ministro con el extremo que conviene, haga del entera confianza el príncipe en el exterior; pero siempre con atención a sus acciones y a sus inteligencias, y si pudiere, peligre en ellas, pasele al otro cargo donde ni tenga gravedades las voluntades ni tanto desposiciones para males intentos; porque más prudencia y más benignidad es preservar uno del peligro que ponerlo después de cometerlo. Las virtudes de Germánico en Alemania, el aplauso de sus soldados, si bien por una parte daban refugio a Tiberio, por otra le daban celos; y siendo turbadas las casas de oriente, se alegró del pretexto que le daban, de exponerse a los enemigos, enviándolo al gobierno de aquellas provincias 27. Pero si convinieres sacar al ministro del cargo, sea con alguna especie de honor y antes que se tomen los inconvenientes, con tal recato, que no pueda descubrir que dudó del príncipe; porque así como el temor de ser enjugado ensaña a engañar, así el dudar de la fidelidad hace injurias. Por esto Tiberio, queriendo después llamar a Germánico a Roma, fue con pretexto de que recibiera el triunfo, ofreciéndole otras mercedes 19, en que son muy liberales los príncipes cuando quieren limarse de sus recelos.

Si el sibilo perdía una vez el respeto al príncipe, no le asegura después la confianza. Perdonó el rey don Sancho de Leon el Príncipe 19 al conde Gonzalo, que había levantado contra él las armas. Procuró reducirla con sus favores, y los que le habían de obligar lo dieron unas ocasiones para avenerar al Rey.

Cuando entre los reyes hay intereses, ninguno vincula...
EMPRESA LII.

Aun trasladado el escorpion en el cielo, y colocado entre sus constelaciones, no pierde su malicia; antes es tanto mayor que en la tierra, cuanto es más extendido el poder de sus influencias venenosas sobre todo lo creado. Consideren bien los principios las calidades y partes de los sueglos que levantan á los magistrados y dignidades, porque en ellas las inclinaciones y vicios naturales crecen siempre, y aun muchas veces poligrafiá las virtudes; porque, viéndose fomentada y brisada la voluntad con el poder, se opone á la razón y la vence, si no es tan compuesta y robusta la virtud, que puede hacer resistencia sin que le des OBJUEN y desvanecen los espléndores de la prosperidad. Si los buenos se sue-len hacer males en la grandezza de los puestos, los ma-
los se harán peores en ella. Y si aun castigado y infa-
nado el viejo, tiene imitadores, mas los tendrá si fuer-
venados por el odio y el apostolismo que se siente de su propia violencia que del mérito, y como impaciente, antes elige pender de sus diligencias que el arbitrio ujeno. Promar al malo
ocupándose en los puestos de la república, es acabar-
dor al bueno y dar fuerzas y poder à la mala. Un ciu-
dadano injusto pego daño puede hacer en la vida pri-

---

21 Id., Id.
22 Difícuces trium disemhbiones, et qui valde amant, valde odio habent. (Arist., 1. 7, Pol., c. 8.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

139

vada; contra pocos ejercitará sus malas costumbres; pero en el magistrado, contra todos, siendo árbitro de la justicia y de la administración y gobierno de todo el cuerpo de la república. No se ha de poner al malos en puestos donde puedan ejercitar su maldad. Advirtiendo esto con inconveniente la naturaleza, nació alías ni piés a los animales muy venenosos, porque no hicieron mucho daño. Quien da la maldad da piés a alas, quiere que corra cómo que vuelva. Suelen los principes valer más de los malos que de los buenos, siendo que aquellos son ordinariamente más suaves que estos; pero se engañan; porque no es sabiduría la maldad, ni puede haber juicio claro donde no hay virtud. Por esto el rey don Alonso de Aragon y de Nápoles alababa la prudencia de los romanos en haber edificado el templo de la honra dentro del de la virtud, en forma tal, que para entrar en aquel se había de pasar por este; juzgando que no era digno de honores al que no era virtuoso, y que convenía pasasen á los olivos y dignidades los que no hubieran entrado por los portales de la virtud. Sin ella ¿cómo puede un ministro ser útil á la república? Cómo entmen los vicios se podrá hallar la prudencia, la justicia, la fama, y las demás virtudes necesarias en este mundo? Cómo el que obedeciera a sus placeres, cómo el que no se abstuviera de los placeres, cómo el que se abstuviera de los placeres, cómo el que no se abstuviera de los placeres, cómo el que no se abstuviera de los placeres, cómo el que no se abstuviera de los placeres. El pueblo venía al ministro virtuoso, y se da á entender que en nada puede errar; y al contrario, ninguna acción recibe bien ni aprueba de un ministro maldito. Dió en el senado de España un consejo acertado Demócrito; y porque el pueblo le tenía por hombre virtuoso, no le acusó, y fué menester que de orden del Efeso dijese otro consejo estimado por su virtud el mismo consejo, para que le admitiesen y ejecutase. Es tan conveniente que sea buena esta opinión del pueblo, que, aun cuando el ministro sea bueno, peligra en sus manos el gobierno si el pueblo, mal informado, le tiene por malo y lo aborrece. Por esto el rey de Inglaterra Enrique V (cuando entró á reinar) celó de su lado á aquellos que le habían acompañado en las sustancias de su juventud, y quitó los malos ministros, poniéndolos en lugar edificados virtuosos y bien aceptos al rei. Los felices sucesos y vitores del rey Teodorico se atribuyeron á la buena elección que hizo de ministros, teniéndolos por consejeros á los procedentes de mayor virtud. Son los ministros unos retratos de la majestad, la cual, no pudiéndose hallar en todas partes, se representa por ellos; y así, conviene que se parezcan al príncipe en las costumbres y virtudes. Ya que el príncipe no puede por sí solo ejercitar en todas partes la potestad que le dio el consentimiento común, mira bien cómo la reparte entre los ministros; porque cuando se ve con ella que no nació principes, quiera, soberbio, parecido en obrar violentamente y ejecutar sus pasiones. De donde se puede decidir la cuestión, cuál estado de la república sea mejor: á aquel en que el príncipe es bueno, y malos los ministros, ó aquel en que el príncipe es malo, y buenos los ministros (pudiendo suceder esto, como dijo Tácito 4); porque, siendo fuerza que el príncipe sustituya su poder en muchos ministros, si estos fueran malos, serán más nocivos á la república que provechosos el príncipe bueno, porque abusarán de su bondad, y con especie de bien, llevarán á sus fines y conveniencias propias, y no al beneficio común. Un príncipe malo puede ser corregido de muchos ministros buenos; pero no muchos ministros malos de un príncipe bueno.

Algunos juzgan que con los ministros buenos tiene el príncipe muy añadas las manos y muy redujo su libertad, y que cuando más viciosos fueran los súbditos, más seguro viviría ellos. Implo consejo, oponente á la razón, porque la virtud manifiesta quiebre y obediencia la república, cuyo estado entonces es más firme cuando en él se vive sin ofensa y agravio y florecen la justicia y la clemencia. Mas fácil es el gobierno de los buenos. Sí falta la virtud, se pierde el respeto á las leyes, se ama la libertad y se aborrece el dominio; y de donde nacen las mudanzas de los estados y las caídas de los principes; y así, es menester que tengan ministros virtuosos, que las aconsejen con bondad y celo, y que con su ejemplo y contención del vacío, y elegan un medio, como declamos en otra parte. Temor es de tirano: si es bueno el ministro virtuoso, mejor será el más virtuoso.

Pero no basta que sean los ministros de excelentes virtudes, si no respládecen también en ellos aquellas cualidades y partes de capacidad y experiencia convenientes al gobierno. Aun llora Etiopía, y muestra en los rostros y cuerpos adustos y lúganes de sus habitantes, al mal consejo de Apolo (si nos podemos valor de la filosofía y mortalidad de los antiguos en sus fábulas), por haber entregado el carro de la luz á su hijo Faetón, mozo inexperto y no merecedor de tan alto y claro gobierno. Este peligro corren las elecciones hechas por solito, y no por grados, que la experiencia descura y grada más los suyos. Aunque era Tiberio tan tirano, no pronunció á sus sobrinos sin esta consideración, como lo tuvo para no dar á Druso la potestad tribunical hasta haber hecho experiencia del por ocho años 5. Dar las dignidades á un inexperto es donativo; á un experimentado, recompensa y justicia. Pero no todas las experiencias, como ni todos los virtuosos, convienen á los cargos públicos, sino solamente aquéllas que miran á la gobierno político en la parte que toca á cada uno.

1 Nam quin magnum potentatem habentes, etiam si nullius pretii sint, multum nocent. (Arist. 1. 1. Pot. c. 9.)
2 Filii hujus esseul prudens exulavit in gestatione suis auct. (Luc., 16, 8.)
porque los que son buenos para un ejercicio público, no son siempre buenos para otros; ni las experiencias de la mar sirven para las obras de la tierra, ni los que son hábiles para domar y gobernar en los reinos un caballo, podrán un ejército 6; en que se engañó Ludovic Esforza, duque de Milán, entregando sus armas contra el rey de Francia á Galeazzo Sarsenovero, diestro en el manejo de los caballos á inexperto en el de la guerra. Mas acertada fue la elección de Matatias en la hora de su muerte, que á Judas Macabeo, robusto y ejercitado en las armas, hizo general, y á su hermano Simeon, varón de gran juicio y experiencia, consejero 7. En estos hechos vió cometerse grandes yerros, trocados los frentes y los manejos. Estos son diferentes en los reinos y repúblicas. Unos pertenecen á la justicia, otros á la abundancia; unos á la guerra y otros á la paz; y aunque entre sí son diferentes, una facultad ó virtud civil los conforma y encamina todos al fin de la conservación de la república, atendiendo cada uno de los que la gobiernan a este fin con medios proporcionados al cargo que ocupa. Esta virtud civil es diversa según la diversidad de formas de repúblicas, las cuales se diferencian en los medios de su gobierno; de donde nace que puede uno ser buen ciudadano, pero no buen gobernador; porque, aunque tenga muchas virtudes morales, no bastarán si le han faltado las civiles y aquella aptitud natural conveniente para saber disponer y mandar.

Por esto es importante que el principió tenga gran conocimiento de los naturales y inclinaciones de los sujetos para saberlos emplear; porque en esta buena elección consisten los aciertos de su gobierno. El ingenio de Hernán Cortés fue muy á propósito para descubrir y conquistar las Indias, el de Gonzalo Fernández de Córdoba para gobernar en el reino de Nápoles; y si se hubieran trocado, enviendo el primero contra franceses y al segundo á descubrir las Indias, no habrían sido tan fáciles los successos. No díd la naturaleza ni uno igual para las demás cosas, sino una excelente para un solo oficio: á su vez escasea á advertencia en criar un instrumento para cada cosa 8. Por esto razón acusan Aristóteles á los carthaginosos, las cuales se servían de uno para muchos oficios; porque ninguno es apropiado para todos, ni es posible, como pensó el emperador Justiniano, que pueda atender á dos sin hacer falta al uno y al otro 9. Mas bien gobernada es una república cuando en ella, como en la nave, atiende cada uno á su oficio. Cuando alguno fuese capaz de todos los oficios, no por esto los hubiera de llenar todos. Aquel gran vaso de bronce para los sacrificios, llamado el mar, que estaba delante del altar sobre el que bueyes, el templo de Salomón, cabía tres mil medidas, llamadas metros, 10, pero solamente lo ponían dos mil. No conviene que en uno solo rebose el almacén y la casa con invasión y malestar, como en el del rey. Por eso, por falta de conocimiento y noticia, ó por no observar en buscar los sujetos á propósito, suelen los principes valerse de los que tienen cerca, y servirse de uno ó de pocos en todos los negocios; con que son menores los empleos y las premios, se hiela la acumulación y se entejan los despachos.

Por la misma causa no es acertado que dos estén á un mismo negocio; porque saldrá disforme, como la imagen encubierta por dos pinceles, siendo siempre diferentes en el obrar: el uno pasando en los golpes, el otro ligero; uno ama las luces, el otro acelera las sombras, fuera de que es casi imposible que se conformen en las condiciones, en los consejos y medios, y que no caminen luengo con la negación y el desacuerdo del uno. En estas causas seguidas cada uno tiene su oficio y operaciones distintas y separadas de las demás. Por mejor tengo que en un cargo está un ministro solo, aunque no sea muy capaz, que dos muy capaces.

Siendo pues tan conveniente la buena elección de los ministros, y muy dificilísimo acertar en ella, conviene que los principes no la hagan de sí solos. El papa Paulo III y el rey don Fernando el Católico las consultaban primero con la voz del pueblo, dejando descubiertamente que se publicasen antes que saliesen. El emperador Alejandro Severo les propone al examen de todos, que cada uno, como interesado, dijese si era o no al propósito 12: si bien el adulador común no siempre seguro: unas veces acierta, y otras erra 13 y se engaña en el conocimiento de los naturales y ríos ocultos á muchos; y suelen la diligencia y el interés, la malicia y el engaño hacer más estas voces públicas en favor ó en contra: ni basta haber probado bien un ministro en los oficios menores para que sea buen en los mayores; porque la grandez del peso despierta á unos, y á otros entorpece 14. Menos peligrosa era la diligencia del rey Filipo II, que aun desde los planteáis reconocía las varas que podían ser después árboles de fruto, trasladadas al gobierno temporal, des-
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

10 Otros se excusan y disimulan; y como este viejo crece, como el fuego, con lo mismo que había de satisfacerse 1, cuanto más se usurpa, más se desea 2. Cada uno la cede en los bienes públicos, pasa a cederse en los particulares; con que se descompone el fin principal de la compañía pública, que consiste en la conservación de los bienes de cada uno. Donde reina la ceguera, falta la quietud y la paz. Todo se perturba y se reduce á pleitos, á sediciones y guerras civiles. Múdanse las formas de los dominios y caen los imperios, habiéndose perdido casi todos por esta causa. Por ella fueron cebados de España los fenicios, y por ella perdido el oráculo de Pítha la ruina de la república de Esparta.

1 Aversus non implébatur pecus. (Etica, 8, 3.)
2 Insatiabilis beatus explet la parte ingenti. (Etica, 11, 9.)

EMPERA LIII.

Significaban los toman la integridad de los ministros, y principalmente de los de justicia, por una estatua sin manos, porque estas son símbolo de la avaricia cuando están cerradas, y instrumentos de elevar siempre están abiertas para recibir. Esto mismo se representa aquí en el jardín, puestas en las fuentes de los viales de Roma. En ellos ninguna guardia mejor que las; con ojos para guardar sus flores y frutos, y sin brazos, para no tocallos. Si los ministros fueren como estas estatuas, mas bien estarían los señores públicos y mas bien gobernarían los estudios, y principalmente las repúblicas, en las cuales, como se tienen por comunes sus bienes y rentas, le parece á cada uno del magistrado que puede fabricarse con ellas su fortuna, y unos con

SPIRITUAL, y antes que la ambición ceñase sus defectos, advirtió, con secretas informaciones la juventud, sí se iban levantando derecha o torcida, y tenía notas de los sujetos importantes de su rein, de sus virtudes y vicios; y así, todas sus elecciones fueron muy asemejadas, y florecieron en su tiempo insigne varones, principalmente en la prelacia; porque temían por mejor buscar para los puestos a los que no hubiesen de faltar á su obligación, que castigaban después 3. Feliz el rein donde ni la ambición ni el miedo ni la solicitud tienen parte en las elecciones, y donde la virtud más retirada, no ha tenido memoria de relaciones para llegar á los sueldos del principio; el cual por sí mismo procura conocer los sujetos. Esta abstinencia se dió al emperador Tiberio 4. El examen de las orejas pende otro, el de los ojos de sí mismo. Aquellos pueden ser engañados, y éstos no; aquellos informan solamente el ánimo, éstos, lo informan, le mueven y arrepienten á la piedad al premio.

Algunas repúblicas se valieron de la suerte en la elección de los ministros. Casos hay en que conviene, para excusar las efectos de la invidia y el furor de la competencia; y nunca, de donde fácilmente hacen los alardes y sediciones; pero cuando para la administración de la justicia y manejo de las armas es menester elegir sujeto á propósito, de quien ha de poder el gobierno y la salud pública, no conviene consultar á la incertidumbre de la suerte, sino que pase por el examen de la elección; porque la suerte no pondera las cualidades, los méritos y la fama como los consejos, don se confieren y se votan secretamente 5; y si bien la consulta de los consejos suele gobernarse por las conveniencias y intereses particulares, podrá el príncipe, a la vez que secretamente se informe de las partes de los sujetos propuestos, de sus fines que pueden haber movimiento á los que los consultaron, porque cuando alegremente aprehenda el príncipe todas las consultas, están sujetos á este inconveniente; pero cuando ven los consejos que la examinó, y que no siempre se vale de los sujetos propuestos, sino que elige otros mejores, procuran hacérselos acertados.

18 Obrería ad administrationibus potús non pecuniarium, quam dammare, cum pecussent. (Tac. l. vi. Agric.)
46 Osmo sin ambitus, non produnt quae ignota stant, se altera secta munificentia juvenal. (Tac., lib. 4, Ann.)

18 Sorte, et una estra non discreta; sugetia, et extiturgent Senatus regenta, ut in cæpeque vitam famesque penetraent. (Tac., lib. 4, Hist.)
Dios advirtió a Molsen que eligiera para los cargos varios hombres que no quisieran la avaricia. No puede ser bien gobierno un estado cuyos ministros son avarientos y cínicos; porque ¿cómo será justo el que despoja a otros? ¿Cómo procurará la abundancia el que tiene sus logros en la carestía? ¿Cómo amará a su reino público el que idolatrará en los tesores? ¿Cómo aplicará el ánimo y los ojos de él que tiene en adquirir más? ¿Cómo procurará merecer los premios por sus servicios el que de su mano se hace paga? Ninguna acción sale como conviene cuando se atraviesan intereses propios. A la obligación ya honrando los antepone la conveniencia. No se obra generosamente sin la estimación de la fama, y no la aprueba un ánimo vil sujeto a la avaricia. Apenas hay delito que no nazca della ó de la ambición. Ninguna cosa alborota más a las almas que el robo y soborno de los ministros; porque se llevan con ellos los daños propios, con las injusticias comunes, con la invidia a los que se enriquecen, con el odio al príncipe, que no lo remedía. Si lo ignora, es incapaz; si lo conoce, huye; si lo permite, cómplice, y tirano si lo afronta, para que, como esponsales, lo clúpen todo, y pueda expresíos después con algún pretexto. ¡Oh infeliz el príncipe y el estado que se pierden porque se enriquecen sus ministros! No por esto juzgo que hayan de ser tan escrupulosos, que se hacen intratables; porque no recibir de alguno es inhumanidad; de muchos, vileza, y de todos, avaricia.

La avaricia en los príncipes destruye los estados; y no podiendo sufrir el pueblo que no estén seguros sus bienes del que puso por guarda y defensa, y que haya él mismo armado el ceño contra su hacienda, procuran ponerle en otra mano. ¿Qué podrá esperar el vasallo de un príncipe avariento? Aun los hijos abreren a los padres que tienen este vicio. Donde falta la esperanza de algún interés, falta el amor y la obediencia. Tirano es el gobierno que atiende a las utilidades propias, y no a las públicas. Por esto dijo el rey don Alonso el Sabio: «Que riquezas grandes además no debe el Rey cobijar para tenerlas guardadas, ó no obrar bien con ellas. Naturalmente el que para esto las cobija, no puede ser que no füga grandes y sericos para avorlos, lo que no conviene al Rey en ninguna manera.» Las agrados loteros comparan al príncipe avaro que injustamente usurpa los bienes ajenos, al león y al oso hambriento; y sus obras á las cosas que habrán en los árboles la corona, que luego caen con ella, á las barracas que hacen los que guardan las vinas que duran poco, Lo que se adquirió mal, presto se deshace. ¡Cuán á cuesta de sus entrañas, como la araña,

1 Se declara en este pleito, y por la ofensiva de varios, 2, 3.
4 Pitra que son, que hombres injustamente, por ambicioso de avariciar comunmente. (Aríst. lib. 3, Polit., cap. 7.)
5 Hix gius e hitpom, vir avarin destructe emm. (Prov., 3, 4, 9.)
6 L. 4, lib. 3, parl. 9.
7 Los rupias, est unus caudas, Princips semper super populum pacuper. (Prov., 29, 16.)
8 Aedificavit alii tines dominum suam, et alii sesterci un-braculum. (Job., 27, 17.)

se desvuelan algunos principios con mordaces conflictos en tojar su fortuna con el estrecho de los sábios, y teján redes, que después se rompen y dejan burda su confianza.

Algunos remediados hay para este vicio. Los más eficaces son no observarlos; porque, si alguna vez en la naturaleza se deja ver cercano, difícilmente se consigue. La última tónica es que se despojen. Cuando los príncipes son uniformes amigas del dinero, conviene que no lo vean y manejen, porque entra por ellos la avaricia, y más fácilmente se libra que se da. También es menester que los ministros de la hacienda sean generosos; que no se acojone arroje viles y arbitrarios indignos con que enriquecerse, como decimos en otra parte.

Para la preservación de la cuadra de los ministros es conveniente que los oficiales y gobiernos no se venan venidos, como lo introdujo el emperador Comodo; porque el que los compras venidos. Así les pareció al emperador Severo y al rey Ludovico XII de Francia; el cual usó esto remedio, una costumbre muy llegado; y se decía el tribunal comprado al que más ofrecía. Castilla experimenta algo de esto en los regimientos de las ciudades, por ser venidos, contra lo que con buen acuerdo se ordenó en el tiempo del rey don Juan el Segundo, que fuesen porsojos y se dieran por nombramiento de los reyes.

Es también necesario dar a los oficiales de competente con que se sustenta el que los tuviera. Así lo hizo el rey don Alonso el Númico, señalando a los jueces salarios, y castigándolos severamente a que recibiera de las partes. Lo mismo dispusieron los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, habiendo dicho a las derechas.

A los del magistrado se les ha de prohibir el trato y mercancía; porque no vendrá de la abundancia alguien que tiene su interés en lograr en la carestía, ni durará como generoso si se encuentra con sus ganancias; fuera de que el pueblo disminuid la dominación y el estar en otros los honores cuando los dejan el trato y ganancias; pero si se ve privado de aquellos y de estas, se irrita y se rebela. A esta causa se pueden atribuir las diferencias y tumultos entre la nobleza y el pueblo de Génova.

Los puestos no se han de dar á los muy pobres, porque la necesidad los obliga al soborno y á cosas mal hechas. Discúrseles en el canon de Roma sobre las elecciones.
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Los muy atentos á engrandecerse y fabricar su fortuna son peligrosos en los cargos; porque, si bien algunos la procuran por el mérito y la gloria, y estos son siempre acertados ministros, muchos tienen por mas seguro fundamento sobre las riquezas, y no guardar el precepto y la satisfacción de sus servicios de la mano del príncipe, casi siempre ingrate con el que mas mercedes.

El célebre Lúculo, á quien la pobreza hizo avariento y la avaricia cruel, intentó injustas guerras en España por enriquecerse.

Las residencias, acabados los oficios, son eficaz remedio, temiéndose en ellas la pérdida de lo mal adquirido y el castigo, en cuyo rigor no habrá gracia, sin permitir que con el dinero usurpado se realice la pena de los delitos, como hizo el pretor Sergio Gallus, siendo acusado en Roma de la poca segurada á los insanos. Si en todos los tribunales fuesen hechos los asientos de las piezas de los que se dejan sobornar, como hizo Cambises, rey de Persia, y á su ejemplo Ruggens, rey de Sicilia, sería mas observante y religiosa la integridad.

EMPRESA LIV.

La libertad en los hombres es natural; la obediencia forzosa. Aquella siguió al abedrato, esta se deja reducir de la razón. Ambas son opuestas y siempre batallan entre sí, de donde nacen las rebeliones y fraciones al señor natural; y como no es posible que se sustenten las repúblicas sin que haya quien mande y quien obedezca, cada una quisiera para sí la suprema potestad y poder de sí mismo; y no pudiendo, le parece que consiste su libertad en mudar las formas del gobierno. Esto es el peligro de los reinos y de las repúblicas, y la causa principal de sus caídas, conversions y mudanzas; por la cual conviene mucho usar de tales artes, que el apetito de libertad y la ambición humana estén lejos del corazón, y vivan sujetas á la fuerza de la razón, y á la obligación del domínio, sin conceder á nadie en el gobierno aquella suprema potestad que es propia de la majestad del príncipe, porque expone á evidente peligro la bondad quien entrega sin alguno freno el poder. Ahum puesto de burlas en la frente del vasallo la diadema real, le ensombrece y cria pensamientos activos. No ha de probar el corazón del súbdito la grandez y gloria de manar absolutamente; porque, abando nando ella, después la usurpa, y para que no vuelva quien la dió, le pone atosigadas y máquina contra él. En solo un capítulo señalan las sagradas letras cuatro ejemplos de reyes muertos á manos de sus criados por haberlos levantado más de lo que convenía. Aunque fué tan sabio Salomon, cayó en este peligro, habiendo hecho presidente sobre todos los tribunales á Jeroboam.

1 Naturum duas necessitias res, quasdemque salutarum humanae generi compasses, ut si ille eum impertit esset, illi subjecerentur: nihilque quidque habeat, nec minimam quidem quan spatio perdurare. (Dion., lib. 41.)

2 Videns Salomonem adiuvarem bona in delos, et testudinem, constituerat eum Praefectum super tribunatum universae domus Joseph. (9, Rep., 47, 99.)
el cual se atrevió á perdéle el respeto. Están pues los
principes muy advertidos en la máxima de estado, de
no engrandecer á ninguno sobre los demás, y si fuere
forzoso, sean muchos, para que se contrapesen entre sí,
y unos con otros se desliguen los bríos y los dasi-
nios. No consideró bien esta política (si ya no fué ne-
cesaria) el emperador Ferdinando el Segundo cuando
tuvo el gobierno absoluto de sus armas y de sus
provincias, sin recurso á su majestad cesárea, al di-
quie de Frondais; de que nacieron tantos peligros y in-
convenientes, y el mayor fue dar ocasión con la gracia
y el poder á que se perdiese tan gran varón. No nueva
al á los principes el ejemplo de Faraon, que dió toda su
potestad real á Josef, de que resultó la salud de su rei-
no; porque Josef fue símbolo de Cristo, y no se hallan
muchos Josephs en estos tiempos. Cada uno quiere do-
pender de sí mismo, y no del trono, como lo significó
esta empresa en el ramo puesto en un vaso con tierra
(como son los jardines), donde criando raíces, queda después árbol independiente del natio, sin re-
conocer del su grado. Este ejemplo nos enseña el peligro de dar perdonos los gobiernos de los estados; porque,
arrinagado la ambición, los procas hacer propios. Quien una vez se acostumbró á mandar, no se acostumbró después á obedecer. Muchas experiencias escritas con la propia sangre nos puede dar Francia. Aun los ministros de Dios en aquella celestial monar-
quía no son estables. La perpetuidad en los cargos
mayores es una enajenación de la corona. Queda vacío
y sin fuerzas el cuarto, celoso de lo mismo que da, sin
dele la libertad, y la virtud sin prenda. Es el vasallo
tirano del gobierno que no ha de perder. El sifilide res-
peta por ser natural al que le ha de gobernar siem-
pre, y desprecia al que no supo ó no pudo gobernarle
por sí mismo; y no pudiéndole sufrir, se rebela. Por
esto Julio César redujo las pretorias a un año y los con-
sultados á dos. El emperador Carlos V acusó á Phi-
ipe II que no se sirvió largo tiempo de un ministro en los
cargos, y principalmente en los de guerra; que los
mayores dijes a personas de mediánza fortuna, y las
embajadas á los mayores, en que consumísem en po-
der. Al rey don Fernando el Católico fué sospechoso el
valor y grandezza in Italia del Gran Capitan, y llamándo-
dó á España, si no desentendió del, no quiso que estu-
viése á peligro su licitud con la perpetuidad del vi-
riado de Nápoles. Y si bien Tiberio confirmaba los
cargos, y muchas veces sustituyan algunos ministros
en otros hasta la muerte, era por consideraciones ti-
ranas, las cuales no deben caer en un principio prudente
y justo; y así, debe consultarse con la naturaleza,  

3 Levavit manus contra Regem. (5. Reg. 11, 20.)
4 Est antem omnibus Monarchiae causis communibus, non tamen fac-
cere unia magnum, aut cito plus quam unum imperio: ipse enim
inter se, quid quisque ei, observant. (Avstl. 4. 5. Pol, c. 44.)
5 Tu etsi super dominum non, et ad iis omnium causarum populos oelicere:
una fuerit regius soli se procedat. (Gen. 41, 40.)
6 Ecce qui servandt cl, non sunt stabiles. (Job. 4, 18.)
7 Id nomen Tiberii nuper, confirmauit imperia, se pluresque ad
facer visa in tamen excludit, aut jurisdictionibus habere.
(Tac. 4. 15, Ann.)

8 Mar., Hist. Esp., 1. 21, c. 7.
9 Supra haud homines almis annis designatione: quid et leco-
res per quacumque agunt (Tac. 4. 15, Ann.)

muestra de la verdadera política, que no dió á aquellos
ministros celestes, de la lux perpetua las presidencias
y viceministros del orbe, sino á tiempos limitados, con
venias en las consecuencias y dominios de los planetas,
por no privarse de la provisión dellos y porque no
usurparon su imperio. Considerando también que se
hallaría oprimida la tierra si siempre predominase la
meteora de Saturno, ó el furor de Marte, ó la se-
ricidad de Júpiter, ó la falsedad de Mercurio, ó la incon-
erencia de la Luna.

En esta mananza de cargos conviene mucho in
troducir que no se tenga por quierda de reputación
por de los mayores ó los menores, porque no son infini-
y en llegando al último se pierden todos aquellos, no
pudiendo emplearse en los que han dejado atrás. Ya
nombra el pái que con el mérito crezcan los premios, á
conveniencia del príncipe lo de veerdo á la razón del
vasallo cuando por causas graves de su servicio y de
bien público, y no por desprecio, conviene que pase
puesto inferior, pues entonces le califica la importan-
cia de las negociaciones.

Si alguno cargos se puede sustentar mucho tiempo,
es el de los embajados, porque en ellos se intercede,
no se manda; se negocia, no se ordena. Con la partía
del embajador se pierden las noticias del país, y las
introducciones particulares con el príncipe á quienes
son y con sus ministros. Las fortalezas y puesto que
son llaves de los reinos sean arbitrarios y siempre im-
mediatios al príncipe. Por esto fué mal consejo el del
rey don Sancho 6 en dejar, por la misteriosidad de su
hojo el rey don Alfonso el Terceo, que tuviesen los
grandes las ciudades y castillos en su poder hasta que fuese
de edad de quince años; de donde resultaron al reinag-
varios daños. Los demás cargos sean á tiempos, y no tan
largos que peligren, soberbios los ministros con el-
argo mundo. Así lo juzgó Tiberio 7, aunque no lo ejec-
tuaba así. La virtud se causa de merecer y esperar; pero
no sean tan breves, que no pueda obrar en ellos el co-
nocimiento y práctica, ó que la repulsa despiertaselas,
como á los azores de Noruega, por la brevedad del día.

En las grandes portularciones y peligros de los reinos
se deben prolongar los gobiernos y puestos, porque
cayán en sugetos nuevos y hiéspertos: así lo hizo Au-
 gusto, habiendo sabido la roda de Quintiliano Varo.

Esta doctrina de que sean los oficios á tiempos se
ha de entender de aquellos supremos instituidos para
el consejo del príncipe y para la administración de
la justicia; porque conviene que sean fijos, por lo que
in ellos es útil la larga experiencia y el conocimiento de
las causas pendientes. Son estos oficios de la república
como los palos en el cielo, sobre los cuales van las
demás esferas, y sí se mudasen, peligraría el mundo,
descompuestos sus movimientos naturales. Esto inneces-
veítuque consideró Solon en los cuatrocientos seño-
res que cada año se eligían por suerte en Atenas, y or-

8 Mar., Hist. Esp., 1. 21, c. 7.
9 Supra haud homines almis annis designatione: quid et leco-
res per quacumque agunt (Tac. 4. 15, Ann.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

den un senado perpetuo de sesenta varones, que eran los arapagistas, y mientras duró, se conservó aquella república.

Es también peligroso consejo y causa de grandes revueltas y inquietudes entregar el gobierno de los reinos, durante la minoridad del sucesor, á quien puede tener alguna pretensión en ellos, aunque sea injusta, como sucedió en Aragón por la imprudencia de los que dejaron reinar á don Sancho, conde de Rosollón, hasta que tuviese edad bastante el rey don Jaime el Primero. La ambición de reinar obra en los que no por sangre ni por otra causa tienen derecho á la corona; ¿qué hará pues en aquellos que en las estatuas y retratos ven con ella y con ella se ve a la frente de sus progenitores? Tiranos ejemplos que da esta edad y nos dieron las pasadas de muchos países que hicieron propios los reinos que recibieron en confusión. Los descendientes de reyes son más felices á la tiranía, porque se hallan con más medios para conseguir su intento. Pocos pueden reducirse á que sea justa la ley que anteponen la autoridad en el nacer á la virtud, y cada uno supone el que merece más que el otro la corona; y cuando cualquiera se da cuenta de la razón, queda el peligro en sus favoritismos, los cuales por la parte de que han de tener en su grandeza, la procuran con medios violentos, y causan desavenencias entre los parientes. Si algunas tuvieron el rey Filipe II el señor don Juan de Austria, nacieron de este principio. Gloriosas excepciones de la política dicha fué el infante don Fernando, rechazando la corona que buscaba el rey don Juan el Segundo, su sobrino, con que mereció otras muchas del cielo. Antigua es la generosa fidelidad y el entrañable amor de las Infantes desta nombre á los reyes de su sangre. No menor resplandecía el presente, cuyo respeto y obediencia al Rey nuestro señor mas es de vasallado que de hermano. No están las esferas eclesiásticas tan sujetas al primer móvil como á la voluntad de su majestad, porque en ellas hay algún movimiento opuesto; pero ninguno en su alteza. Más obra por la gloria de su majestad que por la propia: ¡Oh gran príncipe, en quien la grandeza del nacimiento (con ser el mayor del mundo) no está más que hay en ti! PROVIDENCIA ES UNA, que en tiempos tan revueltos, con profanas guerras que tributan los ojos y palos de la monarquía, hace que un Atlante que con valor y prudencia sustentase la principal parte de ella.


EMPRESA LV.

Para mostrar Aristóteles á Alejandro Magno las calidades de los consejeros, los compara á los ojos. Esta comparación trasladó á sus Partidas el sabio rey don Alonso, haciendo un paralelo entre ellos. No fue nuevo este pensamiento, pues los reyes de Persia y Babilonia llamaban sus ojos, como á otros ministros sus ojos y sus manos, según el ministerio que ejercitaban. Aquellos espíritus, ministros de Dios, envidios á la tierra, eran los ojos del Cordero imaculado. Un príncipe que ha de ver y de oír todas las cosas, todo habrá de ver oír, como el sumo pontífice. (Agricola, 6, 5.)

4 Agnus stantem tanguam ocelorum, habebat cohortem septem, quin septem spiritus Dei, missis in omnes terram. (Apoc., 2, 6.)

3 Nam Principes, se Reges eumque multos et multos scribae, multos aureos, multos areos, multos leges faciunt. (Arist., lib. 3, Pol., c. 4.)

2 His causa rationem, et omnium oculorum eum, et omnium su tribus adiuvat, et omnium denique consilium quum tenuentibus consultabil. (Siest., ad Aresd.)
puesto sobre el cejito; porque los consejeros son ojos que miran lo futuro. A lo cual parece que añadió Jeremías cuando dijo que veía una vara viva vigilante. Por esto en la presente empresa se pinta un cejito lleno de ojos, significando que por medio de sus consejeros ha de ver el Principio y prever las cosas de su gobierno, y no es mucho que pongámoslo en el cejito del consejo, pues en las corona de los emperadores y de los reyes de España se solían escupir sus nombres, y con razón, pues más espléndecen que las diademas de los príncipes.

Esta comparación de esos ojos define las buenas cualidades que da de tener el consejero; porque, como la vista se extiende en larga distancia por todas partes, así en el ingenio práctico del consejero se ha de representar lo pasado, lo presente y lo futuro, para que haga buen juicio de las cosas y da acertados pareceres; lo cual no podrá ser sin mucha elección y mucha experiencia de negocios y comunicaciones de varias naciones, conociendo el natural del príncipe y las costumbres e ingenios de la provincia. Sin este conocimiento la perderán, y se perderán los consejeros, y para tenerlo es menester la práctica; porque no conocen los ojos a las cosas que antes no vieron. A quien ha practicado mucho, se le abre el entendimiento, y se le ofrecen fácilmente los medios.

Tan buena correspondencia hay entre los ojos y el corazón, que los afectos y pasiones de este se trasladan luego a aquellos: cuando está triste, se muestran llorosos, y cuando alegre, risueños. Si el consejero no amara mucho a su rey, y no sintiera como propios sus adversidades o prosperidades, pondrá poca vigilancia y cuidado en sus consultas, y poco se podrá dar de ellas; y así, dijo el rey don Alonso el Sabio 9 «que los consejeros han de ser amigos del Rey. Ca si tales no fuesen, podían ya andar con gran peligro, porque nunca los que o desamamos, le pueden bien acompañar, ni leímente».

No consentan los ojos que llegue el dedo a tocar la secreto de su artefacto y compostura: con tiempo se oculitan y se cierran en los párpados. Aunque sea el consejero advertido y prudente en sus consejos, si fuera fácil y ligero en el secreto, si se dejara poner las dos de dentro del pecho, será muy inútil a su principado que un consejero ignoro; porque ninguno consejo es bueno si no se revula, y son de mayor daño las resoluciones acertadas si antes de tiempo se descubren, que las erradas con secreto se ejecutan. Haya el consejero la confidencia con los que no son del mismo consejo; ciérrese a los oídos que le envíen delante para tocar lo íntimo de su corazón; porque, en admitiendo discursos sobre las máteras, fácilmente se penetrará su intención, y con ella las más íntimas con que cambia el

9 Consilium ocuitum futurorum. (Arist., 1, 6. De regim.)
6 Virum visitantem ovis videos. (Jerem., 1, 4. 13.)
7 Amen, omninoque proximis nisi sint gauri, qui de ea consultum, perdunt ac, e Rempublicam. (Cicer.)
8 Vir in multis expertus, cognobit multa: et qui multa dolet, caerabbit intellectum. (Ecdot., 34, 0.)
9 L. 6, tit. 9, p. 9.

principio. Son los labios ventanas del corazón, y en abriendolos, se descubre lo que hay en él.

Tan puros son los ojos y tan desinteresados, que ni una paja, por pequeña que sea, admiten; y si alguna entra en ellos, quedan luego embarrados y no pueden ver las cosas, ó se les ofrecen diferentes o duplicadas. El consejero que recibiere, echará luego con el pelo de la dama, y no concebirá las cosas como son, sino como se las da a entender el interés.

Aunque los ojos son diversos, no representan diversosa, sino unidamente las cosas, concordando ambos en la verdad de las escuelas que reciben, y en remitir al sentido común por medio de los nervios ópticos, las cuales se unan para que no entren diversas y se engañen. Si entre los consejeros no hay una misma voluntad y un mismo fin de ajustarse al consejo mas acertado y conveniente, sino que cada uno, según el caso y la conveniencia propia los dividirán en opiniones, quedará el principio confuso y dudoso, sin saber determinarse en la elección del mejor consejo. Esto peligro sucede cuando uno de los consejeros plantea lo que ve y alcanza más que el compañero, ó no tiene juicio para conocer lo mejor, ó cuando quiere vengan con el consejo sus ofensas y ejecutar sus pasiones. Libre dólces ha de estar el ministro, sin tener otro fin sino el servicio de su princip. A tal consejero (palabras son del rey don Alonso el Sabio 10) llaman en latín Patricio, que es así, como padre del Principio: por lo que esto sucederá a semejanza del padre natural: así como el padre se mueve, según natura, es asesorar a su hijo lealmente, custodiando sus propios, ó su honra mas que otra cosa; así aquel por cuyo consejo se guía el Principio, lo debe amar, es asesorarle lealmente, es guardar la pro, ó la honor del señor sobre todas las cosas del mundo, no escatando amor, ni desamor, ni pro, ni dan no que se pueda en uno. é esto deben hacer sin lisonja ninguna, sin acatamiento si lo pesará, ó lo placará, bien así como el padre no lo ceda cuando asesora a su hijo.

Dividió la naturaleza la jurisdicción a cada uno de los ojos, subdividiendo sus términos con una línea interrumpida; pero no por eso dejan de estar ambos muy conformes en las operaciones, asistiéndose con celo los recíprocos, que si el uno se vuelve a la parte que lo toca, el otro también, para que sea más cierto el reconocimiento de las cosas, sin reparar en sí son ó no de su circunferencia. Esta buena conformidad es muy conveniente en los ministros, cuyo celo y atención deben ser universal, que no solamente mire a lo que pertenece a su cargo, sino también al reino. No hay parte en el cuerpo que no envíe luego a sus ojos y sus spirillas a la que padece, para mantener el individuo. Estas un ministro o el vistazo de los trabajos y peligros de otro ministro, es malicia, es emulación, ó poco afecto a su principio. Algunas veces nace esto del amor a la conveniencia y gloria propia, ò por no aventuralla, ó porque...
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO CRISTIANO.

buenos consejeros. Ciego quedará el ceptro sin estos ojos, y sin vista la majestad, porque no hay príncipe tan sabio que piera la por sí mismo resolver las materias. «El señorío (dijo el rey don Alonso 17), no quiere consejeros, uo lo ha menester, como quien en todos gusos con viene que haya otros buenos a sabladores, que le aconsejen o le ayuden.» Y si algún príncipe se preocupa de tan agudos ojos que puede por sí mismo ver y juzgar las cosas sin valeros de los otros, será más soberbio que prudente, y tropezará a cada paso en el gobierno 18. Aunque Josué comunicaba con Dios sus acciones, y tenía del orden y instrucciones distintas para la conquista de la tierra, daba a sus capitanes ancianos, levantados a su lado 19. No se apartaban de la presencia del rey Aseuro sus consejeros, con los cuales lo consultaba todo, como era costumbre de los reyes 20. El Espíritu Santo señala por sabio al que ninguna cosa intenta sin consejo 21. No hay capacidad grande en la naturaleza que heste solo en el imperial, aunque sea pequeñito, no tanto porque no se puede halar en uno lo que saben todos 22. Y si bien muchos ingenios no van mas que uno persiguen, porque no son como las cantidades, que se multiplican por sí mismas, y hacen una suma grande, esto se entiende en la distancia, no en la circunferencia, a quien mas prousto reconocen muchos ojos que uno solo 23, como no sean tantos, que se confundan entre sí. Un ingenio sólo sigue un discurso, porque no puede mucho en un mismo tiempo, y anudado de aquel, no pasa a otro. En la consulta oye el príncipe a muchos, y siguiendo el mejor parecer, depone el suyo, y reconoce los inconvenientes de aquellos que hacen de pasiones y afectos particulares. Por esto el rey don Juan el Segundo de Aragón 24, escribiendo a sus hijos los Reyes Católicos una carta en la hora de su muerte, le amonestó que ninguna cosa hiciesen sin consejo de varones virtuosos y prudentes. En cualquier paso del gobierno es conveniente que estos ojos de los consejeros precedan y descubran el camino 25. El emperador Antonino, llamado el Filosófo de los más sabios de aquel tiempo, tenía por consejeros a Sédula, Muciano, Ulpiano y Marcelio, varones insignes; y cuando les pareciéran ausentes, sus consejeros, se conformaban con ellos y los diezían: «Mas justo es que yo siga el consejo de tantos y tales amigos, que no ellos el mío.» El más sabio, mas oye los consejios 26; y mas acierta un príncipe ignorne que se consulta, que un entendido obstinado en sus opiniones. No precipite al príncipe

11 Almen Gurne. alteriores contingent. 12, 13, 15, 16 Poppuri imperium justa libertatem : pascorum dominatio reg. Adelphini proprius est. (Teb: Heb. 6, Ann.)
14 Instructi factum est, ut viro factum, Persarum Regem multas habere occulta, auresque mutis, unde quid si quid aequum accidit expectantum Regi, cum exequiator fidei certum est una enim et unae videt, et pascend audiet; essentia altera regum Ministri quae negligentia quidem, et scirem illud certum, si id qui solut aliis demumquat est ausum officium. Praecedere quem subduerit egressus illuc est cum regum, servum hunc conven- dum esse, unde quidem illi commendatam, unde omniis praec- ter eum Principis foret. (Xenoph. Hebr. 4, 4.)
15 Et magnae guedim imperf harenae aequum ministerum solit; Regi, quae Principi orbis potentiae iterum postulat. (Pompeio.)
16 Et inde de iure tractatur, in casti licebat, licenter etiam, si exequiator, militiam, uolans, se bene- mestros, et noctem possidet. (Lamb. in v. Alex.)
17 L. 9, tit. 9, p. 2.
18 Si de sua minus sententia omnia geret, superbus hodie judi- cavit magis quam praebentem. (Liv. 1.)
19 Et ascendit cum seniores in fronte exercitii, (Jos., 8, 10.)
20 Interrogavit sapientes, qui ex auro regis semper aduent, et gloriam fecit male canista consilium. (Est., 4, 15.)
21 Qui agitum dedit cum consilio, regular sapientia. (Prov., 15, 10.)
22 Nemo salus salut. (Paul.)
23 Salus autem mihi multa constit. (Proy., 41, 11.)
24 Ser. Hyst. 55.
26 Qui autem sapient eest, seduit consilio. (Proy., 12, 15.)
la arrogancia de que dividirá la gloria del acierto, teniendo en él parte los consejeros; porque no es menos alabanza rendirse a escuchar el consejo de otros que acertar por sí mismo.

Ipsa eille bene consultis, et pariter victoriam. (Hom.)

Esta obediencia al consejo es suma potestad en el príncipe. El dar consejo es del inferior, y el tomarlo del superior. Ninguna cosa más propia del principado, ni más necesaria, que la consulta y la ejecución. Digna acción es (sí no el rey don Alonso XI en las cortes de Madrid) de la real magnificencia tener según su leal costumbre varios de consejeros cerca de sí, y ordenar todas las cosas por sus consejeros; porque si todo hemo debe trabajar de aver consejeros, mucho más se debe hacer el Rey. (Cualquiera, aunque ignorante, puede aconsejar; pero resolvenir bien, solamente el prudente. No queda destruida la gloria del príncipe que supo consultar y eligir. Lo que se ordenare con vuestro consejo (dijo el emperador Teodosio en una ley) resultará en felicidad de nuestro imperio y en gloria nuestra.) Las victorias de Scipion Africano nacieron de los consejos de Cayo Lelio; y así, se decía que esta compañía y Scipion representaban la comedia; pero no por esto se escucharon algo los esplendorosos de su fama ni se atribuyó a Lelio la gloria de sus hazañas. La importancia está en que sepa el príncipe representar bien por sí mismo la comedia, y que no se lea el ministros quien la compso y quien le represente; porque, si bien los consejeros son los ojos del príncipe, no ha de ser tan elevado, que no pueda mirarlo por ellos; porque sería gobernar a tientas, y caería el príncipe en gran desperdicio de los suyos. Lucio Torcunto, siendo tercero vez aliado consules, se excusó de que estaba enfermo de la vista, y que sería cosa indigna de la república y peligrosa a la salud de los ciudadanos encomendar el gobierno a quien había menester valerse de otros ojos. El rey don Fernando el Católico decía que los embajadores eran los ojos del príncipe, pero que sería muy desdichado el que solemnte viese por ellos. No lo había a nadie aquel gran político de sus ministros; y por ello vio, pero como se vio por los autores, teniéndolos dilatando y aplicando a otros sus propios ojos. En reconociendo los consejeros que son árbitros de las resoluciones, las encaminan a sus fines particulares, y cubierta la ambición, se dividen en parcialidades, procurando cada uno en su persona aquella potestad suprema que por flojo o por inhabilí permite el príncipe. Todo se confunde si los consejeros son más que unas estatuas que descubren al príncipe el horizonte de las materias, para que pueda resolverse en ellas y elegir el consejo que mejor lo pareciera. Ojos lo dio la naturaleza; y así cada uno dosas

Asumos omnia uti cum constilla. (Prov., 13, 16.)

Bene enim quem cum uero consilio fuerit ordinato, et ad hestitabiliam nostram impiet, et ad nostram gloriem redundabat ubdere. (L. hum. lib. III, c. 6.)

Indulgum esse, Rempublicam, et fortunas cedere consti, qui aliena, oculus ualeritector. (Th. L. lib. 22.)

estados asiste un ángel, y Dios gobierna su corazón; también gobernará su vista, y la harán más clara y más perspicaz que la de sus ministros. Algunas veces el rey Felipe II se recogía a pensar dentro de sí mismo, y encomendándose a Dios, tomaba la resolución que se le ofrecía, aunque fuera contra la opinión de sus ministros, y lo salía aciertada. No siempre pueden estar los consejeros al lado del príncipe, porque él el estado de las cosas y la velocidad de sus decisiones no lo permiten, y es menester que él resuelva. No se repiten como conviene las órdenes cuando se entiende que las necesite y no las toma el príncipe. Resuelve todo sin consejo es premura temeridad; ejecuta todo por parecer ajeno; ignora su servidumbre; algún arbitrio ha de tener el que mande en mudar, abrirla o quitar lo que le consultan sus ministros; y tal vez conviene encubrirse a los ministros y aquí, como la hacía el mismo rey Felipe II, dando deslizadas diferentemente al consejo de Estado los despechos de sus embajadores cuando quería traerlos a una resolución ó no convenía que estuviesen informados de algunas circunstancias. Un coloso ha de ser el consejo de Estado, que, puesta el príncipe sobre sus hombros, descubra más tierra que él. No quisieron con toda vista a su príncipe los sabios, dándole entender el modo de pintar con las orejas abiertas y los ojos venidos, significando que había de ejecutar lo que se le daba hacer está resueltó al Senado. Una sombra ciega es de la majestad, y una aparición vana del poder. En él dan los reflejos de la autoridad que está en el Senado; y así, no ha menester ojos que no de dar paso paré sí mismo.

Si bien conviene que el príncipe tenga en delito algún arbitrio, no se ha de precisar tanto del; y en mostrar que ha menester consejo su parte del que le das sus ministros; porque caería en gravísimas inconvenientes, como dice Tito Livio: "Se acima de turno a Petelo.

Si fuera practicable, habían de ser reyes los consejeros de un rey, para que sus consejeros no desdijese del derecho; estimación y autoridad real. Muchas veces ocultamente al príncipe porque es él quien la aconseja. Pero que no puede ser esto, conviene hacer elección de tales consejeros, que aunque no sean príncipes, hayan nacido con aspíritus y pensamientos de príncipes de sangre generosa.

En España con gran prudencia están constituidos diversos consejos para el gobierno de los reinos y provincias, y para la vida de las más importantes de la monarquía; pero no se debe desdecir en fe de su buenas instituciones, porque no hay república tan bien establecida, que

Cor regis in manu Domini: quoquem valuente, Indicatu. (Prov., 21, 4.)

Non omnia constiluit constiluit praecipituis tractatus, ratio resi, quia ob ejectionem vellicitur. (Istam, lib. 1, Hist.)

Non atque ostentat Indigens viaderum, in diversa, adeo transitum. (Fac., lib. 5, Ann.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

no deshaga el tiempo sus fundamentos ó les denomine la malicia y el abuso. Ni hasta que esté bien ordenada cada una de sus partes, y alguna vez no se juntan todos para tratar de ellas mismas y del cuerpo universal. Y así, por estas consideraciones hacen los religiosos capitulares provinciales y generales, y la monarquía de la Iglesia concilios, y por más que parece conveniente que de diez en diez años se forme en Madrid un consejo general, ó cortes de dos consejeros de cada uno de los consejos, y de dos diputados de cada una de las provincias de la monarquía, para tratar de su conservación y de la de sus partes, porque si no se renuevan, se envejecen y mueren los reinos. Esta junta hará más unido el cuerpo de la monarquía para correspondernos y subsistir en las necesidades. Con estos fines se convocaban los concilios de Toledo, en los cuales, no solamente se trataban las materias de religión, sino también las de gobierno de Castilla.

Estas calidades de los ojos deben también concurrir en los concursos de los principios, que son sus consejeros, jueces y médicos espirituales: oficios que requieren sujeto de mucho celo al servicio de Dios y amor al principito; que tengan sabiduría para juzgar, prudencia para amonestar, libertad para reproducir, y valor para desengañar, representando (aunque aventuraron su gracia) los agravios de los vasallos y los peligros de los reinos, sin embarazar (como dijo Eccequiel) la porció abierta que está para caerse 35. En algunas partes se ven los principios de los confessores para solo el ministerio de confessar; en otras para las consultas de estado. No examino las causas políticas de en uno ni en otro; solamente digo que en España se ha reconocido por importante la asistencia en el consejo de Estado, para calificar y justificar las resoluciones, y para que, incurriendo caza gobernar, corrija al principito si fallase en su obligación; porque algunos conocen los pecados que cometen como hombres, pero no los que cometen como principios, aunque son mas graves los que tocan al oficio que los que a la persona. No solamente parece conveniente que se halle el confession en el consejo de Estado, sino también algunos príncipes eclesiásticos constituidos en dignidad, y que estas asistan en las cortes del reino, por lo que pueden obrar con su autoridad y letras, y porque así se muevan más en la conservación y defensa del cuerpo los dos brazos espirituales y temporales. Los reyes puedan consultar las cosas grandes con los prelados congregados en los concilios teledianos.

Lo mismo que de los confessores se ha de entender de los predicadores, que son clarines de la verdad 35 y intérpretes entre Dios y los hombres 35, en cuyas lenguas pasan sus palabras 35. Con ellos es monótono que esté muy advertido el principito, como con arcsenclavos por donde entran al pueblo los manantiales de la doctrina salubre ó venenosa. Deben depender la multitud, siendo instrumentos dispuestos a sublevalla ó a componentela, como se experimenta en las rebeliones de Cataluña y Portugal. Su fervor y celo en la reprensión de los vicios suele declararse contra los que gobierno y, á pocos años, lo entiende el pueblo, porque naturalmente es malicioso contra los ministros; de donde puede resultar el descuido del gobierno y la falta satisfacción de los súbditos, y desto el peligro de los tumultos y sediciones, principalmente cuando se acusan y se descubren las faltas del principito en las obligaciones de su oficio; y así, es conveniente procurar que tales reprensiones sean generales, sin señalizar las personas, cuando no es público el escándalo, y no han precedido la amonestación evangélica y otras circunstancias contrapesadas con el bien público. Con tal modestia reprende Dios en el Apocalipsis á los prelados, que parece que primero los haga y aun los adulta 35. A ninguno ofendió Cristo desde el púlpito: sus reprensiones fueron generales, y cuando llegó á las particularidades, no parece que habló como predicador, sino como rey. No se ha de decir en el púlpito lo que se profiere en las esquinas y se castiga; en que suele engañarse el celo, ó por muy ardiente, ó porque lo destumba el aplauso popular, que correa á los defensores del principito ó del magistrado.

31 Clausa, se cesses, quasi tiba exulta vocem tuam. (Isai., 58, 1.)
32 Pro hominibus constitutor in ilis, que sunt ad Deum. (Ad Heb., 5, 1.)
33 Exce dedi verbis mea in ore tuo. (Jerem., 1, 9.)
34 Novi opera tua, et aethem, et claritatem tuam, et ministrium, et patientiam tuam, et audacia tua novissima plura priores; sed habebis adversas te parce. (Apoc., 2, 10.)
EMPRESA LVI.

Del entendimiento, no de la pluma, es el oficio de secretario: Si fuese de pintar las letras, serian buenos secretarios los impresores. A sí toca el consultar, disponer y perfeccionar las materias. Es una mano de la voluntad del principio y un instrumento de su gobierno; un índice por quien señaля sus resoluciones; y como dice el rey don Alfonso 1: "El Chanciller (a quien hoy corresponde el secretario) es el segundo Oficial de Casa del Rey, de aquéllas que tienen oficios de poridad. Ca bien así como el Capellán (hombre del mayor, que entonces era confesor de los reyes) es medianero entre Dios y el Rey: espiritualmente en fecho de su anima, otro sólo es el Chanciller entre el el los ángeles." Poco importa que en los consejos se hagan prudentes consultas, si quienes las dejan disponer las juzgen. Los consejos dicen sus pareceres; el principio por medio de su secretario los da aliento; y una palabra puesta aquí ó allá mudará las formas de los negocios, bien así como en los retratos una pequeña sombra ó un ligero toque del pincel los hace parecidos ó no. El consejo dispone la idea de la fabrica de un negocio, el secretario saca la planta; y si esta va errada, también saldrá errado el edificio levantado por ella. Para significar esto en la presente empresa, su pluma es también compás, porque no solo ha de escribir, sino medir y ajustar las resoluciones, compasar las ocasiones y los tiempos, para que ni llegue antes ni después las ejecuciones: oficio tan unido con el del principi, que si lo permitiera el trabajo, no hubiera desmesurado otro; porque, si no es parte de la majestad, es reflejo de ella. Esto parece que dio á entender Cicerón cuando advirtió al procónsul que gobierno así como que su sello (por quien se ha de entender el secretario) no fuese como otro cualquier instrumento, sino como el mismo; no como ministro de la voluntad ajena, sino como testigo de la propia.

Los demás ministros representan en una parte sola al principio, el secretario en todas. En los demás hasta la segunda, por lo que manejas, en esto es necesario un conocimiento y práctica común y particular de las artes de la paz y de la guerra. Los errores de aquellos son en una materia, los de este en todas; pero ocultos y atribuidos a los consejos, como a la enfermedad las curas erradas del médico. Puede gobernarse un principi con malos ministros, pero no con un secretario inexperto. Estúmago es donde se digieren los negocios; y si salen del mal cocidos, será agradecida y breve la vida del gobierno. Miráense bien los tiempos pasados y ninguna estudió se hallarán bien gobernados sino aquel en que hubo grandes secretarios. ¿Qué importa que resulte bien el principi, si dispone mal el secretario y no examina con juicio y avierto con prudencia algunas circunstancias, de las cuales suelen depender los negocios? Si se falta la elección, no hasta que tenga plática de formularios de cartas; porque apenas hay negocio que se pueda aplicar la minuta de otra. Todos con el tiempo y los accidentes mudan la forma y substancia. Tienen los boticarios recetas de varios médicos para diversas curas; pero las errarán todas si, ignorantes de la medicina, las aplicasen á las enfermedades sin el conocimiento de sus causas, de la complejión del enfermo, del tiempo, y de otras circunstancias que halló la experiencia y consideró el discurso y especiencias. Un mismo negocio se ha de escribir diferentes, pero un ministro lumínico que está de colega; a un límite que se arrojado. A unos y otros, hay de enseñar á obrar las despaeches. ¿Qué son las secretarias sino unas escaletas que sacan grandes ministros? En sus advertencias han de oírlo todos á gobernare. Dulces han de ser solados adivinados los aciertos y precedidos los errores. De todo lo dicho se infiere la conveniencia de elegir secretarios de señales partías. Aquellos grandes ministros de pluma secretarios de Dios, los evangélicos, se figuran en el Apocalipsis, por cuatro animales con alas, llamas de ojos.
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

ternos y internos, significando por sus alas la velocidad y ejecucion de sus ingenios; por sus ojos externos, que todo lo reconocen; por los internos, su contemplación: tan aplicados al trabajo, que ni de día ni de noche reposan; tan asistentes á su obligación, que (como da á entender Ecquiel) siempre estaban sobre la pluma y papel, conforme y útiles á la mente y espíritu de Dios, sin apartarse del Señor.

Pero acerca de elección del buen secretario sería conveniente ejercitar primero los sugetos, dando el principio secretarios á sus embajadores y ministros grandes, los cuales fueron de buen ingenio y capacidad, con conocimiento de la lengua latina, llevándolas por diversos puestos, y trayéndolas después á las secretarias de la corte, donde sirviesen de oficiales y su perfeccionasen para secretarios de estado y de otros consejos, y para tesoreros, comisarios y veedores, cuyas experiencias y noticias importarían mucho al buen gobierno y expediencias de los negocios. Con esto se excusarían la mala elección que los ministros suelen hacer de secretarios, viéndose de los que tenían antes, los cuales ordinariamente no son á propósito; de donde resulta que suele ser más dañoso al príncipe elegir un ministro bueno que tiene mal secretario, que elegir un mal que lo tiene bueno; fuera de que, olvido el secretario por la mano del príncipe, de quien espera su acrecentamiento, volverían más los ministros en su servicio, y estarían más atentos á las obligaciones de sus cargos y á la buena administración de la casa hacienda. Conociendo el rey don Alonso el Sabio la importancia de un buen secretario, dijo que debe el Rey escoger tal hombre para esto, que sea de buen juicio, de buen natural, de buen razonado, de buena manera, de buenas costumbres, e sepa leer, e escribir, y de buen latín como en romance. No parece que quiso el rey don Alonso que solamente supusiese el secretario escribir la lengua latina, sino también hablarla, siendo tan importante á quien ha de tratar con todas las naciones. En estos tiempos que la monarquía española se ha dilatado por provincias y reinos extranjeros es muy necesario, siendo frecuente la correspondencia de cartas latinas.

La parte mas esencial en el secretario es el secreto; de quien se le dió por esto el nombre, para que en sus oídos lo suceda á todas horas su obligación. La lengua y la pluma son peligrosos instrumentos del corazón, y suele manifestarse por ellos, prueba de juicio, incapaz de misterios, ó por vanagloria, queriendo los secretarios parecer depositos de cosas importantes, mostrándose entendidos, discurrendo e escribiendo sobre ellas correspondientes que no son ministros; y así, no será bueno para secretario quien no fuere tan modesto, que escuche mas que refiera, conservando siempre un mismo semblante, porque se lee por él lo que contiene sus despachos.

1 Singulae sunt hæc: et in circuitu, et in suis plerique sunt occultæ. (Apoc. 4, 3.)
2 El regi non habebant die, se necter. (Ibid.)
3 Faeûres est, et penitus est extensus desaper. (Ezech., 11, 1.)
4 Ubér erat impetus spiritus, illae gradiebantur. (Ibid., v. 12.)

EMPRESA LVII.

Obran en el reloj las ruedas con tan mudo y oculto silencio, que ni se ven ni se oyen, y aunque delas pende todo el artilugio, no le atribuyen á si, antes consultan á la mano su movimiento, y ella sola distingue y señala las horas, mostrándose al pueblo autora de sus puntos. Este concierto y correspondencia se ha de hallar entre el príncipe y sus consejeros. Conviene que los tengan para eso, que como decía el rey don Alonso el Sabio al Emperador, y el Rey mayague en grandes señores, no puede hacer cada uno de ellos mas que un moyo, y el gobierno de un estado la menester á muchos; pero tan

1 L. 3, iii. 1, p. 2.
sujetos y modestos, que no hay resolución que la atribuya á su consejo, sino al priíncipe. Asistíale al trabajo, no al poder. Tanga ministros, no compañeros del imperio. Sepan que puede mandar sin ellos, pero no ellos sin él. Cuando pudiere ejercitar su grandeza y hacer orientación de su poder sin dependencia ajena, obre por sí solo. En Egipto, donde está bien dispuesto el calor, cuida el ciego animal perpetuo sin la asistencia de otro. Si todo lo confiere el priíncipe, insa será consultorio el priíncipe. La dominación se disuelve cuando la suma de las cosas no se reduce á uno. La monarquía se diferencia de los demás gobiernos en que uno solo manda y todos los demás obedecen; y si el priíncipe consintiere que manden muchos, no será monarquía, sino aristocracia. Dónde muchos gobiernan, no gobierna alguno. Por castigo de un estado lo tiene el Espíritu Santo 8, y por bendición que solo uno gobernó 9. En reconociendo los ministros, el priíncipe que los deja mandar, procuran para sí la mayor autoridad. Crece entre ellos la emulación y soberbia. Cada uno tira del manto real, y lo reduce á hileras. El pueblo, confuso, desconoce entre tantos señores al verdadero, y desestima el gobierno, porque todo parece errado cuando no cree que nace de la mente de su priíncipe, y procurar el remedio con la violencia. Ejemplos funestos dan las historias en la privación del rey y muerte del rey de Galicia don García 5, el cual ni aun mano quiso ser que señalase los movimientos del gobierno; todo lo remitía á su valido, á quien también costó la vida. El rey don Sancho de Portugal fué privado del reino porque en él mandaban la Reina y criados de humilde nacimiento. Lo mismo sucedió al rey don Enrique el Conde, porque vivían tan ajeno de los negocios, que firmaba los despachos sin leerlos ni saber lo que contenían. Con todos los males está expuesto un priíncipe que sin exilium y sin consideración ejecuta solamente lo que otros ordenan, porque en él impera cada uno en su cero lo que quiere: así sucedió al emperador Claudio 6. Sobre los hombres propios del priíncipe, no sobre los de los ministros, fundó Dios su principado, como dijo al santísim. Samuel á Saul cuando, ungido rey, le hizo un banquete, en que de industra solamente lo sirvió la espada de un cannero 8. Pero no ha de ser el priíncipe como el campesino, que elegentemente se inclina á echar; monester lo que los espacios sean con ojos, como los de aquella vision de Ezequiel 10, para que vean y sepan lo que llevan sobre sí. Carro y carretas

8 Novo Tiberius vim Principatus resolveret, e ducta ad Senatun vocamento, com condicionem esse imperatorum, ut non alterius ratio constet, quam si uni rediret. (Tac., lib. 1, Ann.)
9 Proprii necesse esse multi Principes ejus. (Proc., 29, 3.)

E t superius suprema Pastorum annu, qui pacis cas. (Exech., 34, 25.)

8 Mar., Hist. Hisp. 1, 9, 28.
9 Nullis adumbris vidébat in animo Principis, nii non judicium, non cellam movit, nisi volatilia, et juxta. (Tac., lib. 9, Ann.)

7 Pacem esse Principatus super humanas ejus. (Stal., 9, 0.)
8 Lascavi autem, eum armatum, et posuit ante S. D. Exequiel. Samuel: Ecce quod tamen at, posta ante, et comedite: quia de industria servitum cathib, quando populus vocavit. (1, Reg., 9, 24.)
9 Utam corpus omnis plenum. (Exech., 1, 16.)

ro de Israel llamó ElíSEO á Elías 10, porque sustentaba y regía el peso del gobierno. Déjase de ser priíncipe el que por sí mismo no sabe mandar ni contradecir, como se vio en Vitellio, que, no teniendo capacidad para ordenar ni castigar, mas era causa de la guerra que emperador 44; y así, no solamente ha de ser el priíncipe mano en el reloj del gobierno, sino también notable que dé el tiempo al movimiento de las ruedas, dependiendo del todo el artificio de los negocios.

No por esto juzga que haya de hacer el priíncipe el oficio de juez, o consejero o presidente: mas supremo y levantado es el suyo 19. Si á todo atendía, le haría tiempo para el principal. Y así debía aver (pala- bras son del rey don Alonso 45) oímos sabios, entendidos, y leales, y verdaéehos, y que ayuden, á la sirvan de hecho en aquellas cosas que son menester para su consejo, y para hacer justicia á derecho á la gente, de lo solo no podría ver, nin librar todas las cosas, porque ha menester por fuerza ayuda de otros en quienes se fía. Su oficio es valeroso de los ministros como instrumento de reinar, y dejars obrar; pero atendiendo á lo que oigan con una dirección superior; mas menos inmediato ó asistente, se ve de la importancia de los negocios. Los que son propios de los ministros, traten los ministros. Los que tocan el oficio de priíncipe solo el priíncipe los resuelve. Por esto se anfó Tiberio con el Senado, que todo lo remitía á el é 14. No se han de embarazar los cuidados graves del Principio con consultas ligeras, cuando no tiene de la majestad los poder resolverse el ministerio. Por esto advirtió Sanquinio al santo romano que no acrecentarse los cuidados del Emperador en lo que sin darte disgusto se podía remediar 15. En hablando hecho el priíncipe confiavos de un ministro para algún menudo, dejó que corra por él enteramente. Entragado á Adau el dominio de la tierra, lo pusó Dios delante los animales y aves para que los pudiesen sus nombres, sin querer reservarlo para sí 50. También ha de dejar el priíncipe á otros las diligencias y fatigas ordinarias, porque la cabeza no se cause en los oficios de las manos y pies; ni el piloto trabaja en las ruedas, antes soñado en la rueda gobierna la nave con un reposado movimiento de la mano, con que obra mas que todos.

Cuando el priíncipe por su poca edad, ó por ser de criptesida, ó por natural insuficiencia no pudiere atender

10 Eliiseus autem videbat, et clamabat: Pater mi., Pater mi., curras Israel, et auriga ejus. (4, Reg., 2, 12.)
11 Ipse neque bapti, neque vitandi potens, non iam imperas, sed tantum bellii causa causas. (Tac., lib. 1, Hist.)
12 Non Aecliti, non Praxiti, non Constantinius auree: majestatis excedere est Principio postulat. (Tac., lib. 5, Ann.)
13 L. 5, tit. 1, p. 2.
14 Et proximitatem sine, Tiberius per literas castiga: quod Petrus, quod eum curaturum ad Principem repereret. (Tac., lib. 8, Ann.)
15 Sanquinio Maximi ad Consularem oravit Senatorum, no eas Imperatoris consortium inapex neecessitatis suget: sollicite hominum statuendis servatis. (Tac., hist.)
16 Debornias scilicet omnibus terris, et universis volatilibus, eunim addaxit es ad Adan, ut videaret, quae vocaret ea. (Gen., 3, 19.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

a la dirección de los negocios por mayor, tengo quien le asista, siendo de menos inconveniente gobernarse por otro que arrullo todo por sí. Los primeros años del imperio de Neron fueron felices porque se gobernó por buenos consejeros; y cuando quisiera por sí mismo, se perdió. El rey Filipo II, viendo que la edad y los achaques la hacían inhabilitado para el gobierno, se valió de ministros fieles y experimentados.

Pero aun cuando la necesidad obligase a esto al príncipe, no ha de vivir descuidado y olvido de los negocios, aunque tenga ministros muy capaces y fieles; porque el cuerpo de los estados es como las naturales, que en falta dañan en el color interior del alma, aunque los remedios no hagan más que mantenerlos a sí sustentar que no se corrompan. Alima es el principio de su renuncia, y para que viva es menester que en alguna manera asista a sus ministros y organismos. Si no pudiera enteramente, dé é a entender que todo lo hace y ve, con tal destreza, que no se atribuya a su disposición y juicio. La presencia del príncipe, aunque no obrer y sentido, hace reacciones sobre el gobierno. Si hubiera de desquitarse a sus ministros y se hiciera tener? Una sola demostración destas las tendrá cuidados, creyendo; o que todo lo mira y que algo manifieta. Hágan los consejos las consultas de los negocios y de los gestores beneméritos para los cargos y las dignidades; pero vengan a él, y sea su mano lo que señale las resoluciones y los mandatos, sin permitir que, como rey de los sol, las muestren sus sombras (por sombras entiende los ministros yvalidos), y que primero las publiquen, atribuyéndolas a ellos; porque si en esto faltare el respeto, perderán los negocios su autoridad y las necesidades de ayudamiento, y quedarán desestimado el príncipe de quien se habían de reconocer. Por esta razón Tiberio, cuando vió inclinado el Senado a hacer medidas a M. Portialo, se opuso a ellas 17, y se enojó contra Junio Gallio porque propuso los premios que se habían de dar a los soldados pretorianos, pareciéndole que no convenía los señalar otro, sino solamente el Emperador 18. No se respetó a un príncipe porque es príncipe, sino porque, como príncipe, manda, castiga y premia. Las resoluciones dependerán de la mano de los ministros, y encenderá la suya el príncipe. Caiga sobre ellos la aversión y odio natural al rigor y él pena, y no sobre él el. De Júpiter decía la antigüedad que salvo vibraba los rayos benignos que sin ofensas eran amigos y ostentaciones de su poder, y los demás por consejo de los dioses. Esté en los ministros la opinión de rigurosos y en el príncipe la de clemente. Dellos es el acusar y condenar; del príncipe el absolver y perdonar. Gracias daba el rey don Manuel de Portugal al que hallaba razonos para liberar de muerte algún reo. Asistiendo el rey de Portugal don Juan el Tercero a la vista de un proceso criminal, fueron iguales los votos, unos absolvían al reo, otros lo condenaban; y habitando de dar el suyo, dijo: ¿Los que la habeis condenado, habeis hecho justicia á mi entender, y quisiera que con ellos se hubiesen conformado al demás. Pero yo voto que sea absuelto, porque no se diga que por el voto del Rey fué condenado á muerte un vasallo. Para la conservación dellos fué criado el príncipe, y no se pide que se consiga, no ha de quitar la vida a alguno.

No asiste al trastorno de las ruedas la mano del reloj, sino los de nuevo y se señalando sus movimientos; así le pareció al emperador Carlos V que debían los príncipes gobernarse con sus consejeros de Estado, dejándose los hacer las consultas sin intervenir a ellas, y lo dió por instrucción a su hijo Filipo II; porque la presencia confunde la libertad y suele obligar la lisonja; si bien parece que en los negocios graves conviene mucho la presencia del príncipe, porque no dejan tan inmolado el ánimo las consultas leídas como las confidencias, en que aprenderán mucho y tomarán amor á los negocios, conociendo los naturales y lineas de sus consejeros. Pero debe estar el príncipe muy advertido en no declarar su voto, porque no se le indica la lisonja al respeto de él tomar á que es lo que obligó á Pisón á decir al Tiberio (cuando quiso votar la causa de Marcello, acusado de haber quitado la cabeza de la estatua de Augusto y puesta la suya) ¿en qué lugar lugar quería votar? Porque si el primero, tendría á quien seguir; y si el último, tome contrarresto incensuradamente. 20. Por esto fué ablando el decreto del mismo emperador cuando ordenó que Druso, su hijo, no votase el primero en el Senado, porque no necesitaba á los demás á seguir su parecer. 21. Este peligro es grande, y también la conveniencia de no declarar el príncipe ni antes ni después de su voto en las consultas, porque podrá con mayor secreto ejecutar á su tiempo el consejo que mejorle pareciere. El rey don Enrique de Portugal fué tan advertido en esto, que proponía los negocios á su consejo, sin que en las palabras o en el semblante se pudiera conocer su inclinación. De aquí nació el estilo de que los presidentes y reyes no voten en los consejos, el cual es muy antiguo, usado entre los antiguos.

Pero en caso que el príncipe desee aprobar, y no consejo, podrá dejarse entender antes, señalando su opinión, porque siempre hallará muchos votos que lo sigan, ó por agradecer, ó porque fácilmente nos inclinamos al parecer del que manda.

En los negocios de guerra, y principalmente cuando se halle el príncipe en ella, es más importante su asis-

17 H iconoos senatorum Tiberio faíto, quod promptius
18 Véase el precepto que hizo a sus consejeros. (Tzet., lib. 9, Ann.)
19 Y conforme es el precepto de su emperador, que este no se
20 Consider tos Drusen Consejeros designan para recibirle primero
21 Quo loco crescebit Caesar? Si primus, habet quem acquirat: si post eumque, vereor ne impirodes dissimulam. (Tzet., lib. 1, Ann.)

Et honores ipse se tribuen, poenas autem per alios Ma-
giaturas, et Judicis irrogatum. (Artis., l. 5, Pot.; é. li.)

la de clemente. Dellos es el acusar y condenar; del

príncipe el absolver y perdonar. Gracias daba al rey
don Manuel de Portugal al que hallaba razonos para
librar de muerte algún reo. Asistiendo el rey de Portu-
gallo don Juan el Tercero á la vista de un proceso 
criminal, fueron iguales los votos, unos absolvían al reo, otros lo condenaban; y habiendo de dar el suyo, dijo: ¿Los que la

habeis condenado, habeis hecho justicia á mi enten-
dor, y quisiera que con ellos se hubiesen conformado
al demás. Pero yo voto que sea absuelto, porque no se
diga que por el voto del Rey fué condenado á muerta

un vasallo. Para la conservación de los fué criado el

príncipe, y no se pide que se consiga, no ha de quitar la

vida á alguno.

No asiste al trastorno de las ruedas la mano del reloj,
sino los de nuevo y se señalando sus movimientos; así
le pareció al emperador Carlos V que debían los pri-

ncipes gobernarse con sus consejeros de Estado, de-
jéndose los hacer las consultas sin intervenir á ellas, y lo dió por instrucción a su hijo Filipo II; porque la presencia

confunde la libertad y suele obligar á la lisonja; si bien

parece que en los negocios graves conviene mucho la

presencia del príncipe, porque no dejan tan inmolado
el ánimo las consultas leídas como las confidencias, en

que aprenderán mucho y tomarán amor á los negocios,

conociendo los naturales y lineas de sus consejeros. Pero

debía estar el príncipe muy advertido en no declarar su

voto, porque no se le indica la lisonja al respeto de él

tomar; porque es lo que obligó á Pisón á decir al Tiberio

(cuando quiso votar la causa de Marcello, acusado de

haber quitado la cabeza de la estatua de Augusto y

puesta la suya) ¿en qué lugar lugar quería votar? Porque

si el primero, tendría á quien seguir; y si el último, to-

ma contrarresto incensuradamente. Por esto fué

ablando el decreto del mismo emperador cuando orde-

ñó que Druso, su hijo, no votase el primero en el Senado,

porque no necesitaba á los demás á seguir su parecer.

Este peligro es grande, y también la conveniencia de

no declarar el príncipe ni antes ni después de su voto

en las consultas, porque podrá con mayor secreto ejecu-

tar á su tiempo el consejo que mejorle pareciere. El rey
don Enrique de Portugal fué tan advertido en esto, que

proponía los negocios á su consejo, sin que en las pa-

labras ó en el semblante se pudiera conocer su inclina-

ción. De aquí nació el estilo de que los presidentes y

reyes no voten en los consejos, el cual es muy antiguo,

usado entre los antiguos.

Pero en caso que el príncipe desee aprobar, y no

consejo, podrá dejarse entender antes, señalando su

opinión, porque siempre hallará muchos votos que lo

sigan, ó por agradecer, ó porque fácilmente nos inclin-

amos al parecer del que manda.

En los negocios de guerra, y principalmente cuando

se halle el príncipe en ella, es más importante su asis-

17 H iconoos senatorum Tiberio faíto, quod promptius
18 Véase el precepto que hizo a sus consejeros. (Tzet., lib. 9, Ann.)
19 Y conforme es el precepto de su emperador, que este no se
20 Consider tos Drusen Consejeros designan para recibirle primero
21 Quo loco crescebit Caesar? Si primus, habet quem acquirat: si post eumque, vereor ne impirodes dissimulam. (Tzet., lib. 1, Ann.)

Et honores ipse se tribuen, poenas autem per alios Ma-
giaturas, et Judicis irrogatum. (Artis., l. 5, Pot.; é. li.)
tencia a las consultas por las razones dichas, y porque aníme con ella, y pueda luego ejecutar las resoluciones, sin que se pase la caución mientras se las refieren. Pero está advertido de que muchos consejeros defensor de su principado quieren acreditarla de valerosos, y para correr más animosos que prudentes, y dan arrojados consejos, aunque ordinariamente no suenen ser los ejecutores de ellos; antes que los más hayan del peligro, como sucedió a los que me enseñaban a Vitello que tomase las armas 22.

Cuestión es ordinaria entre los políticos si el príncipe ha de asistir a hacer justicia en los tribunales. Pasada ocupación parece, y en que perdería el tiempo para los negocios y del gobierno, si bien Tibério, después de haberse utilizado en el Senado, asistió a los tribunales 23. El rey don Fernando el Santo se hallaba presente a los pleitos, con, y defendía a los pobres, y favorecía a los flacos contra los podrerosos. El rey don Alonso el Sabio 24 ordenó que el rey juzgase las causas de las viudas y de los gérmenes. «Porque muerte el rey es tan grande de guardar todos los de su tierra, señaladamente lo debe fazer a estos, porque de su sajado son mejorados, y más con consejo que los otros.»

Á Salomón narró su gran juicio en decidir las causas 25; y los israelitas la rey, como que los que tienen las demás naciones, los juzgase 26. Sola la presencia del príncipe hace buenos a los jueces 27, y sola la fuerza del rey puede defender a los flacos 28. Lo que más obligó a Dios a hacer réy a David fue el ver que quien libraba de los dientes y garras de los leones a sus ovejas 29, sabría defender a los pobres de los podrerosos. Tan grato es á Dios este cuidado, que por él solo se obliga a borrar los demás pecados del príncipe, y reducirlos á la camillad de la muerte 29. Y así, no niego el ser esta parte principal del oficio del rey, pero su satisfacción está en elegir buenos ministros de justicia y con mirar cómo obran; y bastará que tal vez en las causas muy graves (llamó graves las que pueden ser oprimidas del poder) se halle al votano, y que siempre tengan los jueces que puede estar presente a ellos desde algún parte del tribunal. Por esto son tan todos del palacio reales de Madrid, y en las vueltas donde se hacen las ventas, á las cuales sin ser visto se suele asentar su majestad, traza que se aprendió del diván del Gran Turco, donde se juntan los laúdes a conferir los negocios, y cuando quiere los que por una ventana cubierta con un tafetán cerrados.

Este concierto y armonía del rey, y la correspondencia de sus ruedas con la mano que señala las horas, se ve observado en el gobierno de la monarquía española, fundado con tanto juicio, que los reinos y provincias que desempenó la naturaleza los una la prudencia. Todas tienen en Madrid un consejo particular: el de Castilla, de Aragón, de Portugal, de Italia, de las Indias y de Flandes; á los cuales preside uno. Allí se consultan todos los negocios de justicia y gracia, de cada uno de los reinos o provincias. Suelen al rey estas consultas, y resuelve lo que juzga más conveniente; de suerte que son estos consejos las ruedas, su majestad el rey; á la que se logran todas las provincias en donde pasan las especias visuales, y el rey el sentido común y la prudencia y quietud, que en más de cien años que se levantó, apenas se ha visto un desconcierto, y de ser un cuerpo ocasional se por la desunión de sus partes. Mas unida fue la monarquía de los romanos, y cada día hubo en ellos movimientos y quietudes: evidente argumento de lo que esta excede á aquella en sus fundamentos, y que la monarquía romanos más fieles y de mayor juicio y prudencia.

Habiéndosé pues de reducir toda la suma de las cosas al principio, conviene que no solamente sea padre de la república en el amor, sino también en la economía, y que no se contente con tener consejeros y ministros que cuidan de las cosas, sino que procure tener delos secretos noticias, por quien su gobierno, como los mercaderes por un libro que tienen particular y secreto de sus tratos y negociaciones. Tal lo tuvo el emperador Augusto, en el cual escribía de su mano las rentas públicas, la gente propia y auxiliar que podía tomar armas, las armadas navales, los reinos y provincias del imperio, los tributos y exacciones, los gastos, ejecutivos y donativos 30. La memoria es depósito de las experiencias, pero depósito frágil si no se vale de la plana para perpetuarse en el papel. Mucho llegará á saber quien escribiera lo que, ensanchando de los aciertos y de los errores, notare por conveniente. Si vuestra alteza despardraste esta diligencia citando el día los signos corona, y le parecieron que no conviene brumurar al la grandeza real, y que bastarás con la presencia, no con la atención, al gobierno, dejándote en manos de sus ministros, bien creo, de la buena constitución y órden de la monarquía en sus consejos y tribunales, que pasará vuestra alteza sin peligro notable la carrera de su reino; pero habrá sido mano de rey gobernada de otras

---

22 Sed quod in ejusmodi rebus accidit, consulti ab omnibus datum est, perfectum parvum sumpereris. (Tace., lib. 3. Ann.)

23 Neo parum cognitionem salutis, judiciis asiduavit in corum tribunaculis. (Tace., lib. 1. Ann.)

24 L. 20, 67, 3, p. 3.

25 Audita illeque omne Israel judicia, quod Judaeas Rex, et lustraverat Regem, videlicet sapientiam. (Tace., lib. 3. 32.)

26 Constituit nobis Regem, ut judice nos, sit et universae habent maliactos. (Tace., lib. 8. 5.)

27 Rex, qui sedet in saulo Juditi, dissipat omne male intulit suae. (Prov., 39. 3.)

28 Tibi decretus est praper: orphano tu elis adulator. (Psalm. 9. 14.)

29 Possequebatur, et percutiatur, erubescantque de ore rerum. (Tace., lib. 17. 55.)

30 Quosque jam, subretta oppressia, judicato pupilio, defendente viam. (T. t., et ars quae, electa Dominae: sic fuerint pecuniae vostra usi coeclxa, quasi sic deducantur. (Tace., lib. 1. 4, 17.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

ruedas, y no se verían los esfuerzos de un gobierno levantado y glorioso, como sería el de nuestra alteza si (como espero) proceres en otro libro, como en el de Augusto, notar cada año en cada ruta aparte aquellas mismas cosas, añadiendo las fortalezas principales del, qué presidios tienen, qué variaciones señaladas hay para el gobierno de la paz y de la guerra, sus calidades, partes y servicios, y otras cosas semejantes; haciendo también memoria de los negocios grandes que van sucediendo, en qué consistieron sus aciertos o sus errores, y de otros puntos y advertencias convenientes al buen gobierno. Por esto cuidado y atención es tan admirable la armonía del gobierno de la campaña de Jesús, e cuyo general se envían noticias particulares de todo lo que pasa en ella, con listas secretas de lo que suceden; y porque estos mudan con el tiempo sus calidades y costumbres, se van renovando de tres en tres años, aunque a cada año se envían algunas informaciones, sin que generen, sino de accidentes que conviene tenga entendidas, con lo cual siempre son acertadas las elecciones, ajustando la capacidad de los sujetos a los puestos, no al contrario. Si tuviesen los princípios estas notas de las cosas y de las personas, no serían engañados en las relaciones y consultas; se harían capaces del arte de reinar, sin despedir en todo de sus ministros; serán servidos con mayor cuidado dellos, sabiendo que todo había de llegar a su noticia y que todo lo notaban; con que no su cometían desdichas tan notables como vemos, en no prevenir a tiempo las cosas necesarias para la guerra y la paz, la virtud crecería, y menguaría con el vicio el temor a tales registros. No serán embarazos estas sumarias relaciones, unas por mano del mismo príncipe y otras por los ministros que ocupan los puestos principales, ó por personas inteligentes de quien se pueda fijar que las harán puntuales. Pues si, como dijó Cicero, son necesarias las noticias universales e particulares ó un senador 13, que solamente tiene una parte pequeña en el gobierno, ¿cuánto más sería al príncipe, que tiene más universal? Y si Filipe, rey de Macedonia, hace que se impongan dos veces las capitulaciones de la confederación con los romanos, ¿por qué se han de des-

13 Estat Servituri necessarium esse Republicanam, idque laboret, qui habeat militiam, qui valeat acerba, qui socios Republican habebat, qui amicos, qui inimicos, qui quisque sit ille, conditio, fide, etc. (Cicero.)

EMPRESA LVIII.

Es el honor uno de los principales instrumentos de reinar: si no fuera hijo de lo honesto y glorioso, te tuviera por invención política. Firmeza es de los imperios. Ninguna se puede sostener sin él. Si falte en el príncipe, falte la guada de sus virtudes, el estímulo de la fama y el vicio con que se hace amar y respetar. Querer exceder en las riñas, es de trampos; en los honores, de reyes 1. No es menos conveniente el ho-

1 Velle recipi, exercitationum est: honoribus serios, magis regium. (Arist., lib. 6, Pol., c. 10.)

la pena. Luego se disolvería el orden de república si no se hubiese hecho reputación la obediencia, la fide-

lidad, la integridad y fe pública. La ambición de glosaríosen el respeto a las leyes, y para alcanzarlo se vale del trabajo y de los vicios. No es menos peli-
grosa la república en quien todos quieren obedecer que aquella en quien todos quieren mandar. Un reino humilde y abatido sirve la fuerza y desconoce sus obligaciones al señor natural; pero el alto y precluido del honor deseestima los trabajos y los peligros y aun su misma ruina, por conservarse obediente y fiel. ¿Qué guerras, qué calamidades, qué incertidumbres no ha tolo-
rado constante el condado de Borgoña por conservar
su obediencia y lealtad a su rey? Ni la tirantía y bárba- 
ra crueldad de los enemigos, ni la infectión de los ele- 
mentos, conjurados todos contra ella, han podido de- 
rribar su constancia. Pudieron gritar a aquellos feas 
vasallos las haciendas, las patias y las vidas, pero no 
su generosa fe y amor entrañable a su señor natural.

Para los males internos suelo ser remedio el tener 
bajo al pueblo, sin honor y reputación política; de que 
usan los chinos, que solamente peligran en sí mismos; 
pero en los demás reinos, expuestos á la invasión, es 
necesaria la reputación y gloria de los vasallos, para 
que puedan repeler á los enemigos; porque donde no 
hay honor, no hay valor. No es gran príncipe el que 
no domina á corazones grandes y generosos, ni podrá 
sin ellos hacerse temer ni dilatar sus dominios. La re- 
putación en los vasallos les obliga á procurarla en el 
príncipe, porque de su grandeza pende la dellos. Una 
señora vana de honor los hace constantes en los tra- 
bajos y animosos en los peligros. ¿Qué tesores bastan- 
ían á comprar la hacienda que derraman, la sangre 
que viertan por voluntad y caprichos de los príncipes, 
si no se hubiera introducido esta moneda pública del 
honor, con que cada uno se paga en su presunción? 
Precio es de las baznáes y acciones heroicas, y el pre- 
ciarnos barato que pudieron hallar los príncipes; y así, 
cuando no fuera por grandeza propia, deben por con- 
veniencia mantener vivo entre los vasallos el punto del 
honor, disimulando ó castigando ligeramente los de- 
litos que por conservarlo se cometan, y animando con 
premios y demostraciones públicas las acciones gra-
des y generosas; pero adviértan que es muy dañoso en 
sus súbditos aquella estimaçón ligera ó gloria vana 
fundada en la ligereza de la opinión, y no en la substa-
da de la virtud; porque ellas ocultan las competen- 
cias entre los ministros, á costa del bien público y del 
servicio del príncipe, los duelos, las injusticias y homicí- 
dios; de que resultan las sedeciones. Con ella es pun- 
tuosa y mal sufrida la obediencia, y á veces se ensan- 
grienta en el príncipe, cuando juzgando el vasallo en 
la ausencia de su opinión ó en el de la voz comun que es 
tirano y digno de muerte, se la da por sacrificarse por 
la patria y quedar famoso; y así, es menester que el 
príncipe cure estta superstición de gloria de sus vas-
allos, inflamándoslo en la verdadera.

No se desmita la majestad de honrir mucho á los 
súbditos á los extranjeros; porque no se menorçaba 
lo honor de los príncipes aunque hueran larçamente, 
bien así como no se disminuye la luz de la luna que 
se comunica á otras y las enciende. Por esto comparó 
Ennio á la luna la grande del que muestra el camino al 
que va errado.

Como, qui erantd coller monstrat venia, 
Quart huien de suo iuane accendant, fecit, 
Nihilqui quis hicuct, cum hic incenditur. (Ennio.)

De cujo comparación infirió Cleóforo que todo lo que 

2 Itaque Monarchas, non ut sibi vendicent Monarchiam, in 
ductis; sed ut fimam el glioriam adeptissent. (Artis., lib. II, Pat, 
e. 10.)

se pudiera sin daño nuestro se deba hacer por los de-
más, aunque no sean conocidos. De ambas sentencias 
su sociedad en la empresa con el bando de la antorcha concienzuda, simbolo de la divinidad y insignia 
del supremo magistrado; de la cual se toma la luz, para 
significar cuán sin detrimento de la llora de su honor 
la toman los príncipes entre los bienemeritos. 

Prestada, y no profeca, tiene la honra quien teme la 
la de falta si la pusiera en otro. Los manantiales 
naturales siempie dan y siempre tienen que dar; inac- 
husto es el dote del honor en los príncipes, por mas 
liberales que sean. Todos los honran como á depre- 
dioses que han de repartirse los honores que recibir; 
bien como la tierra refresca con sus vapores el aire, 
él cual se los vuelve en recios que la mantienen. Esta 
recíproca correspondencia entre el príncipe y sus vas-
allo advirtió el rey don Alonso el Sabio 4, diciendo 
que honrando al Rey, honran á sí mismos, á la tier-
ra donde son, á fazan lealtad conocida; porque deben 
aver bien, á honra del. Cuando se corresponden así, 
floroca la paz y la guerra se establece la dominación. 
No ninguna cosa muestra más el príncipe su grandeza 
que en honrar; cuanto más nobles son los cuerpos de 
la naturaleza, tanto más prósperos en repartir sus ca-
dad y dones. Dar la hacienda es caudal humano; dar 
monedas poder de Dios ó de aquellos que están más cur-
del. En estos máximas generosas deseo ver á vue-
stra alteza muy instruido, y que con particular estudio 
honres vuestra alteza la nobleza, principal columna de 
la monarquia.

Os canelleros tend en muuta enlata, 
Pais con seu sangue intrepido, et ferente 
Escaenem usum sompte á leg distun, 
Mas todos estos importo premente 5.

Oiga vuestra alteza sobre esto á su glorioso mele-
cesor el rey don Alonso el Sabio, el cual, aseverando 
á los reyes sus sucesores, dice 6: Otrosí, deben amor 
honor á los ricos omes, porque son nobleza ó honra 
de sus cortes ó de sus rayos; á amor y honor deban 
los canelleros, porque son guardia ó amparamiento de 
la tierra. Ca no se deben receder de recibir muerte 
por guardalas Messageo á acrecentarla.

Los servicios merecen sin el premio; con él viven 
y dejan glorioso el reino; porque en tiempo de un prí-
cipe desagradecido no se acostumbran cosas grandes ó 
que sean ejecutos gloriosos á la posteridad. Apenas li-
cieron otra baznáe aquellos tres valientes soldados que, 
rompiendo por los escuadrones, tomaron el agua de 
ciertas, porque no los premio David 7. El príncipe que 
honra los méritos de una familia, funda en ella un ví-
culo perpetuo de obligaciones y un mayortajo de ser-
icios. No menos mueve á obrar gloriosamente á los 

3 Ut quidem sine detrimento accommodari possit, id tribuat, vel ignota. (Crew.)
4 L. 17, iii, 13, p. 9.
5 Cam., L. x., cant. 10.
6 L. 17, iii, 15, p. 12.
7 Irupremet erga tres fortes contra Philistinorum, et bavari-
unt aqua de cisternae Bethicheim. (9, Veg., 10, 18.)
nobilis lo que sirvieron sus progenitores y las horas que recibieron de los reyes, que las que esperan. Estos consideraciones obligaron a los antecesores de nuestra alteza a señalar con eternas memorias de honor los servicios de las casas grandes de España. El rey don Juan el Segundo premió y honró los que hicieron los condes de Alba, concediéndoles que cometiesen a la mesa de los reyes el dia de los Reyes, y se les dieron al vestido que trajese el Rey aquel dia. El Rey Católico hizo la misma merced a los condes de Cádiz del que vis- ticen los reyes en la festividad de la inmaculada Virgen nuestra Señora por setiembre; a los marqueses de Moya, la copa en que bebían el día de Santa Lucía; a los de la casa de Vera, condes de la Roca, que pudiesen, cada año, hacer exento de tributos a treinta todos los sucesores en ella; y cuando el mismo rey don Fernan- 9 do se vio en Salca con el rey de Francia, seotó a su mesa al Gran Capitán, á cuya casa se fué á apare- r cuando entró en Nápoles. ¿Qué mucho, si le debía un reino, y España la felicidad y gloria de sus armas? Por qué pudo decir que Táctico del otro valeroso capi- tán, que en su cuerpo estaba todo el esplendor de los churroceros, y en sus consejos cuanto hubo hecho y sucedido prosperamente 10. El valor y prudencia de un ministro solo suele ser el fundamento y exaltación de una monarquía. La que se levantó en América se debió a Hernan Cortés y a los Pizarros. El valor y des- treza del marqués de Aytona quiso contener los es- todos de Flándes, muerta la señora infanta doña Isabel. Instrumentos principales hubo de la independencia del imperio en la augustísima casa de Austria, y de la seguridad y conservación de Italia, algunos ministros presentes, en los cuales los mayores premios serán deuda y centella de emulación gloriosa á los demás. Con la paga de unos servicios se compran otros muchos; usura es generosa con que se enriquecen los prin- cipes, y adelantan y aseguran sus estados. El imperio otomano se mantuvo proclamando y exaltando el valor donde se halla. La fabrica de la monarquía de España creció tanto porque el rey don Fernando el Católico, y después Cárlos V y el rey Filipe II, supieron cortar y liberar las piedras más á propósito para su grandeza. Quejáronse los principes de que su siglo esté llano de su- gulos; y no advierten que ellos lo hacen estéril porque no los buscan, ó porque, si los hallan, no los saben ha- cer lucir con el honor y el empleo, y solamente levantan á aquellos que hacen obra para ellos, en que tiene más parte el acaso que la elección. Siempre la naturaleza produce grandes varones; pero no siempre se valen dellos los principes. ¿Cuántos excelentes inge- nios, cuántos infatigables generosos nacon y muere desconocidos, que, si los hubieran empleado y ejercitado, fueran admiración del mundo? En la capellanía de la iglesia de San Román hubiera muerto Osad sin

gloria y sin haber hecho señalados servicios á Francia, si el rey Enrique IV, teniendo noticia de su gran talento, no le hubiera propuesto para cardenal. Si a un su- geto grande deja el príncipe entre el vulgo, vive y muer- ce oculto como uno del vulgo, sin acertar á obrar. Ne- tráise Cristo al monte Tabor con tres discípulos, de- jando á los demás con la turba, y como á desflavoreci- dos, se les entorpeció la fe y no pudieron curar á un endemoniado 11. No crecen ni no dan flores los ingenios si no los cultiva y los riega el favor; y así, el príncipe que sembrare honores, cogerá grandes ministros; pa- ro es menester sembrallos con tiempo, y tengan he- chos para la ocasión, porque en ella difícilmente se in- ian. En esto suele descuidarse los grandes principes cuando viven en paz y sosiego, creyendo que no ten- drán necesidad de ellos.

No solamente deben los principes honrar á los nobles y grandes ministros, sino también á los demás vas- los, como lo encargó el rey don Alonso el Sabio 12 en una ley de las Partidas, diciendo: 'A él am no deben hon- rar á los Maestros de los grandes saberes. Ca por ellos se hacen muchos de ónes buenos, es por esto se honren, y se enderezan muchas veces los rey- nos á los grandes señores. Ca así, como dieron los sab- bios antiguos, la sabiduría de los derechos es otra ma- nera de cavalaria, con que se quebrantan los atrevi- mientos, se enderezan los insensatos. É a un de amar á honrar á los ciudadanos, porque ellos son cóme te- soreros y raíz de los reyes. É eso mismo deben fazer á los Mercederes, que traen de otras partes á sus se- ñorios las cosas que son y menester. É amar ó amparar deben otros á los menesteres, y á los labradores, porque de sus menesteres, de sus labranzas se ayu- dan, é se gobiernan los Reyes, el de los otros de sus se- ñoríos, é ninguno no puede sin ellos vivir. É otros, todos estos sobre dichos, é cada uno en su estado debe amar ó honrar al Rey, é al reino, é guardaré y acrecentar sus derechos, é servirá cada uno en la manera que debe, como á su señor natural, que os cabeza, ó vida ó mantenimiento dellos. É cuando el Rey esto fuese con su pueblo, avrá abando en su reyendo, é será rico por ello, é ayudarse de los bienes que á fuerzas, quando los hubiere menester, é será tenido y el buen saber, é ampararán todos comúnmente, é será temido tam- bién de los extraños como de los suyos. 13

En la distribución de los honores ha de estar muy atento el Principio, considerando el tiempo, la calidad y partes del sujeto, para que ni excedan de su mérito, ni falten; porque distinguen los grados, bien así como de los fondos el valor de los diamantes. Si todos fueran iguales, bajaría en todos la estimación. Especie es do- timada no premiar á los henchimétricos, y la que mas iría al pueblo contra el príncipe. Mucho se perturba la

---

8 Puente, Trat. del linaje de los Veras.
10 Illa lo opusque deos, Plac. Chrestororum, illius consilia gesta, quae prospera essent, teutobur. (Tac. lib. 3, Ann.)
11 Nam Domino in monte demorante, et iis faciat viribus redemisse, quidam teneor eorum fidem retinuerint. (Illi., e. 17, p. 21.)
12 Oblat eum Discipulis et non potuerunt carere omn. (Matt., 17, 18.)
13 L. 3, t. 59, p. 72.
EMPRESA LIX.

Advertida la naturaleza, distinguió las provincias, y las cercó, ya con murallas de montes, ya con fosos de ríos y ya con sobrias olas del mar, para dificultar sus intentos á la ambición humana. Con este fin constituyó la diversidad de climas, de naturales, de lenguas y estilos; con lo cual diferenciaba este nación de aquella, se uniese una para su conservación, sin rendirse fácilmente al poder y tiranía de los extranjeros. Pero no bastaron los reparos de estos límites y términos naturales para que no los violase el apetito insaciable de dominar; porqué la ambición es tan poderosa en el corazón humano, que juzga por estriccia las cinco zonas de la tierra. Alejandro Magno lo había porque no podía conquistar muchos mundos. Aun los bienes de la vida, y la misma vida, se desprecian contra el deseo natural de prolongarla por un breve espacio de reinar. Pretendía Humaya el reino de Córdoba; representaba baulo sus amigos el peligro, y respondió: «Llámame hoy rey, y mañana mañana.» Ninguna pasión tan ciega y peligrosa en el hombre que esta. Muchos por ella perdieron la vida y el Estado, queriendo amplificar. Tenía un principio de Tartarla un vaso con que habría habido en los caños de la cabeza de otro príncipe de Moscovia, el cual, queriéndola quitar el Estado, había perdido el suyo y la vida; y corria por la orla del vaso este letrero:

*Habe alentado, propia amist.*

1 Mar., Hist. Hisp., 1. 8, c. 10.
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Casi lo mismo sucedió al rey don Sancho por haber querido despojar a sus hermanos de los reinos que dividió entre ellos el rey don Fernando, su padre. Peligra la ambición si alarga fuera de su reino el brazo; como la tortuga, que, consagrando la cabeza del paños de su gencina, queda expuesta al peligro 8. Y aunque, como dijo el rey Tiridates, es de particulares mantener lo propio y de reyes batallar por lo ajeno 9, debe entenderse esto cuando la razón y prudencia lo aconsejan, no teniendo el poder otro tribunal sino el de las armas; porque, aunque injustamente quita a otro su estado, da aconsejo y derecho para que le quiten el suyo. Primero ha de considerar el principi el peligro de los propios que los medios para conquistar los ajenos 10. Por esto el emperador Rodolfo el Primero solía decir que era mejor gobernar bien que amparar el imperio. Si hubiera seguido este consejo el rey don Alonso el Sabio, no se hubiera dejado llevar de la pretensión del imperio con peligro de su reino, haciendo cierta la sentencia del rey don Alonso de Nápoles, que comparaba las talas a los jugadores, los cuales, con mucha esperanza de aumentar su hacienda, la pierden. El conservar el estado propio es obligación; el conquistar el ajeno es voluntario. La ambición lleva a muchos engañosamente a la novedad y al peligro 6. Cuanto una alcanza más, más desea. Crece con el imperio la ambición de aumentarla 7. Las ocasiones y la facilidad de las empresas arriban los ojos y las corazonadas de los principes, sin advertir que todo lo que se puede alcanzar se ha de prender. La bizarra del ánimo se ha de ajustar a la razón y justicia. No se conserva mejor el que más posee, sino el que más justamente posee. La demasiada potencia, causando celos e invidia, debía los peligros, unándose todos y armandose contra el más poderoso; como lo hicieron los reyes de España contra el rey don Alonso el Tercero 8, cuya prosperidad y grandeza les era sospechosa; por lo cual conviene más tener en disposición en ejercicio el poder, porque no hay menos peligro en adquirir que en haber adquirido. Cuando faltan amigos externos, la misma opulencia derriba los cuerpos, como se experimentó en la grandeza romana 9; lo cual aconteció de Augusto, tratado de remediar poniendo límites al imperio romano 10, como después lo ejecutó el emperador Adriano. Ponga el principi frente a su felicidad si la quiere regir bien 11.

---

El levantar o ampliar las monarquías no es muy difícil, a la injusticia y tiranía armada con la fuerza. La dificultad está en la conservación, siendo más difícil el arte de gobernar que el de vencer 12, porque en las armas obra las mas veces el acaso, y en el gobierno siempre el consejo. La felicidad suele entraerse por los portales sin que la llame el mérito o la diligencia; pero el deténla no sucede sin gran prudencia 13. El rey don Alonso el Sabio 14 da la razón de que no es menor virtud la que mantiene que la que adquiere: «Porque la guardia aviene por seso, e la ganezua por aventura.» Fácilmente se escapa la fortuna de las manos sin que ambas no se detenga 15. El hallar un espíritu (que es el cuerpo de esta empresa) no es difícil; el deténla ha menester el consejo para aplicar la mano con tal arte, que les caiga el tiempo a sus puas, con las cuales parece un terrado esquadron de picas.

Feri omnia secus,
* Se pharetra, este jacto, este minimi arcu. (Claud.)

Apenas se retiraron de los Países-Bajos los ejércitos españoles (en tiempo del señor don Juan de Austria), cuando se extruyeron de ellos los rebeldes. Fácil fue al rey de Francia apoderarse injustamente del estado de Lorena; pero el rey del este lo recibió mucha gastos y peligros, y siempre habrá de tener sobre él el amparo la mano. Las causas que concurren para adquirir no asisten siempre para mantener; pero una vez mantenido, lo sostiene el tiempo; y así, uno solo gobierna los estados que con gran dificultad fabricaron muchos príncipes.

Siendo pues el principal oficio del príncipe conservar sus estados, pondré aquí los medios con que se mantienen, y ya sean adquiridos por la sucesión, por la elección o por la espada, suponiendo tres causas universales que concurren en adquirir y conservar, que son: Dios, cuando se tiene propicio con la religión y la justicia; la ocasión, cuando un concurso de causas abre camino a la grandeza; la prudencia en hacer nacer las ocasiones, ya usadas por sí mismas, saber usar delas. Otros instrumentos hay comunes: la elección de conservar: estos son el valor y aplicación del principi, su consejo, la estimación, el respeto y amor a su persona, la reputación de la corona, el poder de las armas, la unidad de la religión, la observación de la justicia, la autoridad de las leyes, la distribución de los premios, la severidad del castigo, la integridad del magistrado, la buena elección de los ministros, la conservación de los privilegios y costumbres, la educación de la juventud, la modestia de la nobleza, la pureza de la moneda, el aumento del comercio y buenas artes, la obediencia del pueblo, la cordialidad, la abundancia y la riqueza de los erarios.

Con estas artes se mantienen los estados; y aunque en todos se requiere mucha atención, no los menester...
tanta los heredados por sucesión de padres a hijos; porque, ya convertido en naturaleza la dominación y la obediencia, viven los vasallos aliviados de que fue la corona institución, y no propiedad. Nadie se atreva a perder el respeto al que un haciendo reconocido por seño.

Todos temen en el sucesor la venganza y castigo de lo que cometieron contra el que gobernaban. Compaños de los vasallos sus dueños. El mismo curso de los negocios (que con el largo uso y experiencia tiene ya hecha su madre, por donde se asumen) lo lleva seguro, aunque sea inhabil para el gobierno, como longa un natural débil, deseoso de acertar, y haga buena elección de ministros, ó se los dé el acaso.

En los estados heredados por línea transversal ó por matrimonio es menester mayor cuidado y destreza, principalmente en los primeros años del gobierno, en que suelen peligrar los sucesores que con demasiado celo ó con indudoso deseo de gloria se oponen á las acciones y costumbres de sus antecesores, y entran innovando el estado pasado sin el recato y moderación que es menester, am am no se tráta de reducir de mal en bien, porque la sentencia de Platon, que todas las mutaciones son peligrosas sino es la de los males, no parece que se puede entender en el gobierno, donde corren grandes riesgos si no se hacen poco á poco, á imitación de la naturaleza, que en los pasajes de unos extremos á otros interpose la templanza de la prudencia y del eterno entre los rigores del invierno y del verano. De gran riesgo y trabajo es una mudanza repentina, y muy fácil la que se va declinando dolcemente. En la navegación el peligro es enredar las velas, haciendo el carbo, porque para de repente del uno al otro costado del bajar. Por eso conviene mucho que cuando entran á gobernar los príncipes, se dejen llevar del movimiento del gobierno pasado, procurando reducir á su modo con tal dulzura, que el pueblo antes se halle de la otra parte que reconozca los pasos por donde lo han llevado. Tiberio no se atrevió en el principio de su imperio á quitar los jueces públicos, introducidos por Augusto. Pocos meses le duró á Galba el imperio, porque entró en él castigando los excesos y reformando los donativos y no facilitando las novedades y desenvolturas introducidas en tiempo de Neron: tan hecho ya á ellas el pueblo, que no menos ambas entonces los vicios que veneraba antes las virtudes de sus príncipes. Lo mismo sucedió al emperador Pertinax porque dió luego á entender que quería reformar la disciplina militar, refijada en el imperio de Comodio. También cayó en este error el rey de Francia Luis XI, el cual entró á reinar hacinado grandes justicias en personas principales. Como es vicio del principado antii

80 Ancep, el operario nunca está mal adiestrado, que sube, y con quedan violenta suscripción; facilitar atraer, que acariciar, el público declinando El. (Aríst., lib. 2, Pol.)

81 Sed jubes a per tot tonos nulligis habitum, nondum audite ad duratura habitum. (Tacc., lib. 1, Ann.)

82 Ancheh consperrantes vetem disciplinam, atque ha que sus teroquem amissi á Neronse adeccias, in haud minus vita Prin- cipum amamor, quin aliam vires venerabantur. (Tacc., lib. 1, Hisp.)

83 Atque al anterior ha quedado lamento, que pronto causa, quae tumultus ingenii, et quem consplices, eum de gubna emoltem intemperant. (Tacc., lib. 1, Ann.)

84 Tunc fessam falsi Principatus promiscuit, eae maxima declinam, quem quercus igniagis invidia. (Tacc., lib. 1, Ann.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

justicia, las honras y las haciendas; porque sólo este consuelo tienen los vasallos asustados, que sí fueren bueno el príncipe, los tratarán bien como a los presentes; y si fue mala, topará primero con estos sus tiranos 50; pero, porque así siempre somos negros reinos anuncias las nevadas y neblinadas, y deseamos un príncipe presente que los gobierne por sí mismo, y no por otros, conviene que se pase nada sin la aprobación de ellos que se hiciera y prevenga para los casos, usando de los medios que dirémas para la conservación de los reinos adquiridos con la espada.

Los imperios electivos que dio la gracia, la misma gracia los conserva, aunque este suelde durar poco; porque, si bien todos los imperios nuevos se recében con aplauso, en este se cae luego. En la misma nación, cuando Saul fue elegido rey, empezó el pueblo a descontentar del y a despreciarle 51, aunque fué de Dios su elección; pero hay artes con que pudo el elegido mantener la opinión concebida de sí, procurando conservar las buenas partes y cualidades que le hicieron digno de la corona; porque se mudan los hombres en la fortuna próspera. Tibério tuvo buenas costumbres y nombre cuando fue particular y vivió delante del imperio de Augusto 52. De Galba se dice lo mismo 53. Su grato y apacible con todos; más agradecía y liberal con los que le eligieron, y benevolencia fue lo que contradijeron; cesaba del bien público y de la conservación de los privilegios y costumbres del reino. Aconséjese con los naturales, empleándose en los cargos y oficios, sin admitir forasteros ni dar mucha mano a sus parientes y amigos. Mantenga modesta su familia, mazelo con el agrado y la justicia con la elección; gobierne el reino como heredado, que ha de pasar a los suyos, y no como electo, desfriándose en su tiempo; en que suele no ser posible a los pueblos un reino breve 54, siendo muy dificultoso el templarlos en la grandeza que ha de marcar con nosotros 55.

Es menester también que el príncipe viva la paz, porque los reinos efectivos tienen por señal que tiene valor para dobar a otros, y aman al que trata sus conservación (como sucede a Polonia), conviniendo que todos los reinos fueron efectivos en sus principios, y que con ambición de extenderse, perdieron la libertad que quisieron usar de los otros, adquiriendo nuevas provincias; porque la grandeza de muchos estados no puede mantenerse firme a los accidentes y peligros de la elección; y las mismas armas que los conquistan, los reducen a monarquía hereditaria, que es lo que dió por excusa Galba para no volver el imperio al orden de república 56.

26 Sed prompti aditus, obsita coniun, ignotus Parthis virtutes, nova villa; et quia ipsorum majoribus aliter, ineunte odior praet, concretus, societatis. (Tac., lib. 2, Ann.)

27 Quod est prima in hostia festinatum, et cultum Armenorum aemulaturn, venato, opulent, et quae alta barbari celebrant, procerum plebemque justa devocabat. (Tac., lib. 4, Hist.)

28 Novus imperium inchoantibus titles elementae fama. (Tac., lib. 4, Hist.)

29 Mar., Hist. Hisp., i, 10, c. 8.

30 Laudaferis Principum usus ex aqua, usque ad praecedentibus; sacri pravissim ingruit. (Tuc., lib. 4, Hist.)

31 Nunc salvare nos poterit ille! Et desperare cum, et non aliudiam innumerum. (f. Reg., 10, 27.)

32 Pygea, vita, facerum, quand quiratus, vel in imperius sub Augusto fuit. (Tac., lib. 4, Hist.)

33 Major privati visus, dum privatis ficti. (Tac., lib. 1, Hist.)

34 Non parcer populos Regnum brevi. (Statius.)

35 Difficultas est temporae felicitati, que te non patet diu usu.

36 Si mancans imperii corpus stare, se librar sine rectore
Los reinos electivos aman la libertad; y así, conviene gobernarse con ella, y que siempre se muestre el príncipe de parte de la elección, porque en ella tienen librada su libertad; y en descubriéndose que trata de reducir a sucesión la corona, la perderá.

En los estudios adquirió con la espada, con mayor dificultad adquiere que mantiene la violencia; porque antes ser potros indómitos, que todo el trabajo está en ponerse sobre la silla, riñiéndose después al peso y al hierro. El temor y la adversidad abren los caminos a la dominación; y todo eso, como son fiestas aquellas luchas, se desbordan contrariamente su pudiendo, y se menester confirmarlas con buenas artes, principalmente en los principios, cuando por las primeras acuerdos se hace juego del gobierno futuro, como se hizo del del Vitelio, odiado por la muerte de Dolabela; y aunque dijo Pison que ninguno había mantenido con buenas artes el imperio alcanzado con maldad, sabemos que con ellas el rey don Sancho legitimó el derecho dudoso del reino que ganó con la espadita. Los principios que quisieron mantener con la violencia lo que adquirieron con ella, se perdieron pronto. Esta mala razón de estado destruyó a todos los tiranos, y si alguno se conservó, fue trascindiendo la tiranía en democracia y la crueldad en elección. No se puede mantenerse el vicio si no se substituye la virtud. La ambición que para adquirirla fue injusta, trae consigo para conservarse en el celo del bien público. Los vicios aman al príncipe por el bien común y particular que reciben del; y como lo consigan, convierten fácilmente el temor en reverencia y el odio en amor. En que es menester advertir que la muerte de los vicios ya conocidos no sea tan repentina y afectada, que nazca del engaño, y no de la naturaleza, la cual obra con tiempo. Esto conoció Oton, juzgando que con una súbita modestia y gravedad antigua no podía reforzar el imperio adquirido con maldad. Mas temo el pueblo tal las transformaciones que los mismos vicios, porque de ellas arguye mayor malicia. La virtud artificial es poco que la maldad, porque está ejecutada por medio de aquella.

Augusto César fue valeroso y prudente en levantarse con el imperio y en mantener, y puede ser ejemplar a los demás príncipes. De diez y nueve años se mostró digno del, sustentando las guerras civiles. Después entonces comenzó a fabricar su fortuna. No se alcanzó con mercedes, sino con imborcados. Un viento lo hizo emperador, valiéndose de la pasión, igual eran, a que RESPONSABILIDADES incapaces. (Tác., lib. 4, Hist.)

ocasión y de la prudencia. De la ocasión, porque las armas de Lepido y Antonio cayeron en sus manos, todos eran ya pesadas las guerras civiles. No había armas de la república, ni quiso lo hiciera oposición, por habrá habido acabo los hombres de valor, de la guerra o perseguidos de la proscripción. Abarcarían las provincias el gobierno de república, y mostraban deseas mudanzas en él. Las discordias y males intereses necesitaban del remedio ordinario de convivencia en monarquía la aristocracia. Todas estas causas le facilitaron el imperio, ayudadas de su prudencia, y después se sustentó con estas artes. Granjó la plena, definiéndolo con la autoridad de tribuno. Por escuchar el odio, no eligió el nombre de rey ni de dictator, sino el de príncipe. Dejó un pidi el magistrado. Ganó la voluntad de los soldados con dulzura, la del pueblo con la abundancia, y a los unos y a los otros con la dulzura de la paz, con el agrado, la benignidad y la clemencia. Hizo mercader a sus émulos. Favoreció con riquezas y honores a los que se adelantaban en su servicio. Pocas veces usó del rigor, y entonces no por pasión, sino por el sosiego público. Cautivó los ánimos de todos con la elección, usando del bien el decoro del príncipe. Era justiciero con los súbditos y modesto con los confederados. Hora es necesidad en no permitir las desventuras de su hijo unido. Procuró que se conservasen las familias nobles, como se vió en las mercades que hizo a Marco Hortolano. Castigó severamente las sátiras contra personas ilustres, y desprecó los libelos infamatorios contra su persona y gobierno. Trató de la política y oratoria de Roma.

Lepidi, al que Antoni se arrojo Augustus cessation. (Tác., lib. 4, Ann.)

Cuncta discordi resistit. (Ibíd.)

Nulla jam publica armen. (Ibíd.)

Nulla adversando, eam benefaciens per actus, acta proscribunt excerti. (Ibíd.)

Neque Propeinest. Illus. eum statum abundat, aspera. Sonatus, popullique imperio ab certamine potentiam, et atque civitates. (Ibíd.)

Non ulla discordia partibus remedium tesse, quod etiam uno rege retiner. (Ibíd.)

Ad iudicium plebis Tribunulis. (Ibíd.)

Non Regno tamet, quod Dictura, sed Principis nonnem constitutiam Romanam. (Ibíd.)

Ratdam Magistraturn vocabula. (Ibíd.)

Subitum deos. (Ibíd.)

Nolens omnes. (Ibíd.)

Cumdo aulicis et feliciter. (Ibíd.)

Hic Antonius, ut inter se patris atque vici, malo Lepido concessisse. (Ibíd.)

Quanto quis servitio prompti: opibus et honoribus exultet. (Ibíd.)

Pauca admodum vi tradi, quae cantari quies esset. (Ibíd.)

Augustus promptius se profugius, quae de príncipe, eliqua fuit. (Ibíd.)

Jus apud elios, modestiim apud sedes. (Ibíd.)

Ob impudicitiam illius, et nefatis, quos orbe deplavit. (Tác., lib. 5, Ann.)

Heavit a dito Augustus liberitatis deiis sedestitum docete uxorem, quod clarissima exequiatur. (Tác., lib. 2, Ann.)

Primo Augustus euglossimus deo famolis libidines, specie legis eis trahit, communes Cassii Severi libidines, qui utis tum quomediis illustribus procula scriptis diffamaverint. (Tác., lib. 4, Ann.)

Stephipius divus Julium, ipsos divos Augustos, ut tutebatur, et reliquie: haud facilis exiguissima, moderatissima magis, an egresius. (Tác., lib. 4, Ann.)

Ob urbon ipsum magnificum ornatu. (Tác., lib. 1, Ann.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

pasó término fijos al imperio, teniendo (como se ha dicho) un libro de sus rentas y gastos. Fundó un cuerpo militar, y distribuyó de tal suerte las fuerzas, que diese los hombres de esta manera. Con estos hombres edificó y acercentamientos púnicos, que estaban más el pueblo romano lo presente y seguro que lo pasado y peligrosa 
con que se hizo amar la tierra. No refiero estos actos para enseñar a ser tirano, sino para que sea bueno el que ya es tirano, acompañándolos con el temor nacido de la fuerza, porque lo que se guía con las armas, con las armas se conserva; y así, conviene mantener tales estados con fuerzas levantadas con tal arte, que no parezcan afrenta de la libertad del reino, sino seguridad contra las invasiones externas, y que el presidio custodia, y no desconfianza; porque está en la última desesperación a los súbditos. Los españoles se ofendieron tanto de que Constantio, apellidado César, disearo y estrangular la guardia de los Pirineos, dando de su lealtad, que llamaron a España (aunque en grano del estado) a los vanidos, alanos, suevos, y a otras naciones. La confianza hace fieles a los súbditos: por esto los Scipiones concedieron a los cetíceros que no tuviese alojamientos distintos y que militasen bajo de las banderas romanas, y Augusto tuvo guardia de españoles suyos de la legión Calaguritana.

Procure el príncipe transformar poco a poco las provincias adquiridas en las costumbres, traer, estilos y lengua de la nación dominante por medio de las colonias, como se hizo en España con las que se fundaron en tiempo de Augusto, a que fácilmente se dejan influir las naciones, porque siempre limitan a los vecinos, los que,iendo en pares a ellos en los trajes y costumbres, y en estimar sus privilegios y honores que los propios: por esto los romanos daban a sus amigos y confederados el título de ciudadano, con que los mantenían fieles. El emperador Vespasiano, para granciar los españoles, les comunicó los privilegios de Italia. Las provincias adquiridas, si se mantienen como extrañas, siempre son enemigos. Esta razón movió al emperador Claudio a dar los honores de la ciudad de Roma a la Galia Comata, diciendo que los judeos y los alegreños se iban perdiendo por tener por extraños a los vecinos, y que Roma no un día tuvo a muchos pueblos por enemigos y por ciudadanos. Con estos y otros medios se van haciendo naturalmente los dominios extranjeros, habiéndolos prescrito el tiempo, perdida ya la memoria de la libertat pasada. Esta política se desproporció en España en su restauración; y estando en más conservar para su nobleza que marcharse con la sangre africana, no participó sus privilege

65 Mari Oceano, autumnus longinquus septem Imperium. (Tec., lib. 1, Ann.)
66 Regiones, Provincias, olanos, canela inter se commut. (Ibid.)
67 Sevca ex rebus usuri, uta et praesentia, quam vocet e peculiaria maltam. (Ibid.)
68 Quod alius exito laedemdominatis, et Athenienses salut, quanquam arma pollicent, nisi quod vicui pro alicenecat acerbar? At consul obserb Romani tamen suprema salut, ut peregrino popolo cedem die huc, dea elices habuerit. (Tec., lib. 1, Ann.)
69 leges y honores a los reinos de aquella nación; con
70 que, unidos, conservaron juntamente con el olvido sus
71 estilos, su lengua y su cultura, y fue monarca ex-
72 pelicullos de todo punto; y privarse de tantos vascos
73 que provechoso a la cultura de los campesinos, no sin admiración de la razón del estado de otros príncipes, vieron ante de espumar el esplendor de la nobleza a la convivencia, y la religión a la prudencia humana.

En las mudanzas de una forma republicana a otra diferente es conveniente tal arte, que totalmente no se halle el pueblo nuevo en ellas, ni echá ello una forma del gobierno pasado, como se hizo en la expulsión de los reyes de Roma, constituyendo con tanto destreza lo sagrado lo profano, que no se convirtiera la falta de los reyes, que cuidaban de lo uno y de lo otro; y cuando después se convirtió la república en imperio, se mantuvieron los nombres de los magistrados 65 y el orden de senado con una imagen de libertad, que afirmó el principado 66. La misma hicieron en Florencia los duques de Toscana. Desta razón de estado fue gran maestro el emperador Augusto, disponiéndolo algunas cosas, y dejando otras para después, teniendo que no le sucediera bien si juntamente quisiese trasforar y trocar los hombres 67. Pero más digno de admiración fue Samuel, que mandó al gobierno y policía del pueblo de Dios sin que a alguno pareciera mal 68. Con tal prudencia se han de ir poco a poco deshaciendo estos sombreros de libertad, que se van quitando de los ejes al mismo paso que se va arrastrando el dominio. Así jugaba Agricola que se hablaba de hacer en Bretaña 69.

Ninguna fuerza mas suave y mas eficaz que el beneficio para mantener las provincias adquiridas. Aun a las cosas inanimadas adoraban los hombres y las atribulan deidad si ellas recibían algun buen. Fácilmente se dejan los pueblos engañar del interés, y no reparan en que tenga el cepdio la mano que da, aunque sea extraña. Los que se dejan obligar con beneficios y falan a su obligación natural, no pueden después maquinar contra el príncipe, porque no tienen súquito, no habiendo quien se prometa buena fortuna de un ingrato. Por lo cual Scipión, ganada Cartago, mandó restituir sus bienes a los naturales; y Sertorio ganó las voluntades de España bajando los tributos y haciendo un senado de españoles como él de Roma. Para afirmar su corona moderó el rey Evrigil 70 las imposiciones, y perdonó lo que se debía a la Cátedra. Los romanos en las provincias delbos abajaban los tributos

65 Redim Magistraturn vocabant. (Tec., lib. 1, Ann.)
66 Sed Tiberius ex Principes sitis exqui, imaginem antiquitatis Semanti praebat. (Tec., lib. 3, Ann.)
71 Non omnia statim, ut decantam acceps, est, verum, ne parum succedent, si simul humanas transire et invenire vellet; sed quaem del ex tempore disposit, quiesc ratione tempus. (Hom.)
72 Removit Imperium, et usus Principes in glbe suas, et non acceperit illum homo. (Esto., 40, 10 et 22.)
73 Ego adversus Britanniam professus, si Romani ubique arma, el vel ad fama libertatis tollerant. (Tec., in sae Agrie.)
74 Mar., Ills. Hisp., I. 6, c. 17.
por hacer suave su dominio 75. Mas sienten los pueblos la avaricia del que domina que la servitumbre, como lo experimentaron los romanos en la rebelion de Fries 76; y asi, ha de sufrir mucho el principio de cargar con tributos las provincias adquiridas, y principalmente de introducir los que se usan en otras partes, porque es aborrecida tal introduccion. Los de Capadocia se rebeleran porque Arquelao las echaba imposiciones al modo de Roma 77.

La modestia es conveniente para mantener los reinos adquiridos. Mas atuldo el senado romano que Julio Cesar no se levantara á los senadores cuando adentraron en el Senado, que la perdida de su libertad. Arzdivido deste Tiberio, les hablaba breve y modestamente 78. Mas atiende el pueblo á los accidentes que á la substancia de las cosas, y por vanas pretensiones de autoridad se suel perdor el aplauso comun y caer en aborrecimiento. A Seye no le parecio que era mejor desprecinar infinites apariciones de grandez y aumentar el verdadero poder 79. Los romanos atiendan al aumento y conservacion de su imparte, y no hagan caso de vanidades 80. Por esto Tiberio, como prudente estadista, fui gran despreciador de honores 81, y no consistió que España, Utierr le levantase templos ni que le llamasen padre de la patria 82, reconociondo el peligro de una ambiticion desordenado, que da á todos en los ojos 83. Observando esta razon de estado los duques de Florencia, se muestran muy humanos con sus vasallos, sin admitir el duro estilo de portarse cuando pasan, como se usa en Roma. Habiendo Castilla negado la obediencia á los reyes, no dió nombres vanos de grandez á los que habian de gobernar, sino solamente de jueces, para que fuesen mas bien admitidos del pueblo. Con esta prudencia y moderacion de animo el rey don Fernando el Catolico no quiso (muriendo la reina doña Isabel) tomar titulo de

75 Quadem ex Regis tributis diminuita, qua militia Romanorum
Imperium spectatur. (Tasc., lib. 9, Ann.)
76 Pasen ensrro, nostra magis avaritas, quam obsequiis impatientes. (Tasc., lib. 4, Ann.)
77 Quia nostro in medium defeceris, spat tributa adige:
Hatur. (Tasc., lib. 5, Ann.)
78 Verba fuere paues, et sensu permodeste. (Tasc., lib. 1, Ann.)
79 Et misereab latim, adepsa tantum numero, sublicito
que lohabien, verbo potentia experti. (Tasc., lib. 4, Ann.)
80 Apud quos vict Imperii valet, insanat transitimur. (Tasc.,
lib. 15, Ann.)
81 Valdibus alquei spenendis honoribus. (Tasc., lib. 4, Ann.)
82 Nomen Patris patrias Tiburiae a populino seculum ingens
regudisti. (Tasc., lib. 1, Ann.)
83 Caesarae meritus incepta, quamque plus adeptus foret,
 tanto se magis in lucro dictamin. (Tasc., ibid.)

rey, sino de gobernador de Castilla. Algunas potencias en Italia, que aspiran á la majestad real, conocida con el tiempo (quiera Dios que no en pago del discurso) que el apertarse de su antigua modestia es dar en el peligro, parturandose el publico sostenio; porque no se podrá Italia sufrir si misma si se viere con muchas cabezas coronadas. Con menos inconvenientes se suelen dilatar los terminos de un estado que mudar dentro de sí la forma de su grandezza, ó en competencia de los mayores ó en desprecio de los iguales, con que unos y á otros se incita varmente. De la desigualdad en las comunidades resulta la dominacion comun. El estar en ellas y no verse el principio, es lo que las mantiene libres. Si se siembran espíritus regios, nacera deseo de monarquia que accechen á la libertad.

La paz, como decimos en otra parte, es la que mantiene los reinos adquiridos, como son paz cuidados y armada, porque da tiempo para que la posesion prescriba el dominio y lo de titulo justo, sino que perdiendo la guerra, la cual confundo los derechos, ofrece ocasiones á los ingenios inconstantes y mal contentos, y quita el arbitrio al que domina; y asi, no solamente se ha de procurar la paz en los reinos adquiridos, sino también en sus confines, porque facilmente salta las eventuales del fuego vecino, y pasan las armas de una partes á otras, encendido su furor en quien las mira de cerca; que es la razon que obliga al rey Filipe III á tomar las armas contra el duque Carlos Emanuel de Saboya cuando quiso despasar del Monferrato al ducado de Mantua, procurando su majestad que la justicia, y no la espada, decidiese aquellas pretensiones, porque no pudiese la quietud publica de Italia por los anos de uno. El mismo peligro curro hoy, si no se componen las diferencias que han obligado á levantar las armas á todos los potenciados; porque, desunida una vez la espada, ó la venganza pienza en satisfaciase de agravios recibidos, ó la justicia en recobrar lo injustamente usurpado, ó la ambiencia en ampliar los dominios, ó el mismo Marte armado quiere probar el acero.

Cierro el discurso desta empresa con cuatro versos del Tasso, en que pone cosi gran juicio los verdaderos fundamentos con que se ha de establecer y conservar un nuevo reino.

E funder Bomondo al nasso regno
Suo d Antiochia alli principii mira:
Et leggi imporre, atribuir consue:
Et ardi, e culto di verane Nunz.

84 Tasc., cant. 1.
EMPRESA LX.

La saeta impelida del arco, ó sube ó baja, sin suspendercerse en el aire; seañante el tiempo presente, tan imperceptible, que se puede dudar si antes dejó de ser que llegase; ó como los ángulos en el círculo, que pasa el agudo ó ser obtuso sin tocar en el recto. El primer punto de la consistencia de la saeta lo es de su declinación. Lo que mas suba, mas cerca está de su caída. En llegando las cosas á su último estado, han de volver á bajar sin detenerse. En los cuerpos humanos lo notó Hipócrates, los cuales, en no podrán mejorar, no pueden subsistir, y es fuerza que empeoren 1. Ninguna cosa permanente en la naturaleza. Estas causas seguían las cielos nunca paran, y así tampoco los efectos que imprimen en las cosas, a que Sócrates atribuyó las mudanzas de las repúblicas 2. No son las monarquías diferentes de los vivientes ó vegetales. Nacen, viven y mueren como ellos, con salido firme de consistencia; y así, son naturales sus caídas 3. En creciendo, descrecen 4; nada interviene en la declinación de la mayor fortuna. El detenerla en empezando á caer es casi imposible. Mas dificultoso es á la majestad de los reyes bajar del sumo grado al medio, que caer del medio al inferior; pero no suben y caen con iguales pasos las monarquías, porque las mismas partes con que crecieron les son después de peso, el cual con mayor inclinación y velocidad baja, apeteciendo el sosiego del centro 5. En doce años levantó Alejandro su monarquía, y cayó en posos, dividiendo en cuatro señores, y después en diversos.

Muchas son las causas de los crecimientos y desacrecimientos de las monarquías y repúblicas. El que las atribuye al acaso 6, al movimiento y fuerza de los astros, ó á los números de Platon y años climatéricos, niega el cuidado de las cosas inferiores á la Providencia divina. No desprecio el gobierno destos orbes quien no despreció su fábrica, pues incapaz y no cuidaría de la fuerza acusar su misma acción. Si para iluminar el cuello de un pavo 7 ó para pintar las alas de una mariposa, no le di Dios de otro sus pluves 8, ¿cómo creeremos que deja el acaso los imperios y monarquías, de las cuales pende la felicidad ó infelicidad, la muerte ó vida del hombre, por quien crió todas las cosas? Impiedad sería nuestra el creerlo, ó soberbia, para atribuir á nuestro mismo caueto los sucesos. Por el reinan los reyes, por ella se distribuyen las cosas; y si bien en su conservación ó perdida dejaron correr las inclinaciones naturales, que ó nacieron con nosotros ó son influídas, y que con ellas se haba libre abriendo sin obligar su libertad, con el mismo obra, disponiendo con nosotros las fábricas ó ruinas de las monarquías; y así, ninguna se perdió en que no haya intervenido la inprudencia humana ó sus elegas pusiones 9. No sé si me atrevo á decir que fueran los imperios perpetuos si en los principes se ajustara siempre la voluntad al poder y la razón á los acuos.

Teniendo pues alguna parte la prudencia y consejo humano en las declinaciones de los imperios, bien podríamos calulles sus causas. Las universales, que comprenden á todos los reinos, ó adquiridos por la sucesión ó por la elección ó por la espada, son muchas; pero todas se podrian reducir á cuatro fuentes, de las cuales nacen las demás, así como en el horizonte del

---

1 Nec enim in melius verit, nec die sistere valent; reliquum est, ut in detiner dilahanet. (Hippocr.)
2 Qui causas esse tradit, quod nihil perpetuo maneat, sed omnia mutum ordinarium munterat. (Arist. lib. 5, Pol.)
3 Naturales esse conversiones Rerumpublicarum. (Cicer. lib. 2, de nat. Deor.)
4 Rex num majestatem difficiles in annum fas algorithm ad medium decratur, quanm qui regibus ad ima praesidialis. (Liv.)
5 Pati maligna perpetuumque in omnibus rebus lex est, ut ad summam percuta, rursus ad innumerus velocibus quidem, quanm ascendenunt, relabatur. (Senes.)
6 Ego tu campestr, omnia regna, civitates, nationesque usque ad prosperas imperiorum habuisse, donec aedem verae consilia valuerunt; ubi autem graia, timor, voluptas su corrupere, post paul. immaculate aepes, unde adeuampion imperium, postrema servicia impotia est. (Salust.)
mundo sólo es de cuatro vientos principales muchos colaterales. Estas causas son la religión, la honra, la vida y la hacienda. Por la conservación de ellas se instituyó la compañía civil, y se sujeto el pueblo al gobierno de uno, de pocos o de muchos; y así, cuando ve que alguna de estas cuatro cosas padece, se alborota y muda la forma del gobierno. Dóllas tocaríamos algo con la brevedad que pide esta obra.

La religión, si bien es vínculo de la república, como hemos dicho, es la que más la desunión y reduce a varias formas de gobierno cuando no es una sola, porque no puede haber concordia ni paz entre los que sienten diversamente de Dios; pues si la diversidad en las costumbres y trajes hace opuestos los ánimos, ¿qué hará la inclinación y fidelidad natural al autor de lo criado, y la rabia de los celos del entendimiento en el modo de entender lo que tanto importa? La ruina de un estado es la libertad de conciencia. Un oriente a los ojos, como dijo el Espíritu Santo, y un dardo al corazón son entre sí los que convienen en la religión? Las obligaciones de vasallaje y los mayores vinculados de amistad y sangre se descomponen y rompen por conservar el culto. Al rey Witerico mataron sus vasallos porque había querido introducir la secta de Asta, y también a Wita, porque alteró los estilos y ritos de la religión. Galicia se alborotó contra el rey don Frunls por el abuso de los castigos de los obispos. Luego que entró en los Países-Bajos la diversidad de religiones, faltaron a la obediencia de sus príncipes naturales.

La honra también, así como defiende y conserva las repúblicas y obliga a la fidelidad, la aude perturbación por preservarse de la infamia en la ofensa, en el desprecio y en la injuria, interponiendo los vasallos el honor a la hacienda y a la vida. A los africanos llamó a España el conde don Julian cuando supo que el rey don Rodrigo había muerto el hombre de la Cava, su hija. Los hidalgos de Castilla tomaron las armas contra el rey don Alonso el Tercero porque les quiso romper sus privilegios y obligaciones a pechar. No pudieron sufrir los vasallos del rey de Leon don Ramiro el Tercero que los tratase dura y servilmente, y se levantaron contra él. Las alianzas recibidas siempre están inclinando a venganza contra el príncipe. La desestimación obliga a sediciones, ya el príncipe la tenga de los vasallos, ya el rey, cuando no tiene las partes y calidades dignas de príncipe, juzgando que es vitéz obedecer a quien no sabe mandar ni hacerse respetar, y vive desdichado del gobierno; como lo hicieron los vasallos del rey don Juan el Primero de Aragón, porque no atendía a los negocios; los del rey de Castilla don Juan el segundo, porque era incapaz del sepulcro; los del rey don Enrique el Cuarto, por sus vicios y poco decoro y autoridad; y los del rey don Alonso el Quinto de Portugal, porque se dejaba gobernar de otros. No menos suelen los súbditos por agravio y mengua el ser mandados de extrañeros, y que entre ellos se repartan las dignidades y mercedes; porque (como dijo el rey don Enrique 12) los suscriban que en nuestros reinos haya falta de personas dignas y hábiles. Lo cual dió motivo a los movimientos de Castilla en tiempo del emperador Carlos V. Lo mismo sucede cuando los hombres son mal repartidos, porque no lo pueden sufrir los hombres de gran corazón, teniendo por desprecio a unos de menos mérito sean preferidos a ellos 14.

La mayor enfermedad de la república es la inconsciencia y lascivia. Dóllas nacen las sediciones, las mudanzas de rainos y las ruinas de príncipes, porque tocan en la honra de muchos, y las castiga Dios severamente. Por muchos siglos cubrió de cenizas a España una deshonestidad. Por ella cayeron tantas plagues en Egipto 15, y padeció David grandes trabajos en su persona y en las de sus descendientes 16, perseguidos y muertos casi todos a cubierto. No es menor peligro en la república el haber muchos excluidos de los cargos, porque son otros tantos enemigos della 17, no habiendo hombre tan ruin y que no apetece el honor y sienta verse privado del 18. Este peligro corren las repúblicas donde un número cierto de nobles goza del magistrado, excluidos los demás. La tercera causa de las mudanzas y alborotos de los reinos es por la conservación de la vida, cuando los súbditos tienen por tan flaco y cobrado a su príncipe, que no los podrá defender; y no abrense por su seriedad, como el rey don Alonso el Décimo, o por su cruelidad, como el rey don Pedro; o cuando le tienen por injusto y tirano en sus acciones, y peligra en sus manos la vida de todos, como el rey don Orduna 19 por la muerte que con mal trato dió a los condes de Castilla, de donde resultó el morder de gobierno.

La última causa es la hacienda, cuando el príncipe consume las de sus vasallos; lo cual fué causa para que don García, rey de Galicia 20, perdiese el reino y la vida; y cuando disipa progresivamente las rentas reales, perde de que se valió don Raimundo para dar la mueble a su hermano el rey de Navarra don Sancho; y cuando Señora multitud quiden gravitare teri inegualidades patrimonio, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)

Non multitud quidem gravitare teri inegualitates patrimonii, praestantes auri viri donum inegualitate. (Aríst., lib. 9, Pol.)
do es avariento, como el rey don Alonso el Sabio; y cuando por el mal gobierno se padece necesidad, se altera el precio de las cosas, y falta el comercio y trato, lo cual hizo también auido al mismo rey don Alonso; y cuando está descoronada la moneda, como en tiempo del rey don Pedro de Aragon el segundo y de otros muchos reyes, di mal repartidos los cargos útiles de las hcientias; porque la huidia y la necesidad toman al armas contra los ricos, y causan sediciones; y las cuales también mueven de la mala administración de la justicia, de los alojamientos, y de otros pesos que cargan sobre las rentas y bienes de los vasallos.

Fueran estas causas universales y comunes, hay otras muy particulares á cada una de las tres diferencias di-chas de reinos, las cuales se pueden inferir de las que hemos propuesto para su conservación; porque, conocido lo que da salud á los estados, se conoce lo que les da muerte, ó al contrario. Con todo eso me extenderé algo en ellas, aunque con riesgo de tocar en las ya referidas.

Los estados hereditarios se suelen perder cuando en ellos repasa el cuidado del sucesor, principalmente si son muy poderosos, porque su misma grandeza le hace descuidado, despreciando los peligros, y siendo irresoluto en los consejos y temido en ejecutar cosas grandes, por no turbar la posesión quiera en que se halla. No acude al daño con las prevenciones, sino con los remedios cuando ya el suceded, siendo entonces más costosos y menos efectivos. Juzga el aversarse por peligros, y procurando la paz con medios flojos y indeterminados, llama con ello la guerra, y por donde piensa conservarse, se pierde. Este es el peligro de las monarquías, que, buscando otro reposo, dan en las quebrantadas. Quieren parar y cesar. En dejar de obrar enferman. Bien significado esto a la visión de Eneéide, de los cuatro animales diablos, símbolo de los principales y de las monarquías; los cuales cuando caminaban parecía á muchos el rumor de sus alas semejante á la marcha de los escuadrones, y en parando se les caían las plumas. Pero no se menester para mantenerse que siempre hagan nuevas conquistas; porque habrán de ser infinitas y locuras á la injusticia y tiranía. Bien se puede mantener un estudio en la circunstancia de su circunscrito, con tal que la conservación de su actividad, y el ejercicio de su voto y las mismas artes con que llegó á su grandeza. Aquí se conservan dentro de su movimiento; si faltan, se corrompen; pero no es necesario que corran; hasta que se muevan en sí mismas, como sucede á las lagunas agitadas de los vientos. Así las monarquías bien disciplinadas y prevenidas para la ocasión, duran por largo espacio de tiempo sin acusarse en la usurpación. Aunque no haya guerra, se puede ejecutar la guerra. En la paz mantenía C. Cassio las artes de la guerra y la disciplina militar antigua. Si al príncipe le faltare el ejercicio de las armas, se entorpecen en los ojos de la paz; en ella emprender gloriosas acciones que mantengan la opinión. No dejó Augusto en el sosiego de su imperio cubrir de cenizas su espíritu fugaz; antes cuando no había en qué obrar como hombre, intentó obrar como dios, componiendo los movimientos de los otros, ajustando los meses y dando órdenes al tiempo. Con esto un el rey Filipo II levantó aquella insigne obra del Escorial, en que procuró vencer con el arte las maravillas de la naturaleza, y mostrar al mundo la grandeza de su ánimo y de su piedad.

Peligran también los reinos hereditarios cuando el sucesor, olvidado de los institutos de sus mayores, tiene por natural la servidumbre de los vasallos; y no reconociendo dellos su grandeza, los desama y goberna como á esclavos, atendiendo mas á sus fines propios y al cumplimiento de sus aquestos que al beneficio público, convertida en tiranía la dominación; de donde conoce el pueblo una desestimación del príncipe y un odio y aborrecimiento á su persona y acciones, con que se deshace aquella unión recíproca que hay entre el rey y el reino, donde este obedece y aquel manda, por el beneficio que reciben, el uno en el esplendor y superioridad del gobernar, y el otro en la felicidad de ser bien gobernado. Sin esta reciprocidad de vínculo se pierden los estados hereditarios, y se mudan sus formas de gobierno, porque al príncipe que se ve despreciado y aborrecido teme; del temor nace la cruelidad, y de esta la tiranía; y no pudiéndola sufrir, los poderosos se conjuran entre sí, y con la asistencia del pueblo lo expelen, y entonces reconociendo el pueblo dellos su libertad, los rinde el gobierno y se introduce la aristocracia, en que mandan los mejores; pero se vuelve á los mismos inconvenientes de la monarquía; porque, como suceden después sus hijos, haciendo hereditario el magistrado del dominio, abusan del, gobernando á utilidad propia; de donde resulta que, viéndose el pueblo tiranizado de ellos, les quita el poder y quiere que manden todos, eligiendo para mayor libertad la democracia, en la cual no pudiéndose mantener la grandeza, crece la insensatez y la injusticia, y la dominio las sediciones y tumultos, cuya confusión y daños obligan á buscar uno que mande á todos; con que se vuelve otra vez á la monarquía. Esto cíclico suelen hacer las repúblicas, y en el acontece muchas veces perder su libertad cuando alguna potencia vecina se

---

91 Keeper sediciones orborar non solent ob patrimonum, neciamiam ob honorum in equitatem. (Arist. Ilb. 8, Pol., c. 5.)
92 Sed iudicium omnium debi torum non posse, qui cognitum sit quod Republica interius non requirit, ex quoque quae solutum auctor iudicatur, qua contra contrarioribus nec efficaciter. (Arist. 11b. 10, Pol., c. 5.)
93 Tardiora sanctitatis, quam mala. (Tact. de vita Agric.)
94 Cam ambularent, quod sermone est multitudinis et senatus causorum: casus starent, demittemabant pr森oce coram. (Ezech., 1, 31, 32.)
95 Attamen quanta sive bellum debatur, revocare prœcœ murœns, exercitium legiones, cura, provisa utre perioda, se iusti ponderibus rerum. (Tact. 11b. 12, Ann.)
96 Algo tyrannicae ex Regibus, qui moribus, institutis magistratus. (Arist. Ilb. 8, Pol., c. 10.)
97 Nam si non voluntates imperii, prœcœmorum desidet esse regnum. (Arist. Idem.)
vale de la ocasión de sus inquietudes para sujetálas y
dominálas.
Los imperios electivos se pierden, ó el efecto de los
vasallos, cuando no corresponden las obras del elegido
á la opulencia concebida antes, habiéndose engañado la
elección en los presupuestos falsos del mérito; porque
muchos parecen buenos para goberrar antes de haber
gobernado, como parecía Gallia. Los que no concurrían
en la elección, no se aseguraban jamás del elegido,
y este temor les obliga a desear y á procurar la mu-
danza. Los que asistieron con sus votos se prometieron
unto de su favor, que, no viendo cumplidas sus espe-
ranzas, viven quejoso, siendo imposible que el prin-
cipe pueda satisfacer á todos; fuera de que se causa la
gratitud humana de tener delante de sí los instrumentos
de su grandeza, y los aborrece como á acreedores della.
Los vasallos hechos á las mudanzas de la elección las
amaron, y siempre se persuadieron que otro nuevo prin-
cipe sería mejor. Los que tienen votos en la elección
llevan mal que está por largo tiempo suspendido y muer
ta su potestad de elegir, de la cual pende su estabilidad.
El elegido, soberbio con el poder, quiere extenderlo,
y rompe los juramentos y condiciones con que fue eli-
gido; y despreciando los nacionales (cuando es fora-
tero), pone en el gobierno á los de su nación y engran-
dose á los de su familia; con que cae en el odio de sus
vasallos y da ocasión á su ruina, porque todas llevan
mal ser mantenedores de extranjeros. Por triste anuncio de
Jerusalén lo puso Jeremías.
Los imperios adquiridos con la espada se pierden,
porque con las delicias se apaga el espíritu y el valor.
La felicidad perturba los consejos, y trae tan divertidos
á los principes, que desprecian los medios que los pusieron
en aquella grandeza. Llegan á ella con el valor, la ho-
nestidad y el crédito, y la pierden con la flaqueza, el
rigor y la desestimación; con que mudándose la domi-
nación, se muyn con ella el efecto y la obediencia de los
vasallos. Esta fué la causa de la expulsion de los
corregidores en España, no advirtiendo que con las
mismas artes con que se adquirieron los estados, se mantie-
ñen; en que suelen ser meras atenciones los consejado-
res que sus sucesores; porque aquellos para adquirir-
llos y mantenerlos aplicaron todo su valor y ingenio, y
á estos hace desdichados la sucesión. Da donde nace
que casi todos los que ocuparon ramos los mantuvie-
rón, y casi todos los que los recibieron de otros los
perdieron. El Espiritu Santo dice que los ramos pasan
de unas gentes en otras por injusticia, agravios y
genios.

Cierro esta materia con dos advertencias: la primera,
que las repúblicas se conservan cuando están lejos de
aquellas cosas que causan su muerte, y también cuando
están cerca de ellas; porque la confianza es peligrosa
y el temor sencillo y vigilante. La segunda, que nie-
ña la persona del principe ni en el cuerpo de la república
se han de despreciar los inconvenientes ó daños, aunque
sean pequeños, porque secretamente y poco á poco
crecen, descubriéndose después irreparables. Un poco
guapo roza el corazón á un caballo y lo derría. A
ta ene mas favorecida de los vientos dota na pec-
zuelo. Cuanto es mas poderosa y mayor su velocidad,
mas facilmente se deslaza en cualquier cosa que toca.

Ligeras pérdidas ocasionaron la muerta de la monar-
quía romana. Tal vez es mas peligroso un acento que
una enfermedad, por el descuido en aquel y la dila-
gencia en esta. Luego tratamos de curar una fiebre, y
despreciamos una distinción al pecto, de que suelen
resultar mayores enfermedades.

citam assequantur benvigintatu in alta, et bona de se opolose.

Deben ser adecuados, que aunque estén en la impulsa
ión de los que tienen menos medios que los pusieron
en aquella grandeza. Llegan á ella con el valor, la ho-
nestidad y el crédito, y la pierden con la flaqueza, el
rigor y la desestimación; con que mudándose la domina-
nación, se muyn con ella el efecto y la obediencia de los
vasallos. Esta fué la causa de la expulsion de los

99 Omnium consensu capax imperii, nisi imperassent. (Tac.,
Lib. I, Hist.)
99 Exce auditum est in Jerusalem custodes ventri de terra lon-
ginqua, et dare super civitases Juda voces suam. (Jerc., 4, 46.)
99 Illud clarum, testatunqua exemplis est, quod homines fel-

EMPRESA LXI.

Forma la arpa una perfecta aristocracia, compuesta del gobierno monárquico y democrático. Preside un entendimiento, gobiernan muchos dedos, y obedecen un pueblo de cuerdas, todos templadas y todas conformes en la consonancia, no particular, sino común y pública, sin que las mayores discrepen de las menores. Semejante á la arpa es una república, en quien el largo uso y experiencia dispuso los que habían de gobernar y obedecer, estableció las leyes, constituyó los magistrados, distinguió los oficios, señaló los estilos y perfeccionó en cada una de las naciones el orden de república más conforme y conveniente á la naturaleza de ellas. De donde resulta que con peligro se alteran estas disposiciones antiguas. Ya está formada en todas partes la arpa de los reinos y repúblicas, y colocadas en su lugar las cuerdas; y aunque parezca que alguna estaria mejor unida, se ha de tener mas fe de la prudencia y consideracion de los predecesores, encabezados del largo uso y experiencia; porque los estilos del gobierno, aunque tengan inconvenientes, con menos daños se toleran que se reanuen. El principi prudente temle las cuerdas así como están; y no las mude, si ya el tiempo y los accidentes no las decompusieren tanto, que desgastan del fin con que fueron constituidas, como decimos en otra parte. Por lo cual es conveniente que el principi tenga muy conocida esta arpa del reino, la majestad que resulta del, y la naturaleza, condición y ingenio del pueblo y del palacio, que son sus principales cuerdas; porque, como dice el rey don Alfonso el Sabio 4 en una ley de las Partidas: «Saber conocer los omnes, es miude de las causas de que el rey mas se debe trabajar; capases con ellos ha de fazer todos sus hechos, menester es que los conozca bien.» En esto consisten las principales artes de reinar.

Principia est virtus maxima nostra sum.

Los que mas estudiaren en esto, con mayor facilidad

1 L. 15, vit. 5, p. 2.

gobernaron sus estados. Muchos ponen las manos en esta arpa de los reinos, pues salen llevar los dedos por sus cuerdas, y raras son las que conocen su naturaleza y la tocan bien.

Está pues advertido el principi en que el reino es una union fiduciaria de muchas ciudades y pueblos, un consentimiento común en el imperio de uno y en la obediencia de los demás, a que obliga la ambición y la fuerza. La concordia le formó, y la concordia le sustenta. La justicia y la clemencia constituyen en vida. Es un cuidado de la salud ajena. Consiste su espiritu en la unidad de la religión. De las mismas partes que consta, pende su conservación, su aumento y su ruina. No puede sufrir la compañía. Vive expuesto á los peligros. En él, mas que en otra cosa, ejercita la fortuna sus incansancias. Está sujeto á la envidia y á la ida. Mas peligra en la prosperidad que en la adversidad, porque con aquella se asegura, con la seguridad se enoja y con la soberbia se pierde. O por nuevo se descompone ó por antiguo se deshace. No es menor su peligro en la continuación que en la guerra. Por sí mismo se cas cuando ajenas armas no le ejercitan; y en empezando á quedar, no se detiene. Entre su mayor altura y su precipicio no se interpone tiempo. Los celos le dienden, y los celos le suelen ofender: si es muy peñito, no se puede defender; si muy grande, no se sabe gobernar. Mas obedece al arte que á la fuerza. Ama las novedades, y está en ellas su perdición. La virtud es su salud, el vicio su enfermedad. El trabajo le levanta y el ocio le derrumba. Con las fortalezas y confederaciones se afirma y con las leyes se mantiene. El magistrado es su corazón, los consejos sus ojos, las armas sus brazos y las riquezas sus plaz.

Desta arpa del reino resulta la majestad, la cual es una armonía nacida de las cuerdas del pueblo y aprobada del cielo 3. Una representación del poder y un

3 Vivit Donibus qui omnem, et colloquenti me supernolum David patriæ mel. (5, Reg., 5, 51.)
esplendor de la suprema jurisdicción. Una fuerza que se
lleva respetar y obedecer. Es guarda y salud del prin-
cipado. La opinión y la fama lo dan ser, el amor segu-
ridad, el temor autoridad, la ostentación grandeza, la
ceremonia reverencia, la severidad respeto, el adorno
estimación. El rey lo hace venerable. Peligra en el
desprecio y en el odio. Ni se puede igual ni dividir,
porque consiste en la admiración y en la unidad. En
ambas fortunas es constante; el culto la afirma, los
almos y las leyes la mantienen. Ni dura en la soberanía ni
cabe en la humildad. Vive con la prudencia y la benedic-
tencia, y muere a manos del Impetu y del vicio.

El vulgo de cuerdas desta arpa del reino es el pueblo.
Su naturaleza es monstruosa en todo y desigual a sí
mismo, inconstante y varía. Se gobierna por las apar-
encias sin penetrar el fondo. Con el rumo se consulta.
Es pobre de medios y de consejo, sin saber discernir lo
falso de lo verdadero. Judicado siempre a lo peor. Una
misma hora le ve vestido de dos afectos contrarios. Mas
se deja llevar de los que la razón, más el impetu que
la prudencia, más de las sombras que de la ver-
dad. Con el castigo se deja enfermar. En las adulaciones
es disforme, mezclando alabanzas verdaderas y falsas.
No sabe contenerse en los medios; ama el abor-
rece con extremo, o es sumamente agradecido a suma-
mente ingrato, teme o se hace temor, y en embriague,
sin riesgo se desprecia. Los peligros menores le pertur-
ban si los ve presentes, y no lo espantan los grandes:
si están lejos. O sirve con humildad o manda con so-
berbia. Ni sabe ser libre ni deja de servir. En las an-
menas es valiente y en las obras cobardón. Con ligeros
causas se alarma y con ligeros medios se compone.
Si-
gue, no guía. Las mismas demostraciones hace por
uno que por otro. Mas fácilmente se deja violentar que
persuadir. En la fortuna prospera es arrogante y impo-
so, en la adversa rududo y religioso. Tan fácil a la crueldad
como a la misericordia. Con el mismo furor que
favorece a uno, lo perjudica después. Abusa de la des-
mecidad elección, y se precipita con el demasiado ri-
gor. Si una vez se ofrece a los buenos, no lo deñúñan
la razón ni la vergüenza. Fomenta los rumores, los lin-
ge, el crédito, acrecienta su fama. Desprecia la voz
de pocos y siguen la de muchos. Los malos sucesos atri-
uyen a la mofa del ingratado, y las calamidades a
los pecados del príncipe. Ninguna cosa lo tiene mas
obediente que la abundancia, en quien solamente pone
su cuidado. El interés o el deshonor lo contaminan fá-
cilmente. Agradan cae, y aliviado comienza. Ama los
ingenios fofos y precipitados, y el gobierno ampicioso
turbulento. Nunca se satisface del presente, y siem-
pre desca alabanzas en él. Invidia las virtudes o vicios
de los que mandan. Invita los ricos y poderosos y
maquina contra ellos. Ama los juegos y divertimientos,
y con ninguna cosa mas que con ellos se gana su gra-
cia. Es supersticioso en la religión, y antes obedece
a la soberanía que a sus principios. Estas son las
principales condiciones y calidades de la multitud. Para
vierta el príncipe que no haya comunidad o consejo gran-
de, por grave que sea y de varones selectos, en que
no haya vulgo y sea en muchas cosas parecido al po-
pular.

Parte es también desta arpa, y no la menos princi-
pal, el palacio, cuyas cuerdas, si con mucha prudencia
y destrezas no las tocare el príncipe, habrán deshecho
todo el gobierno; y así, para tenerlas bien templadas con-
vien conocer estas calidades de su naturaleza. Es pre-
suntuoso y vario. Por instantes mudan colores, como el
camellón, según se le ofrece delante la fortuna prín-
perra o adversa. Aunque su longitud es común a todos,
no todos lo entienden. Adora al príncipe que muere, y
no se cura del que trasmonta. Espía y murmura sus
aciones. Se acomoda á sus costumbres y remedia sus
faltas. Siempre anda á caza de su gracia con las redes
de la lisonja y aduación, atento á la ambición y al ini-
terés. Se alimenta con la mentira y aborrece la verdad.
Con facilidad crea lo malo, con dificultad lo bueno.
Desea las vanidades y novedades. Todo lo teme y de-
todo desconfía. Saberlo en mandar y humilde en obedi-
cer. Invésito de sí mismo y de los de afuera.
Gran artificio en disimular y cebar sus deseos. Encu-
bre el odio con la risa y las ceremonias. En público af-
ha y en secreto murmuró. Es enemigo de sí mismo.
Vano en las apariencias y ligero en las obras.

Conoció pues este instrumento del gobierno y las
calidades y consonancias de sus cuerdas, conviene que
el príncipe leve por ellas con tal prudencia la mano,
que todas hagan una igual consonancia, en que es ne-
mestre guardar al movimiento y al tiempo, sin deter-
se en favorecer más una cuerda que otra de aquéllas que
conviene á la armonía que ha de hacer, olvidándolas
desde que porque todas tienen sus veces en el instru-
mento de la república, aunque desiguales entre sí y
fácilmente se desconcertarían y harían peligrosas dis-
sonancias si el príncipe diese larga mano á los magis-
trados; favoreciese mucho la plebe ó despreciese la
nobleza; sí con unos guardase justicia y no con otros,
si confundiese los oficios de las armas y letras, si
consejase bien que se mantuviere la majestad con el re-
speto, el reino con el amor, el palacio con la euforia,
la nobleza con la estinación, el pueblo con la abun-
dancia, la justicia con la igualdad, las leyes con el temor,
alas armas con el premio, poder con la prudencia,
la guerra con las riquezas y la paz con la opinión.

Cada uno de los reinos es instrumento distinto del
otro en la naturaleza y disposición de sus cuerdas, que
son las ventanas; y así, con diversa mano y destrezas se
han de tocar y gobernar. Un reino suele ser como la
arpa, que no solamente ha menester lo blando de las
yemas de los dedos, sino también lo duro de las uñas.
Otro es como el clavicordio, en quien cargan ambas
 manos, para que de la opresión resulte la consonancia.
Otro es tan dedicado como la cítara, que aun no susa
los dedos y con una ligera pluma resuena dulcemente.
Y así, está el príncipe muy advertido en el conocimiento
destos instrumentos de sus reinos y de las cuerdas de
sus vasallos, para tenerlas bien templadas, sin tercer
EMPRESA LXII.

Artificial la abeja, encubre cautelosamente el orlo con que trabaja los panales. Hace la obra, y nadie sabe el estado que tiene; y si tal vez la curiosidad quiso acertarla, formando una columna de vidrio, desmiéntelo transparente con un baño de fuego, para que no pueda haber testigos de sus acciones domésticas. ¡Oh prudente república, muestra de las del mundo! Y aten habiéndolo con el dominio universal de los animales, sí, como la naturaleza le dictó medios para su conservación, le habría dado fuerzas para su aumento. Aprendan todos de ti la importancia de un oculto silencio y de un impenetrable secreto en las acciones y resoluciones, y el daño que se descubre el catastrophe y máximas del gobierno, las negociaciones y tratados, los intentos y flujos, los achaques y enfermedades internas. Si hubiera leído esto reciente de las abejas el tribuno Druso cuando un arquitecto le ofreció que le proporcionaría tal manera las ventanas de su casa que nadie le pudiera sojuzgar, no respondería que antes las abriese tanto, que de todas partes se viería lo que hacía en ella. Arrogancia fúe de ingenuidad o confianza de particular, de ministro ni de principipe, en cuyo pech y palacio es menester que haya retratos donde, sin ser visto, se consulten y resuelvan los negocios. Como misterio, se le de comunicar con pocos el consejo. A la deidad que existe sólo levantófras hombra, pero eran subterráneos, significando aún ocultos han de ser los consejos. Por este recato del secreto pudo crecer y conservarse tanto aquella grandeza, conociendo que el silencio es un seguro vínculo del gobierno.

1 Tu ver, inquit, quid in te est, ha campano damum irata, ut quidem in eam, ab omnibus perspici possit. (Vul. Petr., lib. 2.)
2 Habuit eum eis mysterium consiliis sal. (Judith, 2, 2.)
4 Tac. Æv. optimum aequo tutissimum rerum administrandarum simulacrum. (Val. Max., lib. 2, c. 2.)
5 Habeat, quae dedit in suo tuo, custodi clausa eis tuis. (Mich., 7, 3.)
6 Quod Maximas utovi Martiae aperuit, Hla Liviae. (Tac., lib. 1, Ann.)
7 Nihil ex ilia Cremoni hieratium: consulta libros prompta, occulta noceat, ostensis hactenus in periculis ipse verebatur. (Tac., lib. 2, Ann.)
8 Ne accens datur, ne consulta antea, ministrii militant vulgaretur. (Tac., lib. 4, Ann.)
9 Si rursus fuerit capit in ut, recedet a me fortitudine, et dediciam, quoniam aleat fueri humiles. (Judic., 16, 17.)
DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

27 El malice y las perdió. Los desígnios ocultos llaman todos de temor, y llevan consigo el crédito; y aunque sean mal fundados, los hallan después causas razonables el discutir, en la buena opinión. Perderíamos el concepto que tenemos de los principes y de las repúblicas si supusiésemos internamente lo que pasa dentro de sus consejos. Gigan tes son de bulo, que se ofrecen altos y poderosos a la vista, y más amenazan que ofenden; pero si los recorres el miedo, hallarás que son fantásticos, gobernados y suscitados de hombres de no mayor estatura que los demás. Los imperios ocultos en sus consejos y desígnios causan respeto; los demás desprecio. ¿Qué hermoso se muestra un río profundo? Quó se la que describa los ríos y las obras de su madre! A aquel ninguno se atreve a subir, a ésta todos. Las grandezas que se conceben con la opinión se pierden con la vista. Desde lejos es mayor la reverencia. Por eso Dios en aquellas conferencias con Moisés en el monte Sinaí sobre la ley y gobierno del pueblo, no solamente puso guardias de fuego a la cumbre, sino que cubrió con espesas nubes para que nadie los acusase; mandando que ninguno se arriesgase a la falla, se pusi muerte. Ahora para las consultas y órdenes de Dios conviña hacerlas misteriosas con el retiro; ¿qué sería pues en las humanas, no habiendo consejo de sabios sin ignorantes? Cuando salen en público sus resoluciones, parecen compuestas y ordeñando con gran juzgado. Representan la majestad y la prudencia del príncipe, y en ellas suponemos consideraciones y causas que no alcanzamos, y a veces las damos muchas que no tuvieron. Si se oyera la conferencia, los fundamentos y los desígnios, nos ríramos ellas. Así sucede en los teares, donde salen conjuntos los personajes y causan respeto, y allá dentro en el escenario se reconoce su vilenza, toda está revuelta y confusa. Por lo cual es de mayor inconveniente que los misterios del gobierno se comuniquen a forasteros, a las cuales tiene por sospechosos el rey don Enrique el Segundo, y aunque muchos serán fieles, lo más seguro es que no admitimos el manejo de estado ó de in cambiar cuando no son vates ó de igual calidad.

Si el príncipe quisiere que se guardo secreto en sus consejos, délo ejemplo con su silencio y recato en cazar sus desígnios. Imité a Metelo, el cual decía (como también el rey don Pedro de Aragón) que quemarían su camisa si supusiese sus secretos. Haga estudio particular en encubrir su ánimo; porque quien fuere dueño de su intención lo será del principal instrumento de reinar. Conociendo esto Tiberio, aunque de su naturaleza oculto, puso mayor cuidado en serlo cuando trató de suceder a Augusto en el imperio. Los secretos no se han de comunicar á todos los ministros aunque sean muy fieles, sino á aquellos que han de tener parte en ellos ó que sin mayor inconveniente no se puede excusar el hálloles participes. Cuando Cristo quiso que no se publicase un milagro suyo, solamente se lo dijo á tres apóstoles, porque en todos estaría seguro el secreto. Mucha cuidado es monseñor para guardarlo; porque, si bien está en mi estanco, el calor, no está aquel movimiento interno de los afectos y pasiones ó aquella sangre ligera de la vergüenza que en el rostro y en los ojos representa lo que está oculto en el pecho. Suerle el ánimo pasarse como el papel, y se lo por encima lo que está escrito dentro del; como en el de Agripina se traicionó la muerte de Bithúrico, sin que pudiera encubrirla el cuidado. Advertidos estos Tiberio y Augusto, no les pareció que podrían disimular el gusto que tenían de la muerte de Germánico, y no se dejan ver en público. No es sola la lengua quien manifiesta lo que oculta el corazón, otras muchas cosas hay no menos palabras que ellas; estas son el amor, que, como es fuego, abrumará y deja patentes los reflejos del pecho; la ira, que hierve y rebosa; el temor a la pena, la maraza del dolor, el interés, el honor ó la amargura; la vanidad de lo que se concebía, desenreda que se sepá antes que se ejecute; y la encumbración de los sentidos ó por el vino ó por otro accidente. No hay cuidado que pueda desmentir estos espíritus naturales; antes con el mismo se descubren, como sucedió á Scévolo en la conjuración que maquinaba; cuyo semblante, cargado de imaginaciones, maquinaba su intento y lo acusaba, aunque con vagos razonamientos se mostraba inocente. Y si bien con el largo uso se puede corregir su naturaleza y ensamblar al secretó y recato, como aprendió Octavia (aunque era de poca edad) á tener escrito su dolor ó su afeto, y Nerón perfeccionó su natural distúplo en celar sus oídos y desfrazarlos con lujosos engaños, no siempre puede estar el arte tan en su, que no se desvanece y deje cair al movimiento natural, principalmente cuando la malicia lo desperta y incita. Esto sucede de diferentes maneras, las cuales señalará aquí porque el príncipe está advertido y no se deje abrir el pecho y reconocer lo que en él se oculta.

28 Tiberio estaban en rebeldía, quien no oscurecer, nos estaría remedio suspender siempre el obscurar verbo: tú no vives, mismo que has sido punto aburrido. (Tacc., lib. I, Amor.)
29 No permitía interrar aquél quemaban más petróleo, é higienaban esa. (Lac., t. 8, b. 6.)
30 Si te dan en la mentira poderes absolutos, quien haces (Tacc., in virtute Agrippae.)
31 Quantum nequitias in habitabilis eorum, in medio cœnas. (Epist. 54, 10.)
32 At Agriculam in pavor, ex consternatione manentis, quamvis valia premere etc. (Tacc., lib. 13, Amor.)
33 An no omnino oculus valvis oculis scintillavit, falsi I instrumento. (Tacc., lib. 3, Amor.)
34 Aquí hay moneter, el magano cogitaciones manifestados, quamvis fatidal vacías suministraban simulacrum. (Tacc., lib. 13, Amor.)
35 Octavia quaque, quamvis mulieris annus, doctores, claritatem caesaris affectus admodum didicere. (Tacc., lib. 13.)
36 Poetas natura, el consuelo tener, vel corum aliena filia. (Tacc., lib. 14, Amor.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Suele pues la maldad tocar astutamente en el humor pecante para que salte afuera y manifieste los pensamientos 29. Así lo hizo Suyano, induciendo a los pacientes de Agrigpina que encendieran sus espíritus activos, y la obligasen á descubrir su deseo de reinar 27, con que fuése sospechosa á Tiberio.

Lo mismo se consigue con las injurias, las cuales son llaves del corazón. Muy cerrado era Tiberio, y no pudo contenerlo cuando le injurió Agrigpina 28.

Quien encubriendo sus intentos da á entender otros contrarios, descubre lo que se siente de los; artificio que fue válido al emperador Tiberio cuando, para penetrar el ánimo de los senadores, mostró que no quería aceptar el imperio 29.

Es también astuto ardió en entrar á lo largo en las materias alabando á vituporando lo que se quiere descubrir, y haciéndose cómplice en el delito, ganar la confianza y obligar á descubrir el sentimiento y opinión. Con esta traza Luciar, alabando á Germánico, compadeciéndose de Agrigpina y acusando á Suyano, se hizo confidente de Salino y descubrió en él suborrenderimiento y odio contra Suyano 30.

Muchas preguntas juntas son como muchos golpes tirados á un mismo tiempo, que no los puede reparar el cuidado, y desarmar el pecho más cerrado, como lo hizo Tiberio al hijo de Pison 31. Hechas también de

29 Qui pungit cor, profert sensum. (Ecc., 22, 24.)
30 Agrigpina quaque proximi intellebatur pravis sermonibus, tumultus spiritus perstilkatur. (Tac., lib. 4, Ann.)
31 Anillo hunc occulta potestis vossem evocare, correptamine Graeco versu admoneat: Ideo Iesedi, quis non regnare? (Tac., lib. 4, Ann.)
32 Postes cogitationum est, ut introspicientes etiam processorum vestium facta, inductam deliberationem. (Tac., lib. 4, Ann.)
33 Simul honora de Germanico, Agrigpina musem, dissebatur. Et posteaem Sabinus, ut sint molles in calamitate mortuam amant, effundit lacrymas, junxit quesus; audentes jam oreat Sessanus, acetabulum, superiam, est quid ejus, quin in Tiberium essem constravit absinetin, liquescentumes, tanquam vexit miscifis seni, speciem esse umbrion feceo. Ac tam alios Sabinus, quae- rete Luciar, ventitatem domum, iuvales sos quasi ad delinuendum deferre. (Tac., lib. 4, Ann.)
31 Crebis interrogaftionibus exquiril, quasem Piso diem supremum, noctemque exegisse. Ateque illo plebeaque capientem, quae- dam incansibilitas respondente. (Tac., lib. 3, Ann.)

33 Percussit improviso interrogaftione, paululum reticuit. (Tac., lib. 1, Ann.)
35 Etenim vultus affectionem conjecisset. (Tac., lib. 4, Ann.)
30 Non temperante Tiberio, quin promerere voces, valde, in quadriplo exercurmpe interrogafto: acque retellere, aut eludebat, aut se capre etiam consiliiorem orat, ne frustra quaesistisset. (Tac., lib. 3, Ann.)
30 Crebris insipidis sermonibus facta fides. (Tac., lib. 16, Ann.)
30 Non tamen sine una rector, introspiere illa primo aspecta levis, ex quibus magis quoque se capi resolvit molles ostinum. (Tac., lib. 1, Ann.)
EMPRESA LXIII.

Asimismo deben corresponder las obras en sus principios y fines. Perfídelas la forma que han de tomar, sin variar en ella. No deja el alfarero correr tan libre la rueda ni lleva tan inconsiderada la mano, que emplace un vaso y saque otro diferente. Sca una la obra, parecida y conforme á sí misma.

Amphora caepit
Inausti corrente rota, cur uveus exit?
Dempta si quid vis, simplex dumfata, et unum. (Horat.)

Ni una cosa mas dañosa ni mas peligrosa en los principios que la desigualdad de sus acciones y gobiernos, cuando no corresponden los principales á los fines. Despreciando quedo que empezó á governar autóctono y se descuidó después. Mejor le estuviera haber seguido siempre un mismo paso, aunque fuese falso. La abnegación que merecieron sus principios, acusa sus fines. Perdió Galla el crédito porque entró ofreciendo la reformación del milicia, y levantó después en ella personas indígenas. Muchos príncipes parecen buenos y son malos. Muchos discurrían con prudencia y obran sin ella. Algunos ofrecen mucho y cumplen poco. Otros son valientes en la paz y cobardes en la guerra, y otros lo intentan todo y nada perfecionan. Esta disonancia es indigna de la majestad, en quien se ha de ver siempre una constancia segura en las obras y palabras. Ni el amor ni la obediencia están firmes en un principio desigual á sí mismo. Por tanto, debe considerar antes de resolverse si en la ejecución de sus consejos corresponderán los medios á los principios y fines, como lo advirtió Gófrega:

A quel, che sono alti principii orditi
Di tutta l'opera il filo, e l'erro rispondi.

La tala del gobierno no será buena, por mas realices que tenga, si no fue igual. No basta mirar corno se ha de empezar, sino corno se ha de acabar un negocio. Por la popa y prua de un navío entendían los antiguos un perfecto consejo, bien considerado en su principio y fin. De donde tomó ocasión el cuerpo de esta empresa, significando en ella un consejo prudente, atente á sus principios y fines por la nave que con dos áncoras por prua y popa se aseguró de la tempestad. Poco importaría la una sola en la prua, si jugase el viento con la popa y diese con ella en los escollos.

Tres cosas se requieren en las resoluciones: prudencia para deliberarlas, destreza para disponerlas y constancia para acabarlas. Vano fuera el trabajo y arder en sus principios si dejásemos (como suele suceder) inadvertidos los fines. Con ambas áncoras no se menester que las asegure la prudencia. Y porque esta sola mente tiene ojos para lo pasado y presente, y no para lo futuro, y de segundo se entienden todos los negocios, por eso es menester que por circunstancias y discursos conjuración y pronostique lo que por estos ó aquellos medios se pueda conseguir, y que para ello se valga de la conferencia y del consejo, el cual (como dijo el rey don Alonso el Sabio) é es buen auxiliamento que une tomando sobre cosas dudosas. En él se ha de considerar otras tres cosas: lo fácil, lo honesto y lo provechoso; y en quien aconseja, qué capacidad y experiencia tiene, si los mevrenos intereses ó fines particulares, si se ofrece al peligro y dificultades de la ejecución, y por quien correrá la infamia ó la gloria del suceso. Hecho este examen, y resuelto el consejo, se deben aplicar medios proporcionados á las calidades dichas, porque no ser honesto ni provechoso lo que se alcance por medios

1. Mitil proa, ei puppis, ut Græcorum proverbium est, fit à mè tui dessidendi, ut nationes mihi explicaque. Pror pace, et puppel savasse comittit nostri significativa, propequa quod pra ra, et puppi, tanguam semiple, et calce, pendente tota maris. (Cicero.)
2. Acibus ut ferme tullia, initia, inarrylo fice. (Tac., lib. 6, Ann.)
3. L. 6, cit. 9, p. 2.
4. Ones, qui admodum combatina axelipunt, semper desinent, quod quasi in locutor, munitissimo utile, iure gloriarius, est promptum effec, aut cecidit non aures sem. Simul ipse, quae cecidit, consideranda est, adidem non continet, cotidem non sem. (Cicero.)
5. Fortuna cepit afferre, cui somnus divini accipit. (Tac., lib. 9, Hist.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

I. JUSTOS ó COSTOSOS; en quien también se deben considerar cuatro tiempos, que concurren en todos los negocios, y principalmente en las enfermedades de todas las repúblicas, no de otra suerte que en las de los cuerpos; estos son el principio, el aumento, el estudio y la declinación, con cuyo conocimiento, aplicados los medios a cada uno de los tiempos, se alcanza más fácilmente el intento, ó se retarda si se trucan, como se retarían el curso de una nave si se pasase á la proa el timón. La destreza consiste en saber eligir los medios proporcionados al fin que se pretende, usando á veces de unos y á veces de otros, en que no menos ayudan los que se dejan de obrar que los que se obran, como sucedo en los conciertos de varias voces, que, levantadas todas, unas consuen y otras entonan, y aquéllas y estas causan la armónica. No obran por sí solos los negocios, aunque los solicite su misma buena disposición y la justificación á la conveniencia común, y sino se aplican á ellos el juicio, tendrá infelices sucesos. Pocos se errarán si se gobiernan con atencio: pero, ó se causan los principios ó desprecian las subidas y quieren, obstinados, conseguir sus intentos á fuerza del poder. Dícto se vale siempre la ignorancia y de los partidos la prudencia, lo que no puede facilitar la violencia, facilite la mano consultada con el tiempo y la ocasión. Así lo hizo el legado Coquín cuando, no pudiendo con la autoridad y los ruegos detener la legión de Germania, que, como habían un vano temor, habían, se resolvió á echarse en las portas por donde habían de pasar; y que se detuvieron todos por no atropellarlo. Lo mismo habla hecho antes Pompeyo en otro caso semejante. Una palabra á tiempo da una victoria. Estaba el conde de Castilla Fernán González puesto en orden su ejército para dar la batalla á los africanos, y habiendo un caballero dado de espuelas al caballo para adelantarse, se abrió la tierra y le trago. Alborotóse el ejército, y el Conde dijo: "Pues la tierra no nos puede sufrir, menos nos sufrirán los enemigos; y acometiendo, los venció. No menos fué advertido lo que sucedió en la batalla de Chirinola, donde creyendo un italiano que los españoles eran vencidos, echó fuego á los carros de pólvora, y conturbó los ejércitos con tal accidente, lo animó el Gran Capitan diciendo: "Buen anuncio, amigos; estas son las luminarias de la victoria;" y así sucedió: tanto importa la vida de ingenio en un ministro y el saber usar de las ocasiones, aplicando los medios proporcionados á los fines y reduciendo los casos á su conveniencia.

Cuando, hecha buena elección de ministros para los negocios, y aplicados los medios que dicen la prudencia, no correspondiendo el suceso que se deseaba, se arrepienta el príncipe, pase por el con constancia; porque no es el caso quien mide las resoluciones, sino la prudencia. Los accidentes que no se pudieron prevenir, no culpan el hecho y acusan el haberse intentado, es imprudencia. Esto sucede á los príncipes de poco juicio y valor; los cuales, oprimidos de los malos sucesos y fuera de sí, se rinden á la imaginación y, gastan en el discurso de lo que ya pasado el tiempo y la atención; que se habla de emplear en el remedio, batallando consigo mismos por no haber seguido otro consejo, y culpando á quien le dió, sin considerar si fué fundado en razón ó no. Dé donde nace el acobardarse los consejeros en dar sus pareceres, dejando pasar las ocasiones sin advertirlas al príncipe, por no exponer su gracia y la reputación á la incertidumbre del suceso. Destos inconvenientes debe huir el príncipe, y estar constante en los casos adversos, excusándose sus ministros cuando no fueron notoriamente culpados en ellos, para que con más aliento le asistan á vencello. Aunque claramente haya errado en las resoluciones ya ejecutadas, es menester mostrarse sereno. Lo que fué, no puede dejar de haber sido. A los casos pasados se ha de volver los ojos para aprender, no para afligirnos. Tanto ánimo es menester para pasar por los errores como por los peligros. Ningun gobierno sin ellos. Quien los tomare demasidadamente, no sabrá resolverse, y muchas veces es peor la indeterminación que el error. Considerado y resuelto ingenio han menester los negocios. Si cada uno hubiese de llevarse toda la atención, padecerían los demás, con grave daño de los negociantes y del gobierno.

1 Nam scense honestas rerum causas, ni judici um additae, per niciatis exitus consequuntur. (Taco, lib. 4, Hist.)
2 Projectus in linea portico, miseratione dumm, qua per corpus Legali cumem erat, clausit vam. (Taco, lib. 4, Ann.)
3 Mar., Hist. Esp., l. 8, c. 0.)
4 Mar., Hist. Esp., l. 27, c. 21.
5 Fili, sine consilio nihil facias, est post factum non poenebtes. (Ecle, 34, 24.)
EMPRESA LXIV.

Usó la antigüedad de carros falcados en la guerra, los cuales a un tiempo se movían y ejecutaban, galer- nadas de un mismo impulso las ruedas y las falcas. La resolución en aquéllas era hecha en estas, igual a ambas la celeridad y el efecto; símbolo en esta empresa de las condiciones de la ejecución, como lo fueron en Danie l los ruedas de fuego encendido del trono de Dios 4, significando por ellas la actividad de su poder y la prae- teza con que obra. Comía la prudencia el tiempo con- veniente (como hemos dicho) para la consulta; po- ró el resolvió y ejecutó tanto en sus corresponden- cias, que parecía es un mismo movimiento al que los gobiernos, sin que se interponga la tardanza de la ejecu- ción; porque es menester que la consulta y la ejecu- cion se den las manos, para que, así estando la una de la otra, ofren buenos efectos 5. El emperador Carlos V solía decir que la tardanza era alma del consejo, y la celeridad de la ejecución, y juntas ambas, la quinta esencia de un príncipe prudente. Grandes cosas acabó el rey, don Fernando el Católico porque con maluro consejo proviniera las empresas y con gran celeridad las acometía. Cuando ambas virtudes se hallan en un príncipe, no se aparta de su hallo la fortuna, la cual nace de la ocasión, y esa pasa presto, y nunca vuelve. En un instante llega lo que nos conviene ó pasa lo que nos daña. Por esta reprendía Demóstenes a los atenié- nes, diciéndoles que gastaban el tiempo en el apartar de las cosas, y que las ocasiones no esperaban a sus tardanzas. Si el consejo es conveniente, lo que se tarda en la ejecución se perderá en la conveniencia; no ha de haber dilación en aquellos consejos que no son laudables sino después de ejecutados 6. Embrió es el consejo; y mientras la ejecución, que es su alma, no la muere, no está muerto. Operación es del caus- dimiento y acto de la prudencia práctica; y si se queda en la contemplación, habrá sido una vana imaginación y vano. «Presto, dijo Aristóteles, se ha de ejecutar lo dilatado, y tarde se ha de deliberar.» Jacobo, rey de Inglaterra, aconsejó a su hijo que fuese atrevido y atento en consultas, firmes y contanttes en determinar, prontos y resueltos en ejecutar, para esto último había dado la naturaleza pies y manos con fablular de de- dos y arterias tan dispuestas para la ejecución de las resoluciones. A la tardanza tiene por servidumbre el pueblo. La celeridad es su principio, porque todo es fácil al poder 4. En sus acciones fueron los romanos considerados, y todo lo vinieron con la constancia y paciencia. En las grandes monarquías es ordinario el rí- cio de la tardanza en las ejecuciones, nacido de la con- fianza del poder, como sucedía al emperador Otto 5, y también por lo pondoroso de aquellas grandes redes, sobre las cuales juega su grandeza, y por no aventu- tar lo adquirido, contendo el príncipe con los conden- nes del propio, lo que es fluido se tiene por pru- dencia, como sustentado el dal emperador Gallo 6. Así creyeron todos conservarse, y se perdieron. La juventud de los imperios se hace robusta con la celeridad, ardiendo en ella la sangre y los espíritus de mayor gloria y de mayor dominio y ardiendo sobre las demás naciones. Obraendo y atriviéndose creció la república romana, no con aquellos consejos perjudiciales que llaman cus- tos los tímidos 7. Llega después la edad de consistencia, y el respeto y autoridad mantienen por largo espacio los imperios, aunque las falta el ardor de la suma y el

4 Barbarus cunctato servile: statum exequi, regione video 
(Tac., lib. 8, Ann.)
5 Quo plus vitium se robatur, d ducula tarditas incest. (Tac., 
lib. 2, Hist.)
6 E aeternas temporums arbitrium; ut quod sequilis est, sancta 
vocetur. (Tac., lib. 1, Hist.)
7 Agendi, audiendoque res limina crevit, non inspiciens 
consilium, quod sine tunc non vocant. (Tir. Lir.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

apetito de adquirir más, así como el mar conserva algun tiempo su movimiento aun después de calmados los vientos. Mientras pues durare esta edad de consistencia, se puede permitir lo espesado en las resoluciones, porque se guía tiempo para gozar en quietud lo adquirido, y son peligrosos los consejos arrojados. En este caso se ha de entender aquella sentencia de Tácito, que se mantienen más seguras las potencias con los consejos cautelosos que con los audaces; pero en declinación de aquella edad, cuando faltan las fuerzas, cuando les pierden el respeto y se les atreven, conviene mudar de estilo y apresurar los consejos y las resoluciones, y volver a recoger los bríos y calor perdidos, y rejuvenecer, antes que con lo descripto de la edad no se puedan sustentar, y caigan miserablemente de fallecidas sus fuerzas. En los estados menores no se pueden considerar estas edades, y es menester que siempre esté vigilante la atención para despejar todas las velas cuando sopla el viento de su fortuna, porque ya a unos y ya a otros favorece al tiempo, bien así como por la circunferencia del horizonte se levantan vientos, que alternativamente dominan sobre el mar. Favorables trazan las nubes y otras nubes ocultan el sol, de los cuales surgen tan bien gozar, despejando luego sus estadiantes, que penetran hasta las columnas de nubes blancas, y en la obscuridad del tiempo, corrió otro en favor de otros impíos.

La constancia en la ejecución de las consejuelos, ó sean propios ó ajenos, es muy importante. Por fallo de Ptolomeo, dejó de triunfar de los partos. Casi todos los ingenios fúnebres y apresurados se resuelven preto, y pronto se arrepienten. Hieven en los principios y se lleven en los fines. Todo lo quieren intentar, y nada acaban, semejantes a aquel animal llamado cañípedos, que se mueve muy aprisa; pero no alcanza un paso en mucho tiempo. En todos los negocios es menester la prudencia y la fortaleza, la una que dispone, y la otra que persevera. A una buena resolución se añaden que y contra quien entra dudoso se arman las dificultades y se desvían y hayen de él las ocasiones. Los grandes varones se detienen en deliberar y temen lo que puede suceder; pero en resolviéndose, obran con confianza. Si esta falta, se descompone el ánimo, y no aplicando los medios convenientes, desiste de la empresa.

Pocos negocios hay que no pueda vencer el ingenio, ó que después no los facilite la ocasión del tiempo; por esto no conviene admitir en ellos la exclusiva, sino dejílos vivos. Roto un cristal, no se puede unir; así los negocios. Por mayor que sea la tempestad de las dificultades, es mejor que corran con algún poco de vida para que respiren, que aniquíenlas todas. Los más de los negocios mueren a manos de la desesperación.

Es muy necesario que los que han de ejecutar las órdenes, las aprueben; porque quien las contradije, no las juzga convenientes y halló dificultad en ellas; ni se aplicará como conviene si se le dará mucho que se yerren. El ministro que las consejó será mejor ejecutor, porque tiene empeñada su reputación en el acierto.

8 Potentiam cunctis quibus aeris ethans consilii totius haberi. (Tac., lib. 1, Ann.)
9 Eiel Parturis tracta bella poterat, si Ptolomaeus, ut in su co, aut
la elis consilii constantia fasisset. (Tac., lib. 15, Ann.)

EMPRESA LXV.

Echada una piedra en un lago, se van en sopandarlo y multiplicando otras albas, nacidas unas de otras, que cuando llegan a la orilla son casi infinitas, turbando el cristal de aquél liso y apacible espejo, donde las especies de las cosas, que antes se representaban perfectamente, se mezclan y confunden. Lo mismo sucede en el ánimo, después de cometido un error; llevan otros muchos, egoico y confuso el juicio, y levantadas las olas de la voluntad; con que no puede el entendimiento discernir la verdad de las imágenes de las cosas; y, cre-
yendo remediar un error, da en otro; y así, se van multiplicando muchos, los cuales, cuanto más distantes del primero, son mayores; y así las olas mas apartadas del centro que las producen. La razón es porque el principio es la mitad del todo, y un pequeño error en él corresponde a las demás partes. Por esto se ha de mirar mucho en los errores primeros, porque es imposible que despiénes no resulte dellos algún mal. Esto se experimentó en Mesina; casi con Satanista, reprimió de principio, quiso remediar el error, y haco otro mayor, matándolo con yertas venenosas. Entregase el rey Witzel a los viejos, borrando la gloria de los felices principios de su gobierno, y para que en él no se notase el número que tenía de concubinas, las permitió a sus vasallos; y porque esta licencia se disimulase más, promulga una ley dando licencia para que los eclesiásticos se pudieran casar; y vieron que estos errores se oponían a la religión, niega la obediencia al Papa; de donde cayó en el odio de su señor, y para asegurarse de ello, mandó derruir los fuertes y murallas; con que España quedó expuesta a la invasión de los africanos. Todos estos errores, nacidos de sus errores, multiplicados, le causaron la muerte. En la persona del duque de Valentin se vio también esta producción de inconvenientes: pensó fabricar su fortuna con las ruinas de muchos; y así hubo tiranía que no intentase; las primeras lo animaron a las demás; y lo precipitaron, perdiendo el estado y la vida; o un mal discípulo o mal maestro de Maceveo.

Los errores de los principes se remedian con dificultad; porque ordinariamente son muchos interesados en ellos; también la obstinación a la ignorancia suele causar tales efectos. Los ingentes grandes, que casi siempre son ingenuos y dóciles, reconocen sus errores, y quedando ensimismados con ellos, las corrigen, volviendo a deshacer piedra a piedra el edificio mal fundado, para afirmar mejor los cimientos. Mota fue del emperador Filipe el Terceño: Quadr malo coeptum est, non pugilat mutasse. El que volvió atrás, reconociendo que no llevaba buen camino, más fácilmente la recobró; y no después de una prudencia.

Nill junct erroro mira jam papae fateri. (Clav.)

Es la razón de estado una cadena, que, rodea el eslabón, queda inutil, si no se suelda. El principie que, reconocido el daño de sus resoluciones, las deja correr, manca en su opinión que el bien público, más una vana sombra de gloria que la verdad; quiere parecer constante, y da un perdón. Vicio suele ser de la soberanía, que hace reputación de no retirar el paso.

---

1. El principio enim peccatur. Præclaram autem declarat esse distinctum totius, utque parum in principio erat amissus correspondens at illas partes. (Arrest, lib. 5, Pal., a. 4.)
2. Quam vero non posset, ut si in primo sinque principio pecustatum fuerit, non ad extremum malum ait axium evabit. (Arrest, lib. 5, Pal., a. 4.)
3. Verum spectu, ut quis prima provenieant, volatilia secum, quosque modo Gomantel liberorum pervenirent. (Tec., lib. 4, Ann.)
4. Quonque regale hae puget
Sceptri superas quisque abeorti manus.
Quam adept, in re.

(Seneca.)

La razón es porque el emperador Carl v, que, habiendo firmado un privilegio, le advirtieron que era contra justicia; y mandando que se la trajese, se rascó, diciendo: «Mas quiero rasgar mi firma que mi alma.» Tirana obstinación es conocer y no emendar los errores; el sustentallo por raputas, es querer pescar muchas veces y comprar a la ignorancia; el doloroso, es doar el hierro, que presto se desvuelve y queda como antes. Un error emprendido hace más seguro el acierto, y así evierno haber errado para no errar después más gravemente; tan fácil es nuestra capacidad, que tenemos por maestros a nuestros mismos errores; dellos aprendimos a acertar.

Primero dimos en los inconvenientes que en las buenas leyes y constituciones del gobierno. La más sabiabre pública padece muchas imprudencias en su forma de gobierno antes que llegase a perfeccionarse. Así Dios comprendió ab axerno sin error la lícita de este mundo, y en después un cierto modo se vió arrepentido de haber criado al hombre. Muy lejos algunos de nuestros erros que a nuestros aciertos, porque aquellos nos enseñan, y estos nos desvanesen. No solamente nos dejaron advertidos los patriarcas que enseñaron, sino también los que erraron. La sombra dio luz a la pintura, raciando de ella un arte tan maravilloso.

No siempre la imprudencia esculpió a los errores; el tiempo y los accidentes los causan. Lo que el principio fué conveniente, es dañoso después. La prudencia mayor no puede tomar resoluciones que en todos tiempos sean buenas; de donde nace la necesidad de ir aconsejando y revocando las leyes y estatutos, principalmente cuando está evidente la utilidad; ó cuando se tien con los inconvenientes, ó se halla el principio equilibrado en la relación que lo hicieron. En esta razón funda el rey Asurco la excesa de haber revocado las órdenes que, mal informado de Amman, había dado contra el pueblo de Dios. En estos y otros casos no es ligero, sino prudencia, mudar de consejo y de resoluciones; y no se puede llamar inconstancia, antes constancia velar la razón, como lo es en la veleta, que volviendo al viento, y en la aguja de maravir no quiererse hasta haberse fijado á la vista del viento. El médico muda los remedios según la variedad de los accidentes, porque su fin en ellos es la salud. Las enfermedades

---

1. Usus probatis est. P. C. leges egregias, exempla beneest, quas bene ex dettulis ultima gigant. (Tec., lib. 16, Ann.)
2. Denuit enim, quod fames maneat in terra. (Seneca, 44)
3. Instruit Patriarcham, non solum doces, sed etiam instituens. (Anb., lib. 1, de Abr. c. 0.)
4. Non debebit reprehensor judicis, si secundum variatiae temporum statuta quotidie variaretur humana, praevisce cernendis, veli evivisse utilitas vel exspectus. (Cap. non de het. de cons. et alio.)
5. Nec potest debere, si diversus judicatur, ex gua lquis nonis tenere novato. Sed pro meliora et necessitate temporum, si republica possit utilissima, ferre continent. (Bath., 16, 2.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

que padece las repúblicas son varias; y así, han de ser varios los medios de curarlas. Tenga pues el príncipe por gloria el conocer y corregir sus decretos y también sus errores sin avergonzarse. El cometerlos puede ser descuido, el emendarlo es discreto valor, y la obstinación siempre necia y culpable; pero en el olvido de la prudencia huello con tales pretextos y en tal suceso, que no caiga en ello el vulgar; porque, como ignora, culpa igualmente por inconsideración del error y por vivacidad la emenda.

Aunque aconsejamos la retractación de los errores, no ha de ser de todos, porque algunos son tan pequeños, que pasa más el inconstante de la ligereza y desprecio en emendarse; y así, conviene dejarlos pasar cuando en el mismo se deshacen y no han de pasar en mayores. Otros hay de tal naturaleza, que importa seguirlos y aun esforzarse con ánimo y constancia, porque es más considerable el peligro de reírse de ellos; lo cual sucede muchas veces en los empeños de la guerra. Negocios hay en que para acertar es menester exceder, aunque se toque en los errores, como quien tiene más una vara para medir zanahorias; y entonces no se debe reparar mucho en ellos ni en las causas ni en los medios, como no sean inútiles ni injustos, y se esperen grandes efectos; porque con ellos se calican, y más se pueden llamar disposiciones del acierto de errores. Otros van mezclados en las grandes resoluciones, aunque sean muy acertados, no de otra suerte que están las rosas tan cerca de las espinas, que no menos no puede cogellas la mano. Esto sucede porque en pocas cosas que conviene a la universal, deja de intervenir algún error dañoso a la parte. Constituyen los cuerpos de las repúblicas de partes diferentes y opuestas en las cualidades y humor, y el remedio que mira a todo el cuerpo, afieó a alguna parte; y así, es menester la prudencia del que gobierna para pasar los días con los bienes, y un gran corazón para la ejecución, sin que por el temor de aquellos se pierdan estos.

EX FASCIBUS FASCES

EMPRESA LXVI.

La renovación de perpetuidad de las cosas caducas por naturaleza, Uos individuos se van eternizando en otros conservados así las especies. Por esto con gran prudencia el labrador hace plantas, para substituir nuevos árboles en lugar de los que mueren. No dejo al aseco este cuidado, porque le faltan plantas, o no serían las que habría moneras y en los lugares convenientes; ni existirían por sí mismas derechas si el arte no le encaminase cuando están tiernas, porque después una vez engrosa, se levantamente no considerarían hasta corregirlas. Menos cuidado de la monera la juventud para que salga acertada, y principalmente en aquellas provincias donde la disposición del clima crea grandes ingenios y corazones; los cuales son como los campos fértiles, que muy presto se convierten en selvas si el arte y la cultura no corregir con tiempo su fecundidad. Cuanto más mayor el espíritu, tanto más dañoso le la república cuando no le moderniza la educación. Asimismo no se puede sufrir un ánimo alocado y bravo. Desprecia el freno de las leyes y ama la libertad, y es monester que en él esté mucho el arte y la enseñanza, y también la ocupación en ejercicios gloriosos. Cuando la juventud es adulta, suele ser gran lastre de su ligereza el ocuparse en manjares públicos. Por eso hago (según creo) esta razón para que algunas repúblicas admittan los mancebos en sus senados; pero el medio mejor es el que hace el labrador, trasplantando los árboles cuando son tiernos, con que las rafrescas que viciosamente se habían esparcido se reconozcan, y se levantan directamente los troncos. Ninguna juventud sale acertada en la misma patria. Los parientes y amigos la hacen licenciosa y atroz. No así en las tierras extranjeras, donde la necesidad obliga a la consideración en comprar las acciones y en granjear voluntades. En la patria creemos tener licencia para cualquier exceso, y que nos lo perdonarán fácilmente; donde no somos conocidos, tememos el rigor de las leyes. Fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural, aquella atroz necia y influencia que ordinariamente hace y dura en los que no han practicado con diversas naciones. Entre ellas se aprenden las lenguas, se conocen...
CON los naturales, se advierten las costumbres y los es-

tílos, cuyas noticias forman grandes barrenos para las

artes de la paz y de la guerra. Platon, Lieurgo, So-

lon y Pitágoras, peregrinando por diversas provincias

aprendieron á ser prudentes legisladores y filósofos. En

la patria una misma fortuna nace y muere con los hom-

bres; fuera ella se hallan las mayores. Ninguna planeta

se extiende este en su casa, sino en ellas ajenas, si bien suelen

padecer detrimentos y trabajos.

La peregrinacion es gran muestra de la prudencia

[cuando se emprende para informar, no para delicar so-

lamente el ánimo. En esto son dignas de alabanza las

naciones septentrionales, que no con menos curiosi-

dad que atención salen á reconocer el mundo y á apren-

der las lenguas, artes y ciencias. Los españoles, que

con mas comodidad que los demás pudieran practicar

el mundo, por lo que en todas partes se extiende su

monarquia, son los que mas retirados están en sus pa-

trías, sino es cuando las armas los sacan fina de ellas;

importando tanto que los que gobiernan diversas na-

ciones y tienen guerra en diferentes provincias tengan

das la perfección perfecto conocimiento. Dos cosas detienen á los

nobles en sus patrias: el bañar á España por casi todas

las partes del mar, y no estar tan á la mano las navega-

ciones como los viajes por tierra; y la presunción, ju-

gando que sin gran ostentacion y gastos no pueden salir

de sus casas; en que son mas modestos los extranjeros,

aunque sean hijos de los mayores principios.

No solo se ha de transplantar la juventud, sino también

formar planteles de sugetos que vayan sucediendo en los

cargos y oficios, sin dar lugar á que sea menester bus-

car para ellos hombres nuevos sin noticia de los nego-

cios y de las artes, los cuales con daño de la república

cobran experiencia en sus errores; que es lo que da á

entender esta empresa en las faces, significando por

ellas el magistrado, cuyas varas brotan á otras; y por-

que en cada una de las tres formas de república, mo-

narquia, aristocracia y democracia, son diversos los

gobiernos, han de ser diversos los ejercicios de la ju-

ventud, según sus institutos y según las cosas en que

cada una de las repúblicas ha menester mas hombres

eminentes. En esto pusieron su mayor cuidado los per-

sas, los egipcios, los caldos y romanos, y principalmente

en criar sugetos para el magistrado; porque en

ser buenos ó malo consiste la conservación ó la ruina de

las repúblicas, de las cuales es alma; y según su

organización, así son las operaciones de todo el cuerpo.

En España con gran providencia se fundaron colegios

que fueren seminarios de insignes varones para el go-

bierno y administración de la justicia, cuyas constitui-

ciones, aunque pareceen ligeras y vanas, son muy pru-

dentes, porque enseñan á ser modestos y á obedecer á

los que después han de mandar.

En otra parte punzón las ciencias entre los instru-

mentos políticos de reinar en quien manda; y aquí se

da si serán convenientes en los que obedecen, y si se

ha de instruir en ellas á la juventud popular. La natu-

aleza colocó en la cabeza, como en quien es principesa
del cuerpo, el entendimiento que aprendióse las scien-

cias y la memoria que las conserva; pero á las manos

y á los demás miembros solamente dió una aptitud para

obedecer. Los hombres se juntaron en comunidades con

fin de obrar, no de especular; mas por la comodidad

de los trabajos ricos pocos que por la agudeza de las

técnicas. No son fechas las repúblicas por lo que pren-

tra el ingenio, sino por lo que perfecciona la mano.

La sociedad del estudio se cobra en las ciencias, y consen-

sa en el papel á cuentas inventa la maquinaria de los

siglos, maquinaria contra el gobierno y persuade solicitudes á

pobres. A los espartanos le parecía que los bastaba saber

obedecer, sufrir y vencer. Los usos siglos muy desarticu-

lados y científicos amas siempre las novedades, y aban-

anan el gobierno, disputan las resoluciones del príncipe,

despiertan el pueblo y lo solevan. Mas pronta que ingen-

iosa ha de ser la obediencia, mas sencilla que astuta.

La ignorancia es el principal fundamento del império

del Turco. Quien en él sumbrase las ciencias de le-

siraría fácilmente. Muy quietos y felices viven los es-

guizares, donde se ejercitan mucho las ciencias; y des-

embarazado el juicio de sofistas, no se gobiernan

con menos buena política que las demás naciones. Con

la atención en las ciencias se enriquecen las fuerzas y

se envueltan los ánimos, penetrando con desenla-

veza los poligros. Su dulzura, su gloria y sus premios

tienen cebados á muchos; con que falta goteo para las

armas y defensa de los estados, á los cuales conviene

mas que el pueblo exceda en el valor que en las letras.

Lo generoso deles hace aborrecer aquellos ejercicios

encebra el cuerpo, y no el entendimiento. Con el-

título se criaron melancólicos los ingenios, aman la so-

lidad y el celibato; todo opuesto á lo que la menor

república para multiplicarse y llenar los oficios y espe-

tos, y para defendérse y olvidar. No hacen abundantes

públicas á las provincias el ingenio en las ciencias,

sino la industria en las artes, en los tratos y comercio,

como vemos en los Países-Bajos. Bien ponderaron estos

inconvenientes los alemanes y otras provincias, que

fundaron su nobleza en las armas solamente, teniendo

por hazañas recibir grados y puestos de letras; y así, to-

dos los nobles se aplican á las armas, y florece la mil-

ñeria. Si bien con las ciencias se apura el conocimiento

del verdadero culto, también con ellas se reduce á opio-

siones, de donde resulta la variedad de las sectas, y

dellos la muerte de los imperios; y ya conocida la ver-

dadera religión, mejor le estuvo al mundo un si-

cero y crédula ignorancia, que la soberbia y presunción

del saber, expuesta á enormes errores. Estas y otras ra-

zones persuaden la extirpación de las ciencias, según

las reglas políticas, que solamente atienden á la domi-

nación, y no al beneficio de los súbditos; pero mas sus

máximas de tirano que de principes justo, que deben

4 Litteras ad usum eumt discehant, reliquas omnis discipli-

nerat, ut poliche parcerunt, ut habores impereren, ut l aptam

cerent. (Piusarch.)

2 Patres vatero decentes cihos, popula suprananae cihis

est. (Sullust.)
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Pero para la piedad confiada y el escándalo opuesto a la prudencia dejan correr semejantes inconvenientes.

Poco importaría esta proporción en los que han de atender al trabajo de la especulación, si no cuidase el principio del plantel popular, de donde ha de hacer el número de ciudadanos que constituyen la forma de república; las cuales por instintos va disminuyendo el tiempo y la muerte. Los antiguos pusieron gran cuidado en la propagación, para que se fuesen substituyendo los individuos; en que fueron tan aventurados los romanos, que señalaron premios a la procreación y notaron con infancia el exiliado. Por mérito y servicio al público propusieron Germanico que tenía seis hijos, para que se vengase su muerte; y Tiberio refirió a Senado (como por presagio de felicidad) haber perdido la mujer de Druso dos hijos. La fuerza de los reinos consiste en el número de los vasos. Quien tiene más es mayor príncipe, no el que tiene más estados, porque estos no se deben ni se deben por sí mismos, sino por sus habitantes, en los cuales tienen un fin último de armamento; y así le dijo el emperador Adriano que quería más tener abundante de gente el imperio que de riquezas; y con razón, porque las riquezas sin gente fuman la guerra, y no se pueden defender, y quien tiene muchos vasos, tiene muchas fuerzas y riquezas. En la multitud de los viene consenso como dijo el Espíritu Santo a la dignidad de principes, y en la desposesión del ignominia. Por eso el rey don Alfonso el Sabio les pareció que debía el príncipe ser muy solicitando en guardar su tierra de manera a que se no entran las villas, ni los otros lugares, mientras derriten los muertos, ni las torres, ni las casas por mala guarda; el que defiende general, a tuviera honrada y defendida su tierra, será él, a quien le habitarán, honrados, y que se infundirá por ellos. Pero, como tan prudente y valeroso legislador, advirtió que el reino se debía poblarse de buena gente, y que de las suyas que de las naciones, si las pudiera acercar, así como de Caballeros, de fabricantes, y de mercaderes. En que con gran júbilo y alegria que la población no fuese solamente de gente plebeya, porque obra poca por sus mismos acompañada de la nobleza, la cual es lo que se espirita que lo aniña, y con su ejemplo la persuadió a lo glorioso y a despreciar los peligros. Es el pueblo un cuerpo muerto sin la nobleza; y así, debe el príncipe cuidar mucho de su conservación y multiplicación, como lo hacía Augusto, el cual, notando que estuvo a pasar a Horacio, noble romano, sino que lo dió también con que se sustentaba, porque no se extinguiera.

ar por el decoro y gloria de sus estados, en los cuales son convenientes y aun necesitar las ciudades para destacar los errores de los sectores introducidos donde reina la ignorancia, para administrar la justicia y para conservar y aumentar las artes; y principalmente las militar; pues no menos defienden a las ciudades los hombres justos que los soldados, como lo experimentó Varazgo de Sicilia en Arquemidas, y Dolo en su acto y lealamado, cuyo consejo y ingeniosas máquinas y reparos, y cuyo hercúleo valor mantuvo aquella ciudad contra todo el poder de Francia, habiéndose vuelto los munieres a divinidades, las armas de precepto y espadas; y las plumas en españas; porque tan tenidas en sangre francesa, escribieron sus nombres y sus hazas en el papel del tiempo. El exceso solamente puede ser dañoso, así en el número de las universidades como de las que se aplican a las ciencias (daño que se experimenta en España), siendo conveniente que se empleen en aquellas que sirven a la especulación y a la justicia, y muchos en las artes de la navegación y de la guerra. Para esto convendría que se dieran mayores los premios de estas que de aquéllas, para que se inicien a ellas, pues por no estar así constituidos en España, son tantos los que se aplican a los estudios, teniendo la monarquía más necesidad para su defensa y conservación de soldados que de letrados (vicio que también sucede inercientemente con los trunfios y trofeos militares), quedando así las vencidas vencer con el mismo y plumas a los que vencieron con el valor y la esperanza. Al principio buen gobernador tomará el cuidado de este remedio, procurando disipar la educación de la juventud con el júbilo, que el número de letrados, soldados, artistas y de otros oficios no sea proporcionado al cuerpo de su estado.

También se pudiera considerar esta proporción en los que se aplican a la vida eclesiástica y monástica, cujo exceso es muy dañoso a la república y al príncipe, pero no se debe medir la piedad con la regla política, y en la Iglesia militar más se debe obserbar las armas espirituales que las temporales. Quién inspira a aquel estado, asiste a su conservación sin daño de la república. Con todo eso, la prudencia humana ha de creer, pero no esperar milagros, debe considerar a quien toca el exceso de eclesiásticos y multiplicarse en mismas las religiones es de barón de los seglares, que los buen de sustentar, o dañar al mismo fin de la iglesia, en que ya la providencia de los sagrados cánones y decretos apostólicos previeron el remedio, habiendo el concilio Lateranense, en tiempos de Inocencio III, prohibido la introducción de nuevas religiones. El consejo real de Castilla consultó a su majestad el remedio, proponiéndole que se lepusiese al Papa que en Castilla no recibiese en religiones a los que no sean de diez y seis años, y que hasta los veinte no se hiciesen.
DON DIEGO DE SAAVEDRA PAJARDO.

su noble familia. Esta atencion es granda en Alcanania, y por esto antiguamente no se daba dote a las mujeres, y hoy son muy cortas, para que solamente sea su dote la virtud y la noblezas, y se mire a la calidad y partes naturales, y no a los bienes; con que mas facilmente se ajusten los casamientos, sin que la esclavitud pierda tiempo en buscar la mima rica; motivos que obligaron a Licurgo a prohibir los dotes, y al emperador Carlos V a ponentes tasa; y así reprodujo Aristoteles a los hecatombea porque daban grandes dotes a sus hijas. Quiso tambien el rey don Alonso que solamente en casa de necesidad se pusiese el estudio de gente forestera; y con gran razón, porque los de diferentes costumbres y religiones son enemigos domesticos que no siempre se ayuda de que la gente, principalmente a los oficiales y artistas, judiendo que le es ociosa vida la de servir y de trabajar. Tambien los titulados, por gozar de la presencia del príncipe y lucirse, desemparan sus estados y asisten en la corte; que no cuidando ellos, y trabajando sus rentas para su sustento y gastos superfluos, quedan pobres y despoblados; los cuales serian mas ricos y mas poblados si viviesen en ellos el señor. Estos y otros inconvenientes considero prudentemente el emperador Justiniano, y para su remedio levanto un magistrado; y el rey don Juan el Segundo ordeno que los grandes caballeros y otros personas que habian venido a la corte volviesen a sus casas, como lo habia hecho el emperador Trajano.

Los fideicommisos o mayorazgos de España son muy dañosos a la propagacion, porque el hermano mayor carga con toda la hacienda (cosa que parecia injusta al rey Teodorico), y los otros no pudiendo casarse, se hacen religiosos o salen a servir a la guerra. Por esto Platon llamaba a la riqueza y a la pobrezza antiguoasposes de las repúblicas; y sabiendo que todos los daños abran de estar en ellas mal repartidos los bienes. Todos los ciudadanos tuvieron una cangura sustentacion, forercerian mas las repúblicas. Pero, si bien es grande esta conveniencia, es no menor la de conservar la nobleza por medio de los fideicommisos, y que tenga con que poder servir a su principito y a la república; y asi, podrian conservarse los antiguos y no permitirlos facilmente a la nobleza moderna, ordenando tambien que los parientes dentro del cuarto grado sean herederos forzosos, si no en toda la hacienda, en alguna parte considerable, con que se excusarian las donaciones y mudanzas, que mas sirvieron a la vanidad que a la república, y tambien aquellos que con devota prodigalidad guardaban ano no tienen atencion a la sangre propia, dejando sin sustento a sus hermanos y parientes, contra el orden de la caridad; con que las familias se extinguian, las rentas reales se agotan, el pueblo quedaba insuficiente para los tributos, crecendo el poder de los erectos y jurando la jurisdiccion del principal. De los inconvenientes de este exceso advertido Moisés, prohibido por

10 Declaran familia extinguecida. (Tae., lib. 2, Ann.)
11 Existen en nuestro mercado, y en nuestra morada. (Tae., de moro Cerc.)
12 Ley 1, lib. 2, lib. 6, Recop.
13 Sancionar Vargas (a su doble cabal) juzgare en el lugar, se refiere a que está en la morada. (Tae., 1. 3.)
14 Quero que influyan, el adversa parte la ciudadan remote, y al mismo tiempo secara la justicia. (Aríst. lib. 9, Pot., c. 3.)
15 El número real robusto, septimo millón, e intelectos, y el clero millón. (Tae., 9, Reg., 10, 10.)
16 Sustituir la propia humanidad aunque se llame, el principado y el señor. (Cic., pro leg. Man.)
17 Debe no que dur Amadí en la historia moravas, que pasan de diez años a nuestros continentes en diez años; y tales hechos no se refieren a las pasadas posturas, sino a las actuales. (Vellutec, lib. 2.)
18 La legítima Granier (en la parte de las nacimientos que carecen de hijos, que extrañan colonias posibles. (Vellutec, lib. 2.)

la falta de la cultura de los campos, de las artes, del comercio, y del número excesivo de los dias febriles; causas de los daños y remedios se representan en otras partes deste libro.

La corte es causa principal de la despoblacion; porque, como el hidalgo ardiente trae á sí el calor natural y deja huellas y en espiritualidad las demas partes, asi la pompa de las cortes, sus comodidades, sus delicias, la gama de las artes, la ocasion de los premios liberales, la gente principalmente a los oficiales y artistas, judiendo que es mas ociosa vida de servir que de trabajar. Tambien los titulados, por gozar de la presencia del príncipe y lucirse, desemparan sus estados y asisten en la corte; que no cuidando ellos, y trabajando sus rentas para su sustento y gastos superfluos, quedan pobres y despoblados; los cuales serian mas ricos y mas poblados si viviesen en ellas el señor. Estos y otros inconvenientes considero prudentemente el emperador Justiniano, y para su remedio levanto un magistrado; y el rey don Juan el Segundo ordeno que los grandes caballeros y otros personas que habían venido a la corte volviesen a sus casas, como lo había hecho el emperador Trajano.

Los fideicommisos o mayorazgos de España son muy dañosos a la propagación, porque el hermano mayor carga con toda la hacienda (cosa que parecía injusta al rey Teodorico), y los otros, no pudiendo casarse, se hacen religiosos o salen a servir a la guerra. Por esto Platon llamaba a la riqueza y a la pobreza antigua poseses de las repúblicas, conociendo que todos los daños abran de estar en ellas mal repartidos los bienes. Todos los ciudadanos tuvieron una cangura sustentación, forzaron más las repúblicas. Pero, si bien es grande esta conveniencia, es no menor la de conservar la nobleza por medio de los fideicommisos, y que tengas con que poder servir a su principito y a la república; y así, podían conservarse los antiguos y no permitirlos fácilmente a la nobleza moderna, ordenando también que los parientes dentro del cuarto grado sean herederos forzosos, si no en toda la hacienda, en alguna parte considerable; con que se excusarían las donaciones y mudanzas, que más servían a la vanidad que a la república, y también aquellos que con devota prodigalidad guardaban sus bienes. Con que las familias se extinguían, las rentas reales se agotan, el pueblo quedaba insuficiente para los tributos, crece el poder de los erectos y jurando la jurisdicción del principal. De los inconvenientes de este exceso advertido Moisés, prohibit por
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

Mucho es menester advertir en el tiempo para los casamientos; porque, si saltiésemos peligro la sucesión, y la república padece con la incontinencia de las manos por casar. Si se anticipan, se hallan los hijos casi tan mozos como los padres y los pierden el respeto, o impacientes de la tardanza en la sucesión, maquinan contra ellos.

Jasue ergo Mariam praecociem voca castari: Nec vir, nec mulier quidquam offerat ultra in operae sanctitatis. Siquid est quod a cunctibus efferenda, eo quod oditae suffacient, et superabundant. (Ibid., v. 6.)

Omnes viri, et mulieres mente devota obulatorum donaria, ut reor aperta, quae Junius fuit Dominus. (Ibid., 55, 39.)

EMPRESA LXVII.

La política destos tiempos presupone la malicia y el engaño en todo, y se arma contra él de otros mayores, sin reparo a la religión, a la justicia y a la pública. Enseña por lícito todo lo que es conveniente a la conservación y aumento; y ya comuníc estes artes, batallan entre sí, se confunden y se castigan unas con otras, a costa del público sosiego, sin alcanzar sus fines. Haya el principio de tales maestros, y aprenda de la misma naturaleza, en quien sin malicia, engaño ni ofensa está la verdadera razón de estado. Aquella sabiduría es censura, súbita y sólida, que usa en el gobierno de las cosas vegetativas y vivientes, y principalmente las que por medio de la razón dicta a cada uno de los hombres en su oficio, y particularmente a los pastores y labradores para la conservación y aumento del ganado y de la cultura; de donde quiza los reyes que del cayado del arado pasaron el capeto, supieron mejor gobernar sus pueblos. Véase el pasteur (cuya obligación y cuidado es sembrar el de los principes) de la leche y leña de su ganado, pero con tal consideración, que ni le cesa la suerte, ni lo deje tan rasa la piel, que no pueda defenderse del frío y del calor. Así debe el principes, como dijo el rey don Alonso II, "guardar más la procomunal que la suya misma, porque el bien y la riqueza dellos es como suya". No corta el labrador por el tronco el árbol, aunque hay menester hacer leña para sus

usos domésticos, sino la poda las ramas, y no todas; antes las deja de suerte que puedan volver a brotar, para que, vestido y poblado de nuevo, le rinda el año siguiente el mismo beneficio: consideración que no se basa en el arrendador; porque, no tomando amor a la here

dad, trata solamente de disfrutar en el tiempo lo que le toca, aunque después queda inútil a su dueño. Esta diferencia hay entre el señor natural y el tirano en la imposición de los tributos. Este, como violento poseedor, que tiene poder de tomar el reino, procuro disfrutarla mientras se le deja gozar la violencia, y no reparar en aranceles tan de razón las plagas, que no puedan remecer. Pastor es que no apacienta a su ganado, sino a sí mismo, y como mercenario, no cuida del, y lo des

amara. Pero el principio natural considera la justifi
cación de la causa, la cantidad y el tiempo que pide la necesidad, y la proporción de las haciendas y de las personas en el repartimiento de los tributos, y trata su reino, no como cuerpo que la pueden hacer con sus días, sino como quien ha de durar en sus sucesores, reconociendo que los principes son mortales, y eterno el rei

no, y esperando del continuado fruto cada año, la conserva como seguro depósito de sus riquezas, de que

1 Vae pastoribus, qui dissipant et dissipant gregem pascaen meae, dicit Dominus. (Jerem., 35, 1.)
2 Ley 10, 11, p. 2.
3 Altar altius prope, altius commodi. (Quintil., de Orat.)
4 Vae pastoribus Israel, qui pastores semelipares. (Ezech., 34, 11.)
5 Mercencias autem, qui non est pasteur, cujos nos sunt oves proprias, videt tepum venientem, el dimittit oves, et fugit. (Jerem., 10, 15.)
6 Principes mortales, Rempublicam acturarum esse. (Tac., lib. 5 Ann.)
se pueda valer en mayores necesidades; porque, como dijo el rey don Alonso en sus Partidas, tomándose de Aristóteles en un documento que dijo á Alejandro Magno: "El mejor tesoro que el Rey tiene es el que más tarde se pierde, es el pueblo, cuando bien es guardado; y con este acto se alegra el emperador Justiniano, que entonces es el Rey, es la Camarera del Emperador; y el Rey rico, si abunda, cuando sus vasallos son ricos, y su tierra abunda."

Cuando pues impone tributos al príncipe con esta moderación, da una natural en los vasallos de los cristianos, y de los cristianos de la tierra, y se rebeldan el pesado. Porque solamente tiene esto la dignidad real y esto se ocurre la necesidad pública. No pueda haber paz sin las armas, ni armas sin sueños, ni sueños sin tributos. Por eso el senado de Roma se opuso al emperador Neron, que quería retirar los tributos, diciéndole que sin esos se disolvía el imperio. Son los tributos precio de la paz. Cuando estos exceden, y no ve el pueblo la necesidad que obliga a imponerlos, fácilmente se levanta contra su príncipe. Por esto se hizo imposible el rey don Alonso el Magno, y se vió en grandes trabajos y obligado a renunciar la corona, y por lo mismo perdió la vida y el rey el rey de Galicia don García. Bien ponderado tenía este peligro el rey don Enrique el Tercero, cuando habiendo sido aconsejado que impusiera tributos para los gastos de la guerra, respondió que tenía más las maldiciones del pueblo que sus enemigos. El dinero sacado con tributos injustos está mezclado con la sangre de los vassallos, como lo hizo el escudo que rompió San Francisco de Paula 14 delante del rey de Nápoles don Fernando; y siempre clama contra el rey, y asi, para hacer estos inconvenientes, no se han de echar grandes tributos sin haber hecho antes capaz al rey de la necesidad, porque, cuando es conocida, y el empleo justificado, se anían y consiente cualquier peso, como se vió en los que impuso el rey don Fernando el Cuarto 15, y en la concesión que hicieron las cortes de Toledo en tiempo del rey don Enrique el Tercero, de un millón; y que si no bastase para sustentar la guerra contra los árabes, se escuchan otras imposiciones, sin que fuese menester el consentimiento de las Cortes; porque, si bien no toca á los particulares el examinar la justicia de los tributos, y algunas veces no puede alcanzar las causas de los empleos, si se los pueden comunicar sin evidente peligro de los sacramentos de reinar 16, siempre hay causas generales que se les pueden representar sin inconveniente; y aunque el echar tributos pertenecen al supremo dominio, a quien asiste la razón natural y divina, y cuando

14 De tal fin (franciscano tributum. (2, Reg. 8, 2.)
15 De no ha causado esfuerzo de el pueblo, no induece remisión póstuma á pleito su conservación. (Reg. 17.)
16 Don Juan Antonio Sánchez, quien provisto de, el mismo que en el escritorio de la multa és la antigua multa para los crimes. (2, Reg. 8, 2.)
17 De que en realidad se usaba el emperador de este título, el amaro animal, y el favor es un paso.
18 De que en realidad se usaba el escribano de este título, el amaro animal, y el favor es un paso.
19 De que en realidad se usaba el escribano de este título, el amaro animal, y el favor es un paso.
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO

se XI 19, ó adquiriesse por prescripción inmemorial este derecho, como en España y Francia, en tales casos sería obligación forzosa esperar el consentimiento de las Cortes, y no expresarse el príncipe el peligro en que se vió César VII, rey de Francia, por haber querido imponer de hecho un tributo. Para el uno y otro caso conviene mucho acreditarse tanto el príncipe con sus vasallos, que juzguen por conveniencia el peso que les impone, en lo del caso de su conservación, y consentan en él. Remitiéndose á su prudencia y conocimiento universal del estado de las cosas, como se remitieron a la de José los de Esfípio, habiéndoles impuesto un tributo de la quinta parte de sus frutos 29. Cuando el pueblo hiciese esta confianza del príncipe, debía él atender más á no agravarle sin gran causa y con mala consulta de su consejo. Pero si la necesidad fuese tan urgente, que obligara á grandes tributos, procure emplearlo bien; porque ninguna cosa siendo más peligro que entregar el que no vea fruto del peso que sufre, y que la substancia de sus haciendas se consuma en usos inútiles; y en cesando la necesidad, quite los tributos impuestos en ella, sin que suceda lo que en tiempo de Vespasiano, que se perpetuaron en la paz los tributos que excedía la necesidad de las armas 31: porque después los renegar y reducir los vasallos, aunque sean muy poco, pensando que han de ser perpetuos. La reina doña María 32 granjeó las voluntades del reino, y lo mantiene en sus mayores perturbaciones, quitando las cosas que un morir el rey don Sancho el Cuarto habían impuesto sobre sus mantenimientos.

La mayor dificultad consiste en persuadir al reino que contribuya para mantener la guerra fuera del, porque no sabe comprender la conveniencia de tener en la y en los estados ajenos para conservar en paz los propios, y que es menos peligroso el reparo que lleva el escudo que el que reciben de la cedada, porque aquel está más distante de la costumbre. Es muy curiosa esta observación, y no me niega la autoridad. Mas siente la gravedad presente que el beneficio futuro, sin considerar que después no bastarían las multas públicas y particular las reparar los daños 33; y así, es necesario toda la dureza y prudencia del Príncipe para hacerle capaz de su misma conveniencia.

En las contribuciones ha de tener gran consideración de no agravar la nobleza; porque, siendo los tributos los que distinguen los placeres, y aún mucho verse igualar con ellos, en los privilegios aquiridos con la virtud y el valor. Por esto los hábitos de Castilla tomaron las armas contra el rey don Alfonso el Tercero 31, que los quiso obligar á la imposición de cinque maravedís de oro al año para los gastos de la guerra.

No se han de imponer los tributos en aquellas cosas que son precisamente necesarias para la vida, sino en las que sirven de las defensás, de la libertad, á la armada; y la armada; con lo cual, quedando castigado el exceso, cae el mayor p oz los ricos y poderosos, y quedan divididos los labradores y oficiales, que son la parte que más conviene mantener en la república. Los romanos cargaron grandes tributos sobre las armas, plata y piedras preciosas que se traían de África. Alejandro Sévero le impuso sobre los oficios de Roma que sirviesen más á la las armas que á la necesidad. Parte es de reformación encarecer las defensás.

Ningunos tributos menos dañosos á los reinos que los que se imponen en los puertos sobre las mercancías que se envían, porque la mayor parte pagan los forasteros. Por esto conviene que en ellos constituyan las rentas reales de Inglaterra, dejando libre de imposiciones al reino.

El mayor inconveniente de los tributos y regalías está en los receptores y cohechos, porque no hacen más daño que los mismos tributos; y ninguna cosa lleva más incómodo las armas que la violencia de los ministros en su coherencia. Sola Siefa, dice Cicerón, que se mostraba fuerte en suscribir con paciencia. Sólo se quejó Dios, porque los cohechos, que habían desparchado el reino 29. En Egipto era una profeta de los tributos, porque solamente de quien era dispensador de Dios no sufrían, y hay que están en manos de negocios y compradores, que no menos despachan á la nave que llega al puerto que el naufragio 31, y como los bandoleros, desafían al marinero que pasa de un continente otro. ¿Qué mucho pues que falta el comercio á los reinos, y que no les entra de allá las monedas y riquezas, si han de estar expuestas al robo? Y ¿qué mucho que salgan de sus puertos las contribuciones, si pagan uno al príncipe y otro á quienes las cobran? Por estos inconvenientes, en las cortes de Guadalajara, en tiempo del rey don Juan el Segundo 32, ofreció el reino de Castilla un servicio de ciento y quince mil ducados, con tal que tuviese los libros del gasto y recibo, para que constase de su cobranza y si se emplearan bien, y no á arbitrio de los que gobernaban á Castilla por la minoridad del Rey. Por esto el reino de Francia propuso á Enrique el Segundo 28 que le quitase los exáctores, y la pócima donde quisiera sus rentas reales; y aunque inclinado á ello, no faltaron después consejeros que con aparentes razones lo disuadieron. Lo mismo han ofrecido diversos veileen los reinos de Castilla, obligando también al desempeño de la corona; pero se ha juzgado que sería descalificadizo de la autoridad
real el dote por tutor al reino, y peligrosa en él esta potestad; pero la causa más certa es, que se deja de mala gana el manejo de la hacienda y la ocasion de enriquecer con ella a muchos. No está el crédito del príncipe en administrar, sino en tener. No fue menos atenta la república romana a su reputación que cuantas ha habido en el mundo, y reconocido este peso de las cobranzas, ordenó que los mismos pueblos be-

\[29\] De provinciae novi ceterbantur, utque vetere una avaricia aut crudelitate Magistratuum toleraret. (Plc. Hist. Ann.)
las situadas en Asia, más bien monterias las fuerzas de tierra que las del mar. Venecia y Génova, que hicieron su asiento, aquella en el agua y esta vecina de ella, y en sitio que más parece escolta del mar que seno de la tierra, imparables al arado y cultura, pongan sus fuerzas en el reino y vea. Cuando se precisaron delzas, fueron tenidas y gloriosas en el mundo ambas repúblicas. España, que, retirándose de los Pirineos, su arreco al mar y se interponen entre el Océano y el Mediterráneo, funda su poder en las armas navales si quisiere aspirar al dominio unival o conservable. La disposición es grande, y mucha la comodidad de los puertos para mantonellas y para impedir la navegación a las demás naciones que se enriquecen con ella y eran fuerzas para llevar la guerra; principalmente si con las armas se aseguraron el comercio y mercancía, la cual trae consigo al marisco, hace armazones y almacenes los puertos, los enriquece de todas las cosas necesarias para las armadas, de substancia al reino con que mantengan, y la pueblan y multiplican. Estos y otros bienes delce de las naciones que se inclinaban en Tiro (ciudad sita en el corazón del mar), por el trato que tenía con todas las naciones, porque de ella concurrían las naves y marineros. Los parías, libios y libios militaban en sa ejército, y colgaban en ella sus escudos y armazones. Los cartaginenses la llenaban de todo género de riquezas, plata, hierro y los demás metales. No había bienes en la tierra que no se derrumbaran en sus foros, y así la llamaban abundante y gloriosa, y que en su reino multiplicada su fortaleza con la negociación. Las repúblicas de Sidón, Nínive, Babilonia, Roma y Cartago con el comercio y trato oficiaron en riquezas y armas. Cuando salió de Venecia y Génova el trato y navegación, faltó el ejercicio de su valor y la ocasión de sus gloria y trofeos. Entre otras vivas en el aren, incluido el azulado y al arado, sustenta Holanda poderosos ejércitos con la abundancia y riquezas del mar, y mantiene populosas ciudades, tan vecinas unas a otras, que no las pudieran sustentar los campos más fértiles de la tierra. Francia no tiene minas de plata ni oro, y con el trato y puertos invencibles de hierro, plata y estano hace preciosa su industria y su enriquecimiento; y nosotros, desnudos, por donde los ricos del mar. Con inmenso trabajo y peligros traemos a España de las partes más remotas del mundo los diamantes, las perlas, las aromas y otras muchas riquezas; y no pasando adelante con ellos, habiendo otros granjeros de nuestro trabajo, comunicándolas a las provincias de Europa, América y Asia. Entregamos a genoveses la plata y el oro con que negociamos, y pagamos cambios y recambios de sus negociaciones. Salen de España la lana, la lana, la lana, el acero, el hierro y otras diversas materias; y volviendo a ella la redadas en diferentes formas, compramos las mismas cosas muy caras por la conducción y hechuras, de suerte que nos costará el ingenio de las demás naciones. Entran en España mercancías que, salto solamente se consumen luego, y sacan por ellas el oro y la plata, con que (como dijo el rey don Enrique el Segundo) se enriquecen y se arman los extranjeros, y con ellas las veces las énigmas, en tanto que se empobrecen nuestros vasallos. Queja fué esta del emperador Tiberio, viendo el exceso de perlas y piedras preciosas en las matronas romanas. Una gloria inmortal le espe- ra a nuestra alteza si favorecemos y honramos el trato y mercancía, ejercitadas en las ciudadanías por ellos mismos, y en los nobles por terceras personas, pues no es más natural la renta de los frutos de la tierra que la de la permuta, dando unas por otras, en vez del oro. No desperdiciaron de esta mercancía y trato los principes de Tiro, ni las ciudades que el rey Salomón envió a Túris trian, no salve de las cosas necesarias, sino aquellas a que como podían enriquecer y aumentar sus riquezas, y hacer mayor sobre todos los reyes de la tierra. Pompeyo tenía a ganancia su diario. La nobleza romana y la cartaginesa no se esfuerzan con el trato y negociaciones. Colegio formó Roma de mercaderes, de donde piqueo que aprendieron los holandeses a levantar sus compañías. Con mayor comodidad se pudieron formar en España, aseguradas con navíos armados, que no solamente corrían en ella las riquezas, sino también florecían las armas navieras, y sería inmercedible a las demás naciones. Conociendo estas conveniencias los reyes de Portugal, abrieron por ignotos mares con las armas el comercio en oriente, con el comercio sustentaron las armas; y fundán con estos y aquel un nuevo y dilatado imperio, introdujeron la religión, la cual no pudiera darse a aquellas remotas provincias, ni después de las de occidente, por la industria y valor de los castellanos, si las llamas con plumas de lino y perfiles del pájaro sin la cruz no hubieran sido sus almas, con que llegan a darse a conocer al gentilismo, en cuant extrañaron los nuevos huéspedes vientos de regiones tan distantes, que ni aun por religion les conocía; y recibiendo doble la verdadera luz del Evangelio y el divino pens del Sacramento, levantado
de tan lejos, exclamó jubilante con Isasael: ¿Quién para mí bien engendró a estos? Y estéril, y desterrada y cautiva, y ¿quié n sustentó a estos? Y de desamparada y sola, y estos ¿hállense estaban si?

No menos importaría que, como los romanos afirma ron su imperio poniendo presidios en Constantinopla, en Rodas, en el Reno y en Cádiz, como en cuatro ángulos principales del, se colocasen también en diferentes partes del Océano y Mediterráneo las religiones militares de España, para que con noble emulación corriessen los mares, los limpiasen de costerías y asegurasen las mercancías. Premios son bastantes del valor y virtud aquellas insignias de nobleza, y suficientemente justifican su encomienda para dar principio a este hercúleo, digno de un hercúleo rey; y cuando no bastasen sus rentas, y no se quisiese despojar la corona del dote de los maestrazgos dados por la Sede Apostólica en administración, se podrían aplicar algunas rentas eclesiásticas. Pensamiento fué este del rey don Fernando el Católico, el cual tenía trazado de poner en Granada el orden de Santiago, y en Burgos y Trijó las de Alcántara y Cataluña, habiendo para ello alcanzado del Papa la aplicación de las rentas de los conventos del Villar de Vejas y de San Martín, en la diócesis de Santiago y Oviedo; pero nos pudo ejecutar por el embargo que le sobrevino de las guerras de Italia, ó porque Dios reservó esta empresa para gloria de otro rey; a que no debe oponerse la razón de estado de no dar cabeza a los nacionales, de que resultaron tantos alborotos en Castilla cuando había maestres de las órdenes militares; porque ya hoy la creció tanto la grandeza de los reyes con las coronas que se han multiplicado en sus sienes, que no se puede tender esto inconveniente, principalmente estando fuera de España las órdenes y incorporados en la corona los maestrazgos.

EMPRESA LXIX.

Ni un instante quiso la divina Providencia que estuviese esta monarquía del mundo sin el oro y el acero, aquel para su conservación, y este para su defensa; porque, si ya no los crió con ella misma, trabajó el sol, gobernador segundo de lo crío, deseando que se le encargara la conservación de las cosas, en purificar y donar los minerales, y constituir en los montes, donde también Marte, presidente de la guerra, endureció las materias, y redució a hierro y acero, hizo armas. Los brazos de las repúblicas son las armas, su sangre y espíritus los teeros; y estos no dan fuerza a aquellos, y con aquéllos no se mantienen estos, cuando desmayadas las repúblicas y quedan expuestas a la violencia. Pienso dice que hay en las Indias una especie de bocamigas que, en vez de granos de trigo, recogon los del oro. No les dió la naturaleza el uso del; pero quiso que, como muestras de las demás repúblicas, las enseñas

---


IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

no por el peligro, sino por tener divertidos los súbditos (como dijimos) y por vanagloria, los ocupaban en fábricas. Cuando el príncipe acusaba tesoros por aviniencia, no se vale dellos en las ocasiones forzosas de ofensa o defensa, y por no gustólos tiene desprevenidos y fáciles sus presidios y sus armas, bien creado que llamará contra sí de sus enemigos, dándoles ocasión para que fragüen llaves de acero con que abrir sus erarios; pero cuando conserva los tesoros para los empleos forzosos, se hará temor y respeto de sus enemigos, porque el dinero es el nexo de la guerra; con él se ganan amigos y confederados, y no menos atemorizan los tesoros en los enemigos que las municiones, las armas y pertrechos en las armas, y las naves y galeras en los arsenales. Con este lím no es avaricia el juntallos, sino prudencia política, como lo fué la del rey don Fernando el Católico, cuya fama de misero quedó desmentida en su muerte, no habiendo hallado en su poder suma considerable de dinero. Lo que guardaba lo empleaba en la fábrica de la monarquía; y puso su gloria, no en haber gastado, sino en tener con que gastar. Pero es menester advertir que algunas veces se atesora con grandezas de ánimo para poder ejecutar gloriosos pensamientos, y después se convierte poco a poco en avaricia, y primero se ve en la ruina de los estados que se abren los erarios para su remiendo. Éstas se convierten en ellas.

No basta que los tesoros estén repartidos en el cuerpo de la república, como fue opinión de Cícero 4; porque las riquezas en el príncipe son seguridad, en los súbditos peligro. Cerial dijo a los de Tróvera que sus riquezas las causaban la guerra 5. Cuando la comunidad es pobre, y ricos los particulares, llegan primero los peligros que las prevenciones. Los consejos son errados, porque lúyen de aquellas resoluciones que miran a la conservación común, viendo lo que se han de ejecutar a costa de las haciendas particulares, y entran forzados en las guerras. Por esto lo pareció Aristóteles que estaba mal formada la república de los espartanos, en que no había bienes públicos 6. Si se atiende más al bien particular que al público, ¿quién menos se atenderá a remediar con el daño propio del de la comunidad? Está inconveniente experimentado en la república de Génoa, y esta causa atribuyó Catón la ruina de la romanía, en la oración que hizo Sustacio haber hecho al Senado contra los cómplices en la conjuración de Catilina; porque (como explica San Agustín 8) se aportó de su primer instituto, en que eran pobres los particulares y rica la comunidad; de que hizo mención Horacio, quejándose de ello.

Los reyes grandes desprecian la atención en atesorar o en conservarlo y la olvidaron: fiados en su poder, se dejaron llevar de la prodigalidad, sin considerar que, en no habiendo tesoros para las necesidades, es fuerza cargar con tributos a los súbditos, con peligro de su fidelidad, y que cuanto mayor fue la monarquía, tanto mayores son los gastos que se le ofrecen. Son bribiones los principios, que, si reciben por cinco manos, gastan por ciento. No hay substancia en los reinos más ricos para una mano pródiga. En una hora vuelan las nubes los vapos que recibieron en muchos días. Los tesoros que por largos siglos había aculadado la naturaleza en los secretos erarios de los montes, no bastaron a la imprudencia prodigalidad de los emperadores romanos. Esto suelte suceder a los sucesores que hallaron ya juntos los tesoros, porque vanamente consumen lo que no les costó trabajo; rompen luego las presas de los erarios y sellando con delicias sus estados. En menos de tres años desapareció Cástulo sesenta y seis millones de oro, aunque entonces valía un escudo lo que ahora cuesta. Es loco el poder, y ha menester que lo corrija la prudencia económica, porque sin ella caen luego los imperios. El romano fué declinando desde que por las prodigalidades y excesivos gastos que los emperadores se consumieron sus tesoros. El mundo se gobernó con las armas y riquezas. Esto significa esta empresa en la espada y el ramo de oro que sobre el orbe de la tierra levanta un brazo, mostrando que con el uno y el otro se gobierna; aludiendo a la tabla de Enéas en Virgilio, que pudo con ambos penetrar al infierno y rendir sus monstruos y fuerzas. No hierre la espada que no tiene los filos de oro, ni hasta el valor sin la prudencia económica, ni las armas sin los erarios; y así, no debe el príncipe resolverse a la guerra sin haber reconocido primero si puede sostenerla. Por esto parece conveniente que el presidente de Hacienda sea también consejero de Estado, para que ofrezca en el Consejo cómo están las ventas reales y qué medios hay para las armas. Muy circunspecto ha de ser el poder y muy considerado en mirar lo que emprende. Lo que hace la vista desde la frente, hace en el ánimo la prudencia económica si esta falta en las repúblicas y reinos, será elegida y como Polifemo, raro aquel luminar de su frente por la astucia de Ulises, arroja vana mente peligros para venganza, arrojarán futilmente sus riquezas y tesoros. Harto hemos visto en nuestros tiempos consumidos sin provocho en diversiones por tiempos imaginados, en ejércitos levantados en vano, en guerras que las pudiera imitar los vecinos, en la inutilidad de los fondos, en el gasto, con
que, creyendo los príncipes quedar más fuertes, han quedado más flacos. Las ostentaciones y amenazas del oro arrojado sin tiempo y sin prudencia, en sí mismas se desilusionan, y las segundas son menores que las primeras, yándose enriqueciendo unos con otras. Las fuerzas se recobran fácilmente, las riquezas no vuelven a la mano. Dellos no sube a usar sino en las ocasiones forzosas e inescuables. A los primeros monstruos que se le opusieron a Dénia, no sacó el ramo de oro, sino la espada.

Corriplo hie adusta repulsis formidino fennam Amores, aeterni muros iacta ventituentes offerit. (Virg.)

Pero después, cuando vió que no bastaba la fuerza de los ruegos ni la negociación a mover a Acoronte para que lo pasase de la otra parte del río, su valía del ramo de oro (guardado y oculto hasta entonces), y le obligó con el don, aplacando sus iras.

Si te nulla novel fonte picta image,
At romanum luce (aperti vana, quem velat tenebat)
Agnosce. Tuenda es, quae huc tacea residua:
Nec plura habis, tenebrae venerabilis domum.
Painitque luna longo post temere visum,
Caerulent um vespertis proclam. (Virg.)

Procuran pues los príncipes mantener siempre claros y perspicaces sobre sus captores estos ejes de la prudencia, y no se deslucen de su economía, pues ella depende de la conservación, y son padres de familias de sus vasallos. El magnetismo constante de Augusto se reducía por el bien público (como decimos en otra parte) a escribir en su mano la entrada y salida de las riquezas del imperio. Si en España hubiera sido menos prudencia y menos económica la paz, no hubiera levantado con el dominio universal del mundo; pero con el deseo que engendra la grandeza, ha dejado pasar a las demás naciones las riquezas que la hubieran hecho inmunes. De la inocencia de los indios las compramos por la permuta de cosas viles; y después, no menos simples que ellos, nos las llevan los extranjeros, y nos dejan por ellas el cobro y el pleme. Es el reino de Castilla el que con su valor y fuerzas levantó la monarquía: triunfaron los demas, y él pedazo, sin acertar a verse de los grandes tesoros que entran en él. Así igualó las potencias la divina Providencia: a las grandes les dio fuerza, pero no industria, y al contrario a las menores. Pero, porque no parece que descubra y no eche las heridas, se curará bruscamente sus causas y sus remedios. No serán estos de quinitas pesadas ni de arbitrios especulativos, que con admiración acrediten la novedad y con daño reprochen la experiencia; sino aquellos que dicen la misma razón natural, y por comunes desprecian la ignorancia.

Son las frutas de la tierra la principal riqueza. No hay más rica en los reinos que la agricultura. Bien lo conocieron los egipcios, que retribuyeron el césped en una reja de arado, significando que en ella consistía su poder y gloria. Más rindo el monte Vesúvio en sus

vertientes que el cerro de Potarphi en sus entrañas, aunque sea de pisa. No acaso dió la naturaleza en partes tan prodigiosamente los frutos, y celó en los fundos sensos de la tierra la plata y oro. Con merced hizo comunes aquellos, y los puso sobre la tierra porque hubieran de sustentar el mundo, y escogió los metales para que costase el trabajo de purificarlos, y no fuese dañosa a los hombres su abundancia si excedieran de lo que era menester para comercio y trato por medio de las monedas, en lugar de la permuta de las cosas. Con los frutos de la tierra, consumó España 41 tan rica en los siglos pasados, que, habiendo venido el rey Luis de Francia a la corte de Tebeto (en tiempo del rey don Alonso el emperador), quedó admirado de su grandeza y lucimiento, y dispuso habitar quizá de Europa y Asia, aunque habiendo sido por sus provincias con ocasión del viaje a la Tierra Santa. Este esplendor conservaba entonces un rey de Castilla 42, trabajado con guerras internas, y corrupción de los africanos la mayor parte de sus reinos; y se cuentan algunos autores, para la guerra sagrada, se juntaron en Castilla en sus mil agricultores de gente honesta, y diez mil caballeros y sesenta mil cañones, y a todos los soldados, oficiales y príncipes les daba el rey don Alonso el Tercero cada día sueldo según sus puestos y calidad. Estos gastos y provisiones, que verdad desacreditaba la experiencia presente, y los éxitos del enemigo mucho más numerosos, pudo sustentar sola Castilla sin esperar riquezas extranjeras, esperadas al tiempo y a los enemigos, hasta que, desolado un víaclavo, le dejó la fortuna ver y darse cuenta de su nuevo órden, y no conocido ó ya olvidado de los antiguos para gloria de Colón, el cual, muerto aquel español primer descubridor, y llegando á sus manos las descobertas que habían hecho, se resolvió á reparar el descubrimiento de provincias tan remotas, que no se habían de la naturaleza con montes interpuestos de ellas. Comunicó su pensamiento con algunos príncipes, para intentarlo con sus asistencias; pero ninguno de crédito en tan gran novedad, en que si hubiera sido en ellos aviabien, y no faltando de hubieran merecido el nombre de prudentes, que ganó la república de Castilla cuando, habiéndose presentado en su senado dos marineros que referían haber hallado una isla muy rica y delicia (que se creó era la Española) los mandó matar, juzgando que sería dañoso su descubrimiento de república. Recorrió únicamente Colón los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, cuyos generosos ánimos, capaces de muchos mundos, no se contentaban con uno solo; y habiéndole dado crédito y asistencia se entregó á las inmensas alas del Océano, y después de largas navegaciones, se que no fuesen peligros y descubrimientos de sus compañeros que los descubrimientos del mar, volvió á España con las naves inte-
IDEA DE UN PRÍNCipe POLÍTICO-CRISTIANO.

Presentaba a los héroes de la Corona de Castilla, juzgados por sus acciones y hechos, la figura de los reyes y sus ministros. En este sentido, la relación entre la política y la moralidad fue considerablemente importante. La idea de un príncipe político-cristiano era una respuesta a los desafíos que el mundo medieval enfrentaba, y buscaba establecer un orden justo y justo.

**Referencias:**
1. *Vita reliquiae sanctorum*.
2. *Liber pontificalis*.
3. *Historia ecclesiastica*.
4. *De rebus gestis*.
5. *Editiones historicae*.
6. *Sermo*.
 DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

gajes inútiles del imperio, como también los reformó el emperador Alejandro Sverno, diciendo que era tirano el príncipe que los sustentaba con las entradas de sus provincias. Lloren pocos tales reformaciones, y no el reino. Si dotó el desorden y falta de providencia los puestos, los oficiales y los cargos de la paz y de la guerra; si los intestados la vanidad á título de grandeza, ¿por qué no lo ha de corregir la prudencia? Y cómo cuanto son mayores las monarquías, tanto son mayores sus desórdenes; así también lo serán los efectos de este remedio. Ninguno tributo ni renta mayor que excusar gastos. El curso del año que pasó no vuelve. Con las prósas crece el caudal de los ríos. El defender el dinelo es fijar el azogue, y la más segura y rica piedra filosofal. De donde tenga por cierto que sí, bien informado un rey por los ministros de mar y tierra de los gastos que se pueden excusar, se determinase á moderarlas, quedarían tan fruciosas rentas, que bastarían al desempleo, al alivio de los tributos y á acumular grandes tesoros, como lo hizo el rey don Enrique el Tercero 29; el cual, hallando muy empeñado el patrimonio real, trató en cortes generales de su remedio, y el que tomó fué el mismo que propusimos, abajando los sueldos, las pensiones y acaudalados, según se dan en tiempos de los reyes pasados. En que también se habla de corregir el número de tantos tesoreiros, contadores y recetores, los cuales (como decimos en otra parte) son armados de Libia, donde se secan y consumen las arrobas de las rentas reales que pasan por ellos. El Gran Turea, aunque tiene tantas cobranzas, se vale de solo dos tesoreiros para ellos, uno en Asia y otro en Europa. El rey Enrique IV de Francia (no menos económico que valiente) reconoció este daño, y redujo el número competente los ministros de la hacienda real.

El tercer remedio es que, pues la importancia de los pretendientes á quien se rendía la generosidad de los principes 30 saca duchos privilégios, exenciones y mercedes perjudiciales á la hacienda real, se revequean cuando concurren las causas que movieron á los Reyes Católicos á revocar las del rey don Enrique el Cuarto en una ley de la Recopilación 24; porque, como dijeron en otra ley 32, no convinía á los Reyes usar de tanta largueza, que se convirtiera en destrucción, porque la franqueza debía ser usada con ordenada intención, no menguando la corona Real, ni la Real dignidad; y si de la necesidad de la poca adversidad del príncipe no reparó en ella, se debe remediar después. Por este hecho la renunciación de la corona del rey don Ramiro de Aragon, se anularon todas las donaciones, que habían dejado sin fuerzas el reino. Lo mismo hicieron el rey don Enrique el Segundo, llamado el Liberal, y la reina doña Isabel. El rey don Juan el Segundo revocó los privilegios de los excusados dados por él y por sus antecesores. A los principes sucede lo que escribió Jerónimo de los ídolos de Babilonia, que de sus corona tomaban sus ministro el oro y la plata para sus usos propios 35. Esto reconocido por el rey don Enrique el Tercero 24, se halló obligado á prender á los más poderosos de sus reinos, y á quitarles lo que habían usurpado á la corona; con lo cual y con la buena administración de la hacienda real juntó grandes tesoros en el cazar de Madrid.

El último remedio (que debió ser el primero) es excusar los principes en su persona y familia los gastos superfluos, para que también los excusen sus estados; cuya reformación (como dijo el rey Teodoro 25) ha de comenzar del para que tenga oficio. El santo rey Luis de Francia amenazó á su hijo Filippe que no hubiese bien presidido las fortalezas y mantenido los ejércitos. El emperador Castro V moderó en las cortes de Valladolid los oficios y sueldos de su palacio. La magnanimidad de ánimo de los principes consiste en ser liberales con otros y regodeados consigo mismos. Por esto el rey de España y Francia Sismando (así se inició en el concilio de Toledo) dijo 27 que los reyes deben ser más escasos que gastadores. Bien reconoció la dificultad de tales remedios; pero, comiendo Petrarca en el mismo caso 38, satisfecho manó obligación, pues aunque no se haya de ejecutar lo que conviene, se debe representar para cumplir con el instituto de este libro.

No me atrevo á entrar en los remedios de las mandas, porque son niñas de los ojos de la república, que se ofenden si las toca la mano, y es mejor dejarlas al que alterar su antiguo uso. Ningun juicio puede pernir los inconvenientes que hacen de cualquier mando en ellas, hasta que la misma experiencia las muera; porque, como son regla y medida de los contratos, no desconocéndolos padecen todos, y queda perturbado el comercio y como fuere de la república. Por eso fué tan prudente el juramento que instituyó el rey en Aragon 29, después de la renunciación de la corona de Aragon 29.
IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO-CRISTIANO.

rey don Pedro al Segundo, obligando a los reyes a juzgar antes de tomar la corona, que no alterarían el curso ni el cuerpo de las monedas. Esta es obligación del príncipe, como lo escribió el Papa Inocencio III al mismo rey don Pedro, estando alborotado aquel reino sobre ello; y la razón es, porque el príncipe está sujeto al derecho de las gentes, y debe, como líder de la sociedad, cuidar de que no se altere la naturaleza de las monedas, la cual consiste en la materia, forma y cantidad, y no puede estar bien ordenado el reino en quien falta la pureza de ellas. Pero, por no dejar sin tocar esta materia tan importante a la república, dirá dos cosas solamente. La primera, que entonces estará bien concertada y libre de inconvenientes la moneda, cuando al valor intrínseco se le añadiera solamente el coste del cuño, y quando la liga en la plata y oro correspon- diera a la que achan los demás reyes, pues con esto no la sacarán fuera del reino. La segunda, que se labran monedas del mismo peso y valor que las de otros reyes, permitiendo que corran también las extranjeras, pues no es contra el monarca el príncipe el servir con sus estados de los cuños y armas ajenas, que solamente testifican el peso y valor de aquel metal. Esto parece más conveniente en las monarquías que tienen trato e interesa con diversas naciones.

EMPRESA LXX.

No sufre compadres el imperio ni se puede dividir la majestad, porque es improplicable que cada uno de ellos mandez y obedezca a un mismo tiempo, no pudiéndose constituir una separada distintión de poderes y de casos, no que la ambición dure en una misma balanza, sin que pretenda este superioridad sobre aquel, sin que los desacomponga la invidia o los celos. No te pedía Real soleva, aunque potencia

Impatien consentio erit.

(Lucan.)

Imposible parece que no se encuentren las órdenes y los dióceses de dos gobernadores. Moises y Aaron eran hermanos; y habiendo Dios dado a este por compañero de aquel, fué menester que estuviese en los labios de ambos, y que ordenase a cada uno lo que había de hacer, para que no discordasen. Uno es el cuerpo de la república, y una ha de ser el alma que la gobiernia. Aten despojado un rey, no cabe con otro en el reino. Esta excusa dio el rey de Portugal para no admitir en el suyo al rey don Pedro, que iba a quien de su hermano don Enrique. Bien fue menester la fuerza del matrimonio, que una los cuerpos y las voluntades, y la gran prudencia del rey don Fernando y de la reina doña Isabel, su mujer, para que no se mezclaran inconvenientes de gobernarse ambos los reinos de Castilla. Difícilmente se hallan en un trono el poder y la concordia; y si bien se alaba la unión entre Dioscuro y Maximiano, los cuales gobernaban el imperio, no fue sin inconvenientes y disgustos. Por esto los emperadores en la república romana mandaban alternativamente. Pero la necesidad obliga a más de una cabeza, es mejor que sean tres, porque la autoridad de uno compondrá la ambición de los dos. No puede consistir la parcialidad donde no puede haber igualdad; y esto duró algún tiempo el triunvirato de César, Craso y Pompeyo, y el de Antonio, Lépido y Augusto. Por ser tres los que asistieron al rey don Enrique el Terceño, fué más bien gobernado el reino en su minoridad. Teniendo consideración a esta razón, ordena el rey don Alonso el Sabio, que en la edad nupcial de los reyes gobernase uno, o tres, o cinco, o siete. Por no haberse hecho así en la del rey don Alonso XI, produjo grandes inquietudes Castilla, gobernada por los


1 El que es cielo uno, se la orez filias, et estandem robis et aere delabdit. (Exod. 4, 15.)
2 Usam esse Républicam corpus, aequo unius animo regendam. (Tac., lib. 4, Ann.)
3 Quasque arma a non, noster est principium et concordia

143
fantes don Juan y don Pedro, y fué menester que el consejo Real tomase el gobierno supremo; aunque siempre sería violento el imperio que no se redujese á unidad, y quedara dividido en partes, como sucedió á la monarquía de Alejandro, la cual, si bien comprimía casi todo el mundo, duró poco; porque, después de muerto, sucedieron en ella muchos príncipes y reyes. La que levantaron en España los africanos se conserva más tiempo si no se hubiera dividido en muchos reinos. Esta empresa lo representa en el árbol corona do, que significa el rey, de quien tiraron dos manos, aunque sean unidas de una misma suerte, lo desenredarán, y quedará rota y inutil la corona, porque la ambición humana suele tal vez desconocer los vínculos de la naturaleza. Divididos los estados entre los hijos, no se mantiene unida la corona, aunque más los amanecen el peligro. Cada uno tira por su parte, y procura en cuanto esté en su mano del estrado como le tuvo su padre. Así sucedió al rey don Sancho el Mayor 6. Hubo la Providencia divina ceñida sus manos con casi todas las coronas de España, para que, unidas las fuerzas, pudiesen sostener el dominio africano y sacudir de su cerviz aquel tirano yugó; y él, con más efecto paterno que prudencia política, repartió los reinos sobre sus hijos, creyendo que así colectados las fuerzas, se mantendrían más poderosas, obligadas de la necesidad de la concordia con el común enemigo; pero cada uno de los hermanos quiso tratar como rey, y dividida entre tantas la majestad, quedó sin espada y fuerzas; y, como los disgustos y enemistades domésticas se ceban más en el corazón que en la cabeza, se levantaron luego entre ellos sangrientas guerras civiles, procurando cada uno con grave daño público echar al otro de su reino. Pudiera este error, reconocido de la experiencia, ser acomodado en los tiempos futuros á los demás reyes; pero en ellos volvieron á caer el rey don Fernando el Grande, don Alfonso el Emperador y el rey de Aragon don Jaime el Primer 7, haciendo otras divisiones semejantes los reinos entre sus hijos. O es fuerza del amor propio, o condición humana, amiga de novedades, que levanta las opiniones caídas y olvidadas, y juzga por acertado lo que habían los antepasados, si ya no es que buscamos sus ejemplos para disculpas del que deseesmos hacer. Más advertido fue el rey don Jaime de Aragon el Segundo 8, que ordenó anulándose siempre juntos aquel reino, el de Valencia y el príncipe de Cataluña.

No se excusan estos errores con la ley de las doces tablas y con el derecho común 9, que reparten entre los hermanos la herencia del padre, ni con la razón natural, que parece hace comunes los bienes de quien dio común ser á los hijos; porque el rey es persona pública, y la de obrar como tal, y no como padre. Mas debe mirar por el bien de sus vasallos que por el de sus hijos, y ninguna cosa tan dañosa al reino como dividillo.

7 Id., 1, 8, c. 9.
8 Id., 3, 8, c. 19.
9 L. inter illos, el Hijas, C. Familias eretis.

Es también el reino un bien público, y así se considera como ajeno; y no tiene el rey tan libre disposición en él, como en sus bienes los particulares, principalmente habiendo adquirido los vasallos (después de rendidos á una cátedra) un cierto derecho que mira á su conservación y seguridad y también á su lustre y grandeza, para que no se desanima aquel cuerpo de estado que los mantienen estimados y seguros; y como este derecho es universal, vence el particular, y también el amor y afecto paterno, y á la consideración de dejar en paz á los hijos con la división del reino; fuera de que con ella no se alcanza, antes se da poder y fuerzas cada uno para que batallen entre sí sobre el repartimiento, no pudiendo ser tan igual que satisfaga á todos. Mas quietos viven los hermanos cuando depende su sustento de lo que reina, y entonces los acomodan con alguna renta que bastará á sustentar el espléndor de su sangre. Así hizo Josafat 10; con lo cual no ser menester valeros del huir el estado de la casa esté- na, ni de la implica política, que no tiene por seguro el edificio de la dominación si con la sangre de los pretendientes no se unan sus cimientos, y es la caja que acriben sus piedras.

Por las razones dichas casi todas las naciones prefirieron la sucesión á la elección, reconociendo cada sujeto estar el interregno á las divisiones, y que con menor peligro se recibían que se eligieran los príncipes.$$Habiendo pues de vender uno en la corona, fué muy conforme á la naturaleza seguir su orden, prefiriendo á los demás hermanos al que primero había favorecido con el ser y con la luz, y que ni la minoridad ni otros defectos naturales lo quitasen al derecho ya adquirido, considerando mayores inconvenientes en que pasaría otro de que nos dan muchas ejemplos las sagradas leyes.

La misma causa y el mismo derecho concurren en las herencias para ser divididas á la corona á falta de varones, porque la competencia sobre el derecho de la división, constando ordinariamente de estados que pertenecen á diversos sujetos cuando falta la descendencia, y aunque la ley sálica, con pretexto de la honestidad y de la fragilidad del sexo (si no fué influida y amén de los hombres), consideró á pesar de ser en estos ejemplos que califican al consejo y valor de las herencias, muchos inconvenientes para excluyelas del reino, alguno pesa mas que este; antes se ofrecen conveniencias muy graves para admitirlas al capricio, porque se quita la competencia, y da las guerras civiles sobre la sucesión; y casando la hija que sucede con grandes príncipes, se aurren á la corona grandes estados, como sucedió á la de Castilla y á la casa de Austria. Sólo podría considerarse esto por inconveniente en los principados pequeños; porque, casando las herencias con reyes, no se pierda la familia y se confunde lo estado.

10 Declinuit eis pater noster multa munera argente at sunt, penitentias, cum eivitatibus multitudinae in Juda, sequentes tempus tradidit Joram, quod esset pignorantium. (2 Paral., 3, 1.)
EMPRESA LXXI.

¿Qué no vence el trabajo? Dama el acero, ablanda el bronce, reduce á sútiles hojas el oro y labra la constancia de un diamante. La fragilidad de una cuerda rompe con la continuación los mármoles de los brocales de pozos; consideración con que san Isidoro venció, entregado al estudio, la torpeza dos ingenios. ¿Qué rapaza provoca la defensa, que no le expugne el enemigo? Los muros más duros y las puertas los destruyó la obstinada porfia de una viga herrada, llamada arista de los antiguos, porque su punta formaba la cabeza de un caballo. Armada de rayos una fortaleza, cedida de murallas y baluartes, de fósforos y contrafósforos, se rinde á la fatiga de la pala y del azadón. Al ánimo constantes, ninguna dificultad embaraza. El empeño de la gloria no está en valle amenos, ni en vega deliciosa, sino en la cumbre de un monte; añade se sube por ásperos senderos, otros abruptos y espesos. No produce palmas el terreno blandiendo hecho. Los templos dedicados á Minerva, á Marte y á Heracles (diosas gloriosas por su virtud) no eran de labor co-rinado, que conste de follajes y flores deliciosos, como los dedicados á Vénus y á Flore, sin de orden de ricó y rico y rústico, sin familiaridad á la vista todas sus cornisas y frisos: mostraban que los levantó el trabajo, y no el regalo y ostero. No llegó á ser constelación la nave. Argos, estando varada en los árboles, sin oportunidades al viento y á las olas y venciéndolas dificultades y peligros. No multiplicó corrompiendo sus signos el principio que se extendió el ocaso y á las delicias. En todos los hombres es necesario el trabajo, por el peligro más, porque en da una medida para sí mismo, el principio para todos. No es fácil de descender el reino. Añada al rey don Alonso de Aragón y Nápoles el trabajo en los reyes, y respondió, por ventura dió la naturaleza las manos á los reyes para que estuviese ociosos. Habría aquel entendido rey considerado la fábula de las liturgias de su trabajo, su habilidad en escribir, su fuerza en cerrarse y su unión en obras cuanto ofrece la idea del entendimiento, siendo instrumentos de todas las artes; y así infirió que tal artificio y disposición no fué accesible para la colosalidad, sino para la industria y trabajo. Al rey que tuviera siempre ociosas y abiertas las manos fácilmente se le caerá del caído el ceño, y se levantarán con él los que tuviera cerca de sí, como sucedió al rey don Juan el Segundo, tan entregado á los regalos y a los ocios de la poesía y de la música, que no podía sufrir el pesaje de los negocios, y por desembarazarse dellos, ó los resolvió luego incomodamente, ó los dejaba al arbitrio de sus criados, estimando en más aquel oído torpe que el trabajo glorioso de reinar, sin que hasta el ejemplo de sus heroicos natingados, asímismo el valor y el valor ardiente de los que custodian de en sus descendientes el regalo y debajo del reino, y se juntara la raza de los grandes principes, como sucedió á la de los cabalos generosos, llevados de tierras eriertas y socas de las palacios y demasiadamente abundantes de postes. Este consideró don el rey don Rodríguez de Nápoles ha de escribir en los últimos días de su vida al duque de Calabria, su hijo, que se ocupase en ejercicios militares y en caballería, sin dejarse envolver con los delitos ni vencer de las dificultades y trabajos. Es la ocupación única del alma; sin ella corre magia de las olas de sus afilques y pensiónes y de los osclos de sus vidos. Por castigo le dijo Dios el hombre el trabajo, y juntamente que que tiene el medio de su descansa y prosperidad. Ni el sol ni el descanso, sino solamente el trabajo, abrió las zanjas y cimientos y levantó aquellos hermosos y fuertes edificios de las monarquías de los medos, arios, griegos y romanos. El fue quien mantuvo por largo tiempo sus grandes y el que conserva en las repúblicas la fealdad política; la cual, como consto del rastreo que cada uno halla su
necesidad en las obras de muchos, si estas no se continuasen con el trabajo, cesarían las comodidades que obligaron al hombre a la compañía de los demás y al orden de república, instituido por este fin. Para enseñanza de los pueblos toma la divina Sabiduría el ejemplo de las hormigas, cuyo vulgo soñó ser con gran providencia senderos, por los cuales, cargado de trigo, lleva en verano sus graneros para sustentarlos en invierno. Aprendan los príncipes de tan pequeño y sabio animalito a bastecer con tiempo las tierras y fortalezas, y a proveer en invierno las armas con que se ha de campayar en verano. No viene menos ocupada la república de las abejas. Fuera y dentro de sus celdas se ocupan siempre sus ciudadanos en aquel dulce labor. La diligencia de cada una es la abundancia de todas; y si el trabajo dellos basta a enriquecer de cerea y miel los reinos del mundo, ¿qué hará el de los abejorros en una provincia si todos atienden a él? Por esto, sí bien la China es tan poblada que tiene siete mil millones de habitantes, viven felices con una abundancia de todo necesario, porque todo se ocupa en las artes, y porque en España no se hace lo mismo se padecen las necesidades. No, porque la fertilidad de la tierra dejan de ser grande, pues en los campos de Murcia y Cartagena tiende el trigo tanto por uno, y pue con muchos siglos sustentar en ella la guerra, sino porque falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio, que no se aplican en ella, y espiritualidad y gloria (santo en el genio de piébey), que no se tie del estado que lo señala la naturaleza, y aspire a los grados de nobleza, desestimando aquellas ocupaciones que son opuestas a ella. Los señores que también prueban lo estar, como en Alemania, más distintos y señalados los confines de la nobleza y de la patria.

Cuantos es útil a las repúblicas el trabajo fructuoso a nobles, tanto es dañoso el delicioso y superfluo; porque no menos se afamian los ánimos que se ocupan en lo muelle y educados que los que viven ociosos; y asín, conviene que el príncipe cuida mucho de que las ocupaciones públicas sean en artes que convengan a la defensa y grandeza de sus reinos, no al lujo y lascivia. Cuando menos se deshacen vistosamente para que brille un dedo, cuanto más para que con lo adecuado reaparezca el cuerpo. Cuando se ocupan en fabricar comodidades a la defensa y divertimientos a los ocios, cuan pocas en adornarlos y levantar murallas que defiendan las ciudades! Cuántas en el ordeño de los jardines, formando muros, arboles, y aves de miel; cuan pocas en la cultura de los campos! De donde nace que los reinos abandonan de lo que no han menester, y necesitan de lo que han menester.

Siendo pues tan conveniente el trabajo para la conservación de la república, procure el príncipe que se continúe, y no se impida por el demasiado número de los días destinados para los divertimientos públicos, por la lucidez plácidos en volteros las comunidades y ofrecimientos al culto, asistiendo el pueblo en ellos los divertimientos propios a los ejercicios religiosos. Si los emplearan los labradores como son la hiedra de Madrid, podríamos esperar que no se perdería el tiempo, y que entre tanto tomarían por ellos el ardor de los ángeles; pero la experiencia muestra lo contrario. Ninguna tributo mayor que una fiesta, en que cesan las labores, y como dijo san Crisóstomo, no se agobian los nitreros de ser honrados con el dinero que lloran los pobres; y así, parece conveniente disponer de suerte que los días feriados y los sacrificios, que no se hagan a las pinturas ni a las artes, Cuidad que esto del concierto magnífico en tiempo del papa Leon III, y lo será de los que ocupan la silla de San Pedro, como lo tienen de todo, considerando si convertirá o no reducir las festividades a menor número, o mandar que se celebren algunos en los domingos más próximos a sus días.

Si bien casi todas las acciones tienen por fin el descanso, no suele así en las del gobierno; porque no basta a las repúblicas y príncipes labor trabajado; necesaría es la continuación. Una hora de descuido en las fortalezas pierde la vigilancia y cuidado de muchos años. En pocos de ociosidad cayó el imperio romano, sustentado por la fatiga y valor por seis siglos. Ocho costó de trabajos la restauración de España, perdida en ocho meses de inadvertido descuido. Entre el advenimiento y conservarlo no se ha de interponer el ocio. Hecho la veda y coronando de espigas el arado, vuelve otra vez el labrador a romper con el siembra. No cesa, pues, en renovarse, sus esfuerzos. Si faltan de sus graneros y provincias los campos, prontos verán estos vestidos de abrigos, y vecinos, y vecinos, pero hay otra diferencia entre el labrador y el príncipe: que aquel tiene tiempo señalado para el sembrado y la cosecha, y el príncipe no. Porque todos los meses son en el gobierno señales para sembrar y cosechar.

No repose el príncipe en fe de lo que trabajaba en antepasados, porque aquel movimiento ha menester quien lo continúe; y como las cosas impelida hasta que no se detenga, la nueva fuerza no ha la sustancia, así como los espe- riales cuando el sucesor no los arriesga el hombre. Será en la causa, como hemos dicho, de casi todas las cosas. Cuando una monarquía está instituida, ha de dar como el cielo, cuyo orbe, desde que nació, continúa su movimiento, y el cesar, cesara también de ellos la generación y, producción de las cosas. Cuando siempre todos los ejercicios de la república, ha de lograr a que sus corrompa la ociosidad, como sucedió el mar si no se agita el viento y la marea en el mar y refujo. Cuando, descuidando los ciudadanos, se entregan al regalo y delicias, sin poner las manos al trabajo, son enemigos de sí mismos. Tal ociosidad no

4 Vade ad forum "a viger, a considera a tus ejes, a otros, a tus hermanos, que con el bien de todos, no se habrán, y no se habrán, para la sostén de las almas (Prov., 8, 1).